

José Pierre
¿Qué es Teresa?
Es... los castaños en flor



La scarica vertical



Teresa es una joven adorable que estudia filosofía, cuyo novio, Philippe, estudiante de ingeniería, se casará con ella en cuanto se licencie. Pero Francis, hermano menor de Philippe, cae pronto, a sus diecisiete años, bajo el embrujo de Teresa. Al atardecer, los tres ponen discos, fuman, charlan, bailan... ¿Se prepara una tormenta? En absoluto. Teresa no rechaza los acercamientos, cada vez menos tímidos, de Francis. Y, al cabo de unos meses, es Teresa la que quiere atraer a su inexperto futuro cuñado... ¿Hacia dónde? Hacia un poético mundo lleno de ternura donde la inexperiencia adolescente se transforma en gracia erótica, y donde la libertad es el camino por el que poco a poco irá internándose Francis —acompañado de Teresa, de Philippe y de las amigas y amigos de su «maestra»— para experimentar, en su envidiable iniciación en el sexo, una amplísima gama de vivencias que jamás olvidará.



José Pierre

¿Qué es Teresa? Es... los castaños en flor

La sonrisa vertical 120

ePub r1.0
ugesan64 20.03.14

Título original: *Qu'est-ce que Thérèse?... C'est les marronniers en fleurs*

José Pierre, 1998

Traducción: Vicente Voltoya Sostres

Editor digital: ugesan64

ePub base r1.0



Todos se precipitan encarnizadamente
sobre aquella
 que es como el primer castaño en flor,
 la primera señal de la primavera que ha
de barrer
 su enlodado invierno

Benjamín Péret

La calle lanza destellos,
Euforbo sonríe taimadamente
entre el temor y el placer.

Veo su corazón en este instante

está ausente, cortante es el primer brote
que surge de un castaño rosa

André Bretón

La mujer que ha proyectado «la sombra más grande o la más grande luz» sobre mis sueños y mi vida, por decirlo como Baudelaire, es Teresa, la prometida de mi hermano (y luego su esposa).

Aquel invierno —recuerdo, y recordaré mucho tiempo—, mi hermano Philippe nos puso bruscamente al corriente, a mí y a nuestros padres. Era hacia mediados de noviembre. Estábamos terminando de almorzar (todavía veo la tarta de manzana a la que, con el malestar que siguió a su declaración, daba vueltas en mi plato sin podérmela comer), cuando nos anunció con gran frialdad:

—Esta noche os presentaré a mi prometida.

Mi padre, hombre de ideas muy liberales a pesar de su cumplida burguesía, no pudo casi reprimir un sobresalto. En su época un noviazgo era algo que exigía todo un ritual, compuesto de un número determinado de etapas que habían de ser recorridas en un orden preciso. Mi hermano, seis años mayor que yo, había sido siempre objeto de un culto doméstico discreto pero eficaz, tanto a causa de sus estudios brillantes como de la ecuanimidad de su carácter; nadie, por tanto, se arriesgó, pese a cierta secreta aprensión fácil de imaginar, a poner en tela de juicio su decisión ni tan siquiera a pedir explicaciones que, como era evidente, no estaba dispuesto a ofrecernos. Nunca había abusado de su condición de primogénito, cosa que yo le agradecía infinitamente, ni mucho menos de aquel culto familiar que se le tributaba. Por eso aquel gesto autoritario de su parte pareció sin duda más admisible, y aún más porque era el primero y porque, a fin de cuentas, a él solo concernía. (He hecho alusión solamente a la reacción de mi padre porque me parece que mi madre, personaje tímido y prácticamente mudo, era incapaz de imaginar que mi hermano pudiera decir,

hacer o pensar algo inadmisible).

¿He de precisar que la aprensión de la que he hablado duró lo que una nube de verano? Aquella noche Teresa estaba allí, y todos, ya, bajo su encanto. Si alguien hubiera venido a recordarnos, a mí o a mis padres, que ninguno de los tres había sido consultado en la elección de la novia, le hubiéramos puesto en su sitio destempladamente. ¡Qué ser fascinante!

Estábamos maravillados y mi hermano reía para sí al vernos sucumbir, sin combate alguno, al hechizo que él, sin duda con un notable esfuerzo, parecía resistir con mayor flema. Nunca he sabido describir las mujeres que me han causado fuerte impresión, y menos que cualquiera a Teresa, quizá también porque si me ayudase de palabras para reflejar mejor su imagen, esa imagen correría peligro, no habiendo dejado de atormentarme, de hacerse aun más agobiante.

Vimos a Teresa casi todas las noches de aquel invierno, y su visión se mezcla en mí a la de los grandes fuegos que hacíamos en la chimenea del salón. De ordinario, esa era una costumbre bastante excepcional, aunque no fuera más que por las complicaciones materiales que implicaba, que reservábamos para las noches de los sábados y los días de fiesta. Pero cuando Teresa estaba allí, cómo decir: ¡siempre era fiesta! El brillo de su mirada, sus mejillas encendidas, su boca tierna y reidora, se confunden así en mi recuerdo con el crepitar de los leños, el bullir de las llamas y su luz danzarina acariciando aquel rostro de hada. Tal vez sea esa la razón por la que, al querer evocarla, la expresión de Baudelaire me vino por sí sola a la pluma, hace un instante. Teresa: sombra y luz. Así es como la vuelvo a ver, como volveré a verla siempre, cuando su rostro se volvía hacia mí y, según su posición, se enmarcaba en el fuego o las tinieblas o, más frecuentemente, en el fluir constante de lo claro a lo oscuro...

Cuando la conversación decaía, o cuando sentía ganas de un poco de ensoñamiento silencioso, le gustaba ponerse en cuclillas, incluso arrodillarse al lado del hogar para fumar un cigarrillo. Yo procuraba entonces colocarme a su lado, en primer lugar porque así, dando la espalda a los demás, les ocultaba mi fisonomía, y además porque de ese modo podía contemplarla a mi gusto. Sólo

algunas mujeres hermosas saben fumar un cigarrillo haciendo de ese acto una prolongación armoniosa de su belleza y su personalidad. Teresa era una de ellas. Cuando fumaba había en sus gestos, a la vez, un testimonio de sensualidad inmediata y una como promesa voluptuosa. La contemplación de que yo le hacía objeto no le disgustaba. De cuando en cuando, me miraba, y algunas veces me sonreía, echándome un poco de humo con la barbilla levantada.

Estudiaba filosofía, y tenía diecinueve años cuando mi hermano la conoció en casa de unos amigos comunes. Philippe, un ser lleno de calma, reservado, pero capaz de repentinas llamaradas de entusiasmo y ternura, había deseado de inmediato que fuera su mujer y ella se había visto impresionada sin duda por las grandes cualidades que le demostraba, y especialmente por su discreción excepcional entre los jóvenes acostumbrados a hacer poco caso de los obstáculos intelectuales. Ella era, por el contrario, toda impulso, belleza y encanto. A ojos de mi hermano, y como por una convención tácita entre él y ella, Teresa multiplicaba con naturalidad los recursos de su seducción física por los de su alegría, su vivacidad y una inteligencia tan rápida como el florete de un campeón de esgrima. Necesitamos algún tiempo para acostumbrarnos, pero no había modo alguno de resistirse. Incluso mi madre, menos vulnerable en principio a sus ataques, la contemplaba con un asombro mezclado de admiración que dejaba adivinar que todo lo que hubiera podido parecer a prevención, se diluía.

He hablado de ataques, y no es una metáfora. Durante aquellas veladas de invierno en las que reinaba una increíble atmósfera de alegría, estaba tan a menudo en nuestros brazos como en los de Philippe, sin que en ningún caso su comportamiento pudiera parecer fuera de lugar o propio para crear incomodidades. ¡Muchas otras no hubieran podido hacer ni la décima parte sin incomodar a todo el mundo! Viniendo de ella, todo nos parecía natural, aparte del placer que encontrábamos sin confesárnoslo unos a otros. Y, por añadidura, nadie se sentía agraviado cuando se ocupaba más especialmente de uno que de otro. Un atractivo infernal que, además, le permitía actuar con libertad total, gracias a esa facilidad superior que dan la inteligencia y la belleza reunidas en un ser

dotado para la felicidad...

Casi desde el principio compuso frente a mí una actitud compleja en la que entraban, en proporciones variables, una ironía muy femenina, una auténtica ternura, un tono voluntariamente protector y ciertos rasgos de provocación pura. Iba siendo, por turnos, o en una síntesis bastante difícil de definir, la hermana mayor (tenía casi tres años más que yo), la camarada juvenil, o la desconocida que se conoce en una fiesta y con la que se intenta coquetear. En todo aquel cóctel de engaño y amabilidad, lo principal, o más exactamente a lo que yo era más sensible (naturalmente), era la fingida compasión que le inspiraba públicamente mi poca experiencia con las mujeres. No había tenido necesidad de confesarme para estar informada: nada más verme, se había dado cuenta. Claro que la caridad burlona que me demostraba en este punto, para regocijo familiar a costa mía, me habría sido difícil de soportar si no hubiera dado pretexto, entre cien rasgos irónicos, a palabras propias para verter su dulce bálsamo sobre las peores heridas de mi amor propio, a gestos más acariciadores todavía.

Cuando hoy recuerdo lo que fue su comportamiento de entonces respecto a mí, quedo convencido de que Teresa supo explotar, con una penetración psicológica sin quiebras, mi situación especial en el seno de mi familia: la del hijo menor que ve que el mayor es el preferido porque es mucho más valioso que él, no sólo en el terreno intelectual sino incluso en el amoroso (como precisamente venía a demostrar suficientemente la presencia de Teresa). Esta situación, hasta entonces más o menos sospechada oscuramente tanto por mis padres y hermano como por mí, se hizo evidente gracias a Teresa que, al mismo tiempo que la hacía aparente, lograba que mi hermano y mis padres se hiciesen cómplices (tal vez para librarse de ese modo de una cierta culpabilidad hacia mí) de las manifestaciones de ternura que me destinaba. Quiero apresurarme a añadir que no fui nunca un niño mártir, ni un mal estudiante insalvable, que no estoy enfermo ni tarado, y que si a los diecisiete años —que cumpliré pronto—, no había tenido todavía ninguna aventura amorosa de verdad, era sin duda por indolencia o por timidez y no por otras razones. No obstante, era innegable que tenía

tendencia a la introversión, y la primera que se percató de ello fue Teresa, a quien nadie obligaba, sin embargo, a tales observaciones.

Cuando, avanzada la noche, nuestros padres se habían acostado, poníamos discos casi con sordina y la única luz que quedaba en la habitación era la del fuego un tanto mortecino, Teresa bailaba conmigo, y yo sentía la delicia de su cuerpo abandonándose entre mis brazos. Notaba el calor de su vientre, la finura de su talle, la ligereza de sus muslos, la dulzura de su mejilla contra la mía, el olor penetrante de su cabello (¿he dicho ya que era morena y que una larga cabellera oscura cubría sus hombros?). Aún más. Pronto descubrí, a pesar de mi inexperiencia, que no llevaba, generalmente, sostén debajo del fino vestido (solía hacer mucho calor en el piso, con el rescoldo contribuyendo al producido por el funcionamiento normal de los radiadores), y nada me quedaba por ignorar de la firmeza de su pecho según se apretaba contra mí. Incluso algunas veces, sobre todo cuando al encanto de la música y el baile se unía la leve ebriedad del champán o del alcohol (o, imagino, cuando Teresa sentía con más intensidad que de costumbre el deseo de hacer el amor con Philippe), la turgencia aguda de sus senos me trastornaba. Era como si sorprendiese una confesión, una confesión que, además, no iba dirigida a mí y por lo tanto tenía tantas probabilidades de encenderme como de desesperarme, al mismo tiempo. Y a la vez, era para mí la revelación del misterio camal de la mujer. Los adolescentes, al menos aquellos que, como yo, fueron todavía educados al estilo antiguo, tienen una tendencia excesiva a no ver en la mujer más que el objeto de su deseo, un objeto inmóvil y en resumen, no dotado de autonomía erótica, algo parecido a un ídolo de mármol. Teresa me enseñaba (comenzaba a enseñarme) que también la mujer desea, que su carne se conmueve tanto como la del hombre (¡el orgullo del muchacho ante su erección!).

Pero yo admitía ya implícitamente que Teresa iba educándose, aunque no nos hubiésemos dicho nada de eso. Una manera muy suya de concebir una educación, en la que las confidencias sustituirían a las lecciones. Mientras bailábamos, enlazados impúdicamente, frotaba imperceptiblemente sus senos contra mi pecho, yo apretaba contra su pubis mi sexo erecto, me devolvía en

silencio confidencia por confidencia y me acostumbraba a respetar la personalidad erótica del otro. Esto, como en una cura psicoanalítica, no impedía que la energía libidinal del alumno se dirigiese hacia la educadora. Porque no pude disimular mucho tiempo la naturaleza de la tentación que Teresa había despertado en mí, tentación que se hacía de día en día más imperiosa. Si en los primeros tiempos mi imaginación procuraba, cuando me iba a acostar después de irse Teresa, buscarle algún sustitutivo o al menos una máscara con el fin de poner término solitario, e ineludible, a mi excitación, tan ingenuo subterfugio no pudo mantenerse, frente a la evidencia, más que unas pocas semanas. Y mi conciencia culpable sólo lograba, como puede pensarse, hacer que la ilusión fuera más dulce y amarga al mismo tiempo, porque mi sexo descargaba sobre las sábanas enrolladas en torno a él en honor de Teresa, y solamente de Teresa. Por la manera como me miraba algunas noches cuando, mientras bailábamos, había logrado medir el grado de mi emoción, comprendí que lo sabía. Y no me quedó duda cuando una vez, no sé cómo, la conversación giró sobre el tema y me declaró, mirándome, que el placer solitario masculino le parecía algo imperdonable cuando no tenía más razones que el egoísmo, la pereza o el orgullo. A sus ojos, cuando se manifestaba en un individuo cuya situación no presentaba ningún carácter excepcional (alguien que no fuera un niño, un inválido o un prisionero), era un placer que no significaba sino la huida ante el amor compartido, en el que no basta con procurarse a uno mismo un gozo sino en el que hay que darlo también. (Estos discursos, claro está, nos los hacía a mi hermano y a mí cuando estábamos los tres solos).

En efecto, cuando nuestros padres nos dejaban solos, el clima se hacía más relajado y más tenso a un tiempo. Mi hermano perdía gran parte de la reserva que mantenía respecto de Teresa ante nuestro padre y madre, y todo sucedía como si a sus ojos fuera natural que yo me mostrase también menos reservado. ¿Se daba cuenta de que yo sólo pensaba en Teresa y que cada día esperaba angustiado la hora en que aparecía, preguntándome febrilmente si aquella noche podría otra vez estrecharla entre mis brazos (no bailábamos todas las noches) o si los bordes de nuestros labios se tocarían, como algunas veces, al besarnos? Procuraba vigilarme

para no traicionar demasiado los horrores que la espera me producía, porque una sola torpeza podría bastar para arruinar por completo mi frágil felicidad. El infierno creciente en el que vivía era también todo mi paraíso. Porque si Teresa, algunas veces, iba demasiado lejos conmigo, yo sería el último que pensaría en reprochárselo...

Una noche se nos presentó de un humor particularmente juguetón y, entre otras bromas, me acusó ante mi hermano de haberla abrazado demasiado fuerte al bailar con ella. Herido, me aparté un tanto enfadado como me pasaba de cuando en cuando, porque casi nunca encontraba una réplica a sus sarcasmos más frecuentes. Vino enseguida a seguir pinchándome, mientras mi hermano, al otro extremo de la sala, buscaba algo raro en un montón de discos. Y, en un momento dado, jugando, me puso entre los labios una cereza en orujo. Lo que siguió se produjo con tal rapidez y precisión que nos quedamos un instante como heridos por un rayo: en el mismo momento en que mis dientes se cerraban sobre la cereza, el pulgar y el índice de mi mano derecha llegaban a la punta del seno izquierdo de Teresa con una seguridad tanto más sorprendente cuanto que ella, de espaldas a la chimenea, única fuente de luz, era para mí sólo una silueta a contraluz de trazos indiscernibles en la oscuridad. Y como el gesto de la recolección hizo madurar repentinamente el fruto, la cereza que tenía en el extremo de mis dedos tenía casi el mismo tamaño que la que mordía. Este episodio puede parecer grotesco o inventado, pero me imagino que lo mismo pasa con tantas de las cosas que sin embargo se producen efectivamente todos los días. He de confesar que este doble gesto no ha dejado de emocionarme y sorprenderme, tanto por su simetría perfecta como por su vertiginosa exactitud. Teresa, que podía leer en mi rostro iluminado por la luz del fuego las señales de una alegría tan intensa como fugitiva (mientras el suyo permanecía en la sombra), se puso a reír suavemente. Desde el instante en que mis dedos se posaron sobre ella, no se había movido. Su risa, creo, me despertó: los dedos soltaron su presa y ella se alejó tranquilamente a encender un cigarrillo.

¿Cuánto tiempo había durado todo? Apenas un minuto, pero de una intensidad tal que hasta el menor detalle sigue presente en mi

memoria. Aquella noche Teresa bailó exclusivamente con mi hermano, tiernamente enlazada con él, como si hubiera querido castigar mi audacia. Despreciando ostensiblemente (con hermosa ingratitud) las cerezas en orujo, fingí encontrar en el whisky remedio a mi soledad. A decir verdad, bebí más que de costumbre y no estaba nada acostumbrado al alcohol, que había entrado en mi vida siguiendo los pasos de Teresa. Estuvimos levantados hasta más tarde que de ordinario y, al final, los tres habíamos bebido bastante. Faltó el hielo, y fui hasta la cocina con paso inseguro a sacar más del refrigerador. Mi torpeza habitual se veía acrecentada por la embriaguez, armé cierto ruido, y oí a Teresa decir riendo:

—¡El pequeño está rompiéndolo todo!

Mi mal humor creció y abrí exageradamente el grifo del agua fría bajo el que hacía pasar la bandeja de los cubitos. Una mano, la mano de Teresa, se posó sobre la mía y moderó el flujo del grifo. Toda ella se apoyaba sobre mí y decía suavemente:

—No tan fuerte, pequeño, ¡vas a inundarlo todo!

Encontré su mirada y, mientras nuestras manos seguían apretadas contra el grifo, me lancé sobre su boca como si me lanzase al agua. Sus labios se fundían bajo los míos, dulces, cálidos, sabrosos. Aquel beso me sumió en un arrebató tal que ni siquiera soñé en tocarla.

A partir de aquella noche, algo había cambiado entre ella y yo. Ni siquiera intentó darme a entender que mi borrachera y la suya habían sido la causa de su abandono pasajero y que lo mejor era, sencillamente, olvidar aquellos dos incidentes mínimos. Por otro lado, si hubiese deseado poner punto final a mis excesos, le habría sido muy factible llevarme a presentarle excusas por mi comportamiento y, por tanto, eliminarlo. Pero, por el contrario, nada hubo en sus palabras ni en su actitud que pudiera interpretarse como una alusión, ni siquiera lejana, a aquel gesto ni a aquel beso. Y sin embargo, yo sabía, leía en su mirada, que no se le había olvidado, que no quería borrar la realidad de los hechos, y me sentí, por tanto, obligado a no subestimar en modo alguno su gravedad.

De ordinario, en torno a la medianoche, mi hermano la acompañaba en coche hasta su casa. Pero como no vivía lejos,

algunas veces, cuando el tiempo invitaba, iban a pie y me pedían que les acompañara. Mis funciones de carabina sólo se ejercían en esos casos y, como se comprenderá fácilmente, pronto tuve tendencia a considerar el coche de mi hermano como la antesala de la noche de bodas. Lo probable es que no me equivocase y que, a pesar de la reserva que se imponía, mi hermano no pudiera impedir, algunas noches, entregarse a ciertos testimonios de afecto más ardientes que los que manifestaba a Teresa en mi presencia. No obstante, y por extraño que pueda parecer, me di cuenta enseguida de que si yo montaba vigilancia tan a menudo, lo mismo en casa después de la retirada de mis padres que en la calle cuando mi hermano acompañaba a su novia, era porque así todos se sentían más tranquilos. Mis padres, en primer lugar, por sus residuos de moral burguesa, no deseaban, evidentemente, que los novios hiciesen el amor en el diván de la sala. No sin sorpresa, creí descubrir un poco más tarde que tampoco Philippe deseaba quizá permanecer a solas con Teresa demasiado a menudo y que, de alguna manera, yo le protegía de ella, es decir, del deseo que sentía de acostarse con ella. ¿Temía una perturbación en sus estudios que pudiera producir algún daño a su carrera? Estaba en el último año de una escuela importante de ingenieros, y esa situación de élite ya había atraído la atención hacia él: necesitaba por tanto terminar con brillantez los estudios para conseguir un puesto interesante, y tanto más cuanto que se había acordado que la boda se celebraría inmediatamente después del examen definitivo.

Como se imaginará fácilmente, y por razonable que Philippe procurase parecer siempre, semejante decisión no podía llevarla adelante sin esfuerzos. Porque no podía, visiblemente, contar con Teresa para reforzar su voto de continencia provisional. Incluso para ojos tan poco experimentados como los míos, era evidente que Teresa llamaba al amor como el imán atrae la limadura de hierro, y recuerdo que un día que atravesábamos juntos la sección griega del Museo del Louvre, me sorprendí observando disimuladamente si las hojas de parra de Apolos y Mercurios se levantaban a su paso. Y casi no es broma. En todo caso, era la única que tenía alguna razón para no sentirse feliz con mi función de carabina. Sin embargo no por eso se incomodó conmigo, sino que, puesto que era el testigo

impuesto por público consentimiento, decidió acomodarse a la situación. Aparte cualquier falsa modestia, no creo que mis débiles atractivos hayan tenido nada que ver con ello. Es cierto que yo tenía al menos la ventaja, tal vez debido al ejemplo de mi hermano, de no manifestar esa insoportable jactancia de los chicos de diecisiete años que contribuyen tanto a orientar a las chicas de la misma edad hacia hombres mayores. Pero mi principal cualidad, a ojos de Teresa, estoy convencido, era que estaba locamente enamorado de ella. Por otra parte, creo que el instinto de felicidad de Teresa era tan fuerte que para ella resultaba como una ley el aceptar las cosas tal y como venían, aunque pareciesen ir en contra de sus deseos, sin duda con la esperanza de que así se le tornasen favorables.

Algún tiempo después de aquella noche que la besé, volvimos a tener una velada prolongada en la que bebimos los tres más que de costumbre. Pero esta vez fue Philippe el que más bebió, hasta el punto de que tuvimos que llevarlo a su habitación entre Teresa y yo. Una vez allí, se negó a que le ayudásemos a desvestirse y acostarse, pero, haciendo un esfuerzo para articular tan breve ruego, me pidió:

—Acompaña a Teresa, ¿quieres?

Ayudé a Teresa a ponerse el abrigo y salimos. El frío era intensó, el cielo lleno de estrellas. Aferrada a mi brazo, Teresa no decía ni palabra, y yo no sabía qué decir. Nos encontrábamos solos los dos por vez primera, pero mi alegría lindaba con el terror, hasta tal punto me sentía dependiente de la voluntad de Teresa, hasta el menor gesto, hasta el más leve aliento. Quiso encender un cigarrillo y, como hacía viento, nos paramos cara a cara mientras le formaba un doble parapeto abriendo mi abrigo a pesar del cierzo. Una vez encendido el pitillo, alzó hacia mí su frente bañada en la luz de un reverbero cercano de manera que sus ojos adquirieron una transparencia excepcional. Me pareció que sonreía al quitarse el cigarrillo de los labios para expulsar un poco de humo. A decir verdad, no estoy seguro, pero ya nuestras bocas se mezclaban y mi lengua buscaba la suya. Sin interrumpir el beso, la estreché con el brazo izquierdo mientras mi mano derecha desabrochaba febrilmente su abrigo, partía al descubrimiento de sus senos.

Estábamos los dos extrañamente tranquilos, me parecía que aquel beso hubiera podido durar eternamente, lo mismo que las caricias, muy suaves, que dirigía alternativamente a cada uno de sus senos. Las calles estaban desiertas, pero sólo me di cuenta cuando aflojamos nuestro abrazo para recuperar el aliento.

Volvimos a abrocharnos los abrigos, temblando, y estrechamente enlazados, reiniciamos nuestro camino silencioso. Me sentía demasiado emocionado para hablar, y Teresa por su lado, terminaba el cigarrillo sin decir palabra. En el inmueble en que vivía no había portero. Cerramos la puerta tras nosotros, hice que se sentase, sin manifestar señal alguna de resistencia, sobre el terciopelo rojo de los primeros peldaños de la escalera y, mientras la luz se apagaba, volví a besarla y a palpar sus senos, esta vez con tal violencia que se le escapaban suspiros que parecían quejas. No me costó demasiado esfuerzo alcanzar, bajo la falda, el claro de carne suave, más arriba de las medias y, desde allí, tocar con la punta de los dedos el fino nylon de la braguita, que enseguida se humedeció de rocío. (En aquella época, los pantis no habían impuesto todavía su dominio sobre los interiores femeninos). Logré por fin deslizar un dedo en la abertura de su sexo. Mis jadeos eran tan fuertes que tuve miedo por un momento de despertar a algún vecino. Tal vez para calmar mi excitación, a no ser que fuera por devolverme algunas de mis caricias, Teresa posó su mano sobre mi bragueta tensa hasta romperse y, de inmediato, me derramé. Volví a salir a la noche sin osar ponerme los guantes, como si temiese cometer una especie de sacrilegio. Me costó mucho dormirme, aunque me sentía agotado, como un campeón de maratón después de su triunfo. Pero, por otra parte, apenas si estaba en este mundo...

Al día siguiente, mi hermano, no poco resentido de los excesos de la víspera, tenía mala cara y una irritabilidad poco frecuente en él. Me miró en varias ocasiones, dudando visiblemente en abordar el tema que le estaba preocupando. Por fin me preguntó con bastante brutalidad y no poco incómodo si Teresa me había hablado de él. Bastante mal a gusto le respondí que no, o más bien que no me había dicho nada de particular sobre él. ¿Qué hubiera podido decirme, por lo demás, sino lo que yo sabía? Se encogió de hombros

ante tal sofisma y se fue sin insistir más. Creí entonces adivinar que el exceso de bebida no había sido más que una excusa suya para no ir a llevar a Teresa, sin que tal negativa pudiera tomarse como indelicadeza. No era aquella señal de frialdad el primer signo de tensión entre los novios que había podido constatar desde hacía algún tiempo. ¿Qué estaba pasando?

El comportamiento reciente de Teresa respecto a mí contribuyó mucho a iluminarme sobre la naturaleza de sus querellas. Podía adivinar el temperamento ardiente y tierno que poseía Teresa. Era, sin la menor duda, una chica a la que no habían faltado amantes y que, además, con diez minutos de paseo por cualquier barrio de París tendría bastante para lograr numerosos pretendientes. Pero ella amaba de veras a mi hermano, aunque él hubiera llegado a rechazar, debido a un extraño rigor que contrastaba con sus escasos miramientos ante las convenciones burguesas, la anticipación de sus futuros derechos conyugales. La sospecha que me había asaltado estaba ahora a punto de convertirse en certeza: Philippe no quería acostarse con Teresa porque temía, y no sin razón, que le gustase demasiado y que por ello corría el riesgo de descuidar su último año de estudios y en consecuencia comprometer su futuro. No hay duda de que tal cálculo puede considerarse mezquino, y el desarrollo de los acontecimientos vendría a demostrar, si hubiera hecho falta, que no se podía disponer a capricho del amor de Teresa. Sin embargo, estoy convencido de que durante todo ese tiempo, ella le fue fiel, a pesar de que lo hubiera resultado de lo más fácil mantener paralelamente alguna aventura secreta. Pero la simulación no entraba en su naturaleza y, aunque se sabía juguete de exigencias difícilmente eludibles, se las arreglaba para que quienes la amaban se viesan en poco tiempo abocados a conocerlas y admitirlas, aprovechando para persuadirlos el irresistible ascendiente que ejercía sobre todos los seres.

Habían pasado más de ocho días desde aquella noche memorable en que la acompañé a su casa y, fuera de sus provocaciones habituales, nada nuevo se había producido entre ella y yo. Era una noche excepcionalmente tranquila y relajada, que se desarrollaba a ritmo lento, en suma, a no ser por el detalle de que Teresa fumaba más de lo habitual. Estábamos jugando los dos una

partida de damas, juego que siempre me ha parecido mortalmente aburrido, pero Teresa me hubiera hecho descubrir encantos en una prisión si hubiera estado encerrada en ella conmigo. Habían llamado a mi hermano por teléfono, que estaba en una habitación contigua al salón. Teresa, que no había tardado demasiado en descubrir lo que me gustaba contemplarla cuando fumaba (aunque también me gustase mirarla cuando no fumaba), y que se divertía a veces poniendo poses de mujer fatal, me miró a los ojos lanzándome una larga bocanada de humo, y me dijo sin bajar la voz, con el tono más natural:

—No has venido nunca a mi habitación, pequeño. ¿Quieres venir a verme mañana a las cuatro?

Casi me ahogo. Me noté rojo y derrotado, lamentable. Teresa no apartaba los ojos de mí y continuaba fumando, muy despacio, pero sin la menor afectación. Su cara no estaba ni triste ni alegre, tan sólo atenta. En el cuarto de al lado se oía la voz de mi hermano, hablando tranquilamente por teléfono. Hice una inspiración profunda con la esperanza de superar mi turbación y murmuré casi inaudiblemente:

—Sí, Teresa.

Entonces, se inclinó suavemente encima del tablero (sus largos cabellos barriendo las fichas como a cámara lenta) y depositó sobre mis labios un breve beso.

¡Es fácil imaginar el estado en que me sumió aquella invitación! Las horas y los minutos habían dejado de transcurrir, todos los relojes se habían detenido. Apenas dormí. En el instituto debía tener un aire no poco extraño, porque varios profesores se inquietaron, a lo que creo, por mi salud. Todo me llegaba a través de una especie de bruma que ahogaba al mismo tiempo luces y sonidos. En cuanto pude salir de allí, creí que el viento me iba a arrastrar. Un viento que, claro está, soplaba dentro de mí. Me sentí tentarlo de correr hasta casa de Teresa. Luego, las piernas se me hundían y apenas podía levantar mis pies fundidos sobre aquellas aceras de arenas movedizas. No obstante, conseguía llegar ante el inmueble con veinte minutos de adelanto y, para no hacerme notar demasiado haciendo de plantón, me esforcé por pegarme a los escaparates, sin ver nada en ellos. Por fin fueron casi las cuatro. Subí la escalera con

paso que quise despreocupado, pero cuando llegué ante la puerta de Teresa estaba totalmente sin aliento. Su nombre estaba escrito a mano, con una letra viva y armoniosa, sobre un cartoncito. Era allí, seguro. Pero ahora, ¡había que llamar a la puerta! Golpeé y no hubo más respuesta que un silencio. Me sentí envuelto en hielo. ¿Tendría que llamar por segunda vez? La puerta se abrió y Teresa me dijo:

—Buenos días, Francis.

Creo que era la primera vez que me llamaba de otra manera que «pequeño», costumbre que toda mi familia había adoptado a imitación suya, con gran irritación mía, por lo demás. Balbuceé sin convicción:

—Buenos días, Teresa.

Me hizo entrar y cerró la puerta. ¿Sería porque la veía de ordinario a las luces de la noche? En todo raso, quedé sorprendido por su palidez, reforzada sin iluda por un maquillaje mucho más ligero que el que se ponía para venir a casa de mis padres, y por un peinado de coletas, a lo india, que la hacían blanca y negra. La misma severidad caracterizaba su ropa: una blusa blanca, un jersey negro y un pantalón de terciopelo negro. La habitación no era grande, pero había sabido introducir en ella su propia marca, no a base de amontonar bibelots, fotografías o recuerdos diversos como suele ser la norma en tantas habitaciones de jovencitas, sino mediante algunos detalles significativos. Recuerdo en especial una gran reproducción de Kandinsky y una postal de un relieve erótico de un templo hindú.

Al entrar me ofreció distraídamente la mejilla y, mientras observaba la habitación, apenas si dijo unas pocas palabras mientras colgaba mi abrigo junto al suyo en el perchero situado detrás de la puerta de entrada (no había, por otra parte, ninguna otra puerta, una cortina disimulaba el baño que se reducía en realidad, como descubriría un poco más tarde a un simple lavabo). Luego, se sentó sobre la cama, cubierta de una especie de patchwork multicolor cuya alegría contrastaba con su silueta de viuda, y, tras un breve momento de duda ante lo que era conveniente hacer, me senté a su lado y la miré. ¿Por qué me había pedido que fuera a su habitación? Esperaba a la vez saberlo, e ignorarlo. No sólo esperaba de su parte cualquier cosa (incluyendo

el que me informase tener intención de jugar conmigo una partida de damas) sino que además estaba dispuesto, de entrada, a plegarme enteramente a su voluntad. ¡Lo que temía por encima de todo era disgustarla! ¿Desearía quizá, simplemente, hablarme de sus problemas personales y quejarse con plena libertad de la falta de calor de mi hermano?

Sin mirarme (¿era siquiera consciente de mi presencia?), se excusó vagamente por no tener nada que ofrecerme de beber y, con gestos un poco rígidos, encendió un cigarrillo. Me sentí, de pronto, avergonzado de que ni siquiera se me hubiera ocurrido traerle una flor, y con un nudo en la garganta al darme cuenta en aquel instante de mi enorme idiotez, le confesé lo que sentía. Puso una sonrisita triste y, sin mirarme aún, apoyó la cabeza en mi hombro. Tuve que aguantarme las ganas de decirle que no la reconocía, ella, la conquistadora, la seductora, la reina, con aquel aire de jovencita inquieta y reservada. Le pasé el brazo alrededor y la apreté un poco contra mí. Entonces sentí que sus músculos se distendían progresivamente. Fue como si el autómatas que era en los minutos anteriores se transformase en una persona viva. Esperé a que la metamorfosis hubiera terminado su curso, comunicada por su peso cada vez más evidente sobre mi hombro. La tomé por el mentón y levanté su rostro hacia mí, lentamente, hasta que nuestras miradas coincidieron. Me pareció que el color volvía a sus mejillas.

—Teresa... —murmuré.

Esa única palabra actuó como un sortilegio. Sus dedos dejaron escapar el cigarrillo que cayó al suelo (era tabaco rubio) y acabó de consumirse sólo a una buena distancia. Más de una vez he pensado después en aquel gesto involuntario (o al menos parcialmente involuntario) y lo interpreté, acertada o equivocadamente, en estos términos: Teresa se rendía. O, si se prefiere, aquel cigarrillo era su última defensa. En todo caso, me tendió sus labios y la besé con toda mi alma. Luego nos dejamos caer sobre la cama y traté de tocar sus senos a través del jersey grueso y áspero que la cubría hasta la parte superior de los muslos, y cuyo tacto era extremadamente desagradable. Le dije enfadado que tenía la sensación de acariciar una pelota de cáñamo, y se echó a reír. Había recobrado el hermoso color que siempre le había visto, y mi

comentario agrio no había roto el encanto. Se incorporó para quitarse aquella prenda poco acogedora (seguramente elegida a propósito para probarme) sacándosela por encima de la cabeza. Reapareció ante mis ojos toda alborotada y ahora fui yo quien no pudo evitar la risa (una risa de felicidad, ¿hace falta decirlo?) al verla así. Como de costumbre, su pecho estaba desnudo bajo la camisa blanca. Y mientras ponía un poco de orden en sus cabellos con los brazos alzados y un gran peine morado, así sus senos por encima del liviano tejido.

Sabía que los vería desnudos un instante después, y me complacía en comprobar su tamaño exacto, su calor, su color incluso. Pero ¡me equivocaba sobre estimando mi capacidad metódica! Pronto no tuve más que una urgencia: desabotonar la camisa de Teresa. Me ayudó sin burlarse de mi torpeza. Soy, sin duda, un sentimental incorregible, pero para mí es siempre un gran momento cuando una chica que amo (o que deseo) me muestra por vez primera su pecho descubierto. Tal vez porque la primera mujer que se desnudó para mí (alguna vez había logrado colarme en espectáculos de *strip-tease*, pero eso era algo muy diferente) fue Teresa. ¿Había medio de aguantar la mirada de Teresa con sus senos desnudos en la mano? ¿Y, luego, acariciándolos? ¿Y, luego, llegando hasta ellos mis labios? (Pensando, claro está, en la cereza fatídica cuya carne pulposa se hinchaba infinitamente entre mis dientes...). Por fin estuvimos desnudos los dos, de pie, uno enfrente a otro, inmóviles, descalzos sobre el suelo y un poco temblorosos a pesar del radiador encendido. Yo miraba su pubis negro y su fina cintura. Hubiera querido contemplarla más a placer, tan bella era, pero, con un sistema muy simple, me impidió alejarme lo suficiente para verla toda entera. El lector (o la lectora) perspicaz lo habrá adivinado, sin duda: con gran dulzura, con una naturalidad perfecta y sin la menor vulgaridad, me tomó del sexo enhiesto y me atrajo levemente hacia ella. Sólo en ese momento supe lo que me esperaba y un tam-tam comenzó a redoblar en mi cabeza un poco borracha: «¡Vas a hacer el amor con Teresa! ¡Vas a hacer el amor con Teresa!».

Mi orgullo continuaba creciendo (¡si todavía era posible!) entre sus dedos. Ahora acariciaba sus nalgas, pero sin tratar de llegar al

sexo, porque me parecía (por curioso que pueda resultar) que ella no lo deseaba. Además, cuando, sujetándome con una mano apartó con la otra la manta de patchwork, abrió las sábanas y, con una especie de llave de judo, me hizo caer en la cama sobre ella, quise deslizarme más abajo y sumergir la cabeza entre sus piernas, me mantuvo a su altura, pecho contra pecho. No deseaba, pues, más preliminares, cosa que me confirmó su mirada. Marcó un tiempo de reposo y luego, buscando sin duda la postura más cómoda, onduló la espalda, nalgas y caderas, haciendo así abrirse un poco su sexo rosa, mientras yo, apoyado en muñecas y rodillas, me arqueaba encima de ella como un puente sobre una torrentera. Y de un solo golpe, sin previo aviso, sus piernas, surgidas en vertical a lo largo de mis caderas, se cruzaron sobre mis riñones mientras, tirando de sí con ambas manos y haciéndome bascular hacia adelante, me clavaba en su carne dilatada en medio de un suspiro de liberación.

La eficacia y precisión del movimiento me asombraron. Felizmente, no perdí el control y agradecí incluso a Teresa su sabiduría que, si bien me informaba (en caso de que me hubiese cabido duda) de que no era su primer amante, me ahorra los penosos titubeos de la inexperiencia. Haciendo alusión, mucho más tarde, a mi asombro ante una tan perfecta gimnasia, Teresa me respondió, riendo:

—¡Quería enseñarte que el amor no era una cosa fácil!

Y, sin duda, en mi inocencia no dejaba de darme cuenta, tanto por la maestría con la que Teresa ordenaba nuestros movimientos voluptuosos como por la manera en que, al hacerlo, combinaba (¿cómo decirlo?) nuestros sexos para que se acariciasen mutuamente en un intercambio tan fluido como rítmico, pero en definitiva infinitamente más complejo que la mecánica de la simple cópula (y perdóneseme esta expresión un tanto despectiva), en mi inocencia, decía, no dejaba de darme cuenta de hasta qué punto la experiencia no bastaba para justificar semejante proeza (y perdóneseme también la resonancia deportiva del término). Se necesitaba, a decir verdad, auténtico genio. Y Teresa tenía, sin que me cupiera duda, genio para el amor. Quizá fuera, incluso, el genio del amor en persona.

En aquellos instantes deliciosos, la admiración se fundía con la

felicidad que experimentaba ante la idea de que me encontraba haciendo el amor con Teresa y con el placer (inimaginable para mí, porque no había comparación posible con los placeres solitarios que había conocido exclusivamente hasta entonces) que hallaba en aquel ejercicio. Podrá decirse que divago pero ¿qué medio hay para comunicar, con sinceridad, aunque no sea sino un poco de lo que experimentaba? Sé que sentía una rabia ingenua por no estar lo bastante armado para hundirme más profundamente aún en la carne de Teresa. ¡Cómo si su capacidad amorosa hubiera sido ilimitada! En situaciones como esa, evidentemente, es cuando uno está más cerca del sentimiento de eternidad.

Si no he hecho alusión al placer de Teresa no es por egoísmo, sino porque había creído poder remitirme a ella sin la menor inquietud, teniendo en cuenta, para empezar, la organización voluptuosa de nuestra unión, y a juzgar, después, por los gemidos modulados y, a las veces, alargados hasta el umbral del lenguaje que se escapaban de sus labios para acunar nuestros movimientos acompasados. Las únicas palabras que llegó a pronunciar, en un momento dado, fueron:

—Querido, ¡qué gorda es!

Lo que de momento no dejó de desorientarme, porque me creía más bien de tipo enclenque, pero que un segundo después interpreté más justamente como prueba de que Teresa no había hecho el amor desde hacía tiempo. Por otra parte, esas cosas tienden a halagar el amor propio y estimular la devoción amorosa, hasta el punto de que, minutos después, me imaginaba que me seguía engordando aún más. Engordando y endureciéndose, como cuando la verga llega a doler en el paroxismo del deseo. Sigo sin saber si se trata de una realidad fisiológica o de una ilusión. Nuestros sexos hacían un ruido como de besos, cada vez más acentuado, el ritmo se aceleraba, nuestros pechos jadeaban, mis manos machacaban los senos de Teresa y sus uñas se clavaban en mis nalgas. Murmuré, o más bien mendigué, al su oído:

—Teresa, ¿puedo quedarme?

Un instante para tomar aliento y, sacudida por mi inmenso estremecimiento, gritó:

—¡Sí, querido mío, por favor, lléname con tu leche!

Me he repetido muchas veces, después, esta frase exquisita. ¿Puede soñarse, en efecto, mayor vigor en la expresión aliado a más delicada invitación? El empleo de los posesivos es de una certeza poco común, y el amante al que tales palabras se dirigen ha de sentir que las pruebas de su amor son las únicas capaces de colmar a quien las profiere. Así, no pude resistirme. Me eché hacia adelante como para traspasar a Teresa. Durante todo el tiempo que brotó mi esperma, la asaltaba con golpes vehementes, rugiendo y, a lo que parece, también saltando, porque un gran estrépito nos arrancó del éxtasis: la cama juvenil de Teresa (¿había precisado que era una cama para una sola persona?), a la deriva, había chocado contra la puerta. Aterrados, molidos, sin aliento, nos miramos y nos echamos a reír con una risa ciega que nos duró sus buenos cinco minutos.

Agotados pero felices, nos quedamos allí, acurrucados entre las sábanas llenas de semen, mirándonos. Por fin podía contemplar a placer el cuerpo desnudo de Teresa sin recibir de su parte una llamada al orden tan imperativa (ni tan tierna) como poco antes. Tenía un cuerpo admirable, plenitud y armonía a la vez: redondeces aliadas a la esbeltez de los miembros. La animación del combate amoroso le iba de maravilla y se traslucía en el fuego que coloreaba sus mejillas y en la tempestad asentada en su cabellera nocturna. Las huellas de mi paso se leían en los confines del muslo, en algunos de los brillantes pelos negros de su pubis. Como yo volvía a mi papel contemplativo (y, además, lo cierto es que me sentía del todo intimidado ante ella, quizá por verla tan hermosa, tanto que no me atrevía ni a poner la mano sobre sus caderas o sus pechos), también ella jugó el juego y encendió un cigarrillo que pescó de un estante sin cambiar de postura (¡la habitación era tan pequeña!). Fumaba, contemplándome, esperando (lo notaba) a que yo hablase primero. Hice un esfuerzo para hablar, porque lo que quería decir no me resultaba fácil de expresar delante de ella.

—Teresa, perdóname si te digo... sobre todo ahora, que... —No, no iba a ayudarme. Tendría que lograrlo yo sólo—. Sabía que tenías ganas de hacer el amor. Que tenías muchísimas ganas. Y que si no fuera por eso yo no estaría aquí, claro. No tienes que enfadarte conmigo si te hago preguntas, Teresa. ¡Es tan rarísimo todo lo que me pasa!

Teresa me observaba, muy tranquila, lanzando a largos intervalos pequeñas bocanadas de humo, como si su mayor preocupación fuera velar su desnudez con aquella cortina transparente. Volví a tomar impulso.

—¡Eres tan bella, Teresa! ¡Y te amo tanto! Y tú, tú tenías tantas ganas de hacer el amor que... que hubiera podido ser con cualquier otro. ¡No te estoy criticando! Al contrario. Supongo que, para ti, cualquier otro hubiera sido mejor que yo. Por muchas tazones...

Por fin se decidió a contestarme.

—Tienes razón: podría haber pasado con cualquier otro. En el mayor secreto. Con toda comodidad. Hubiera seguido conservando mi buen humor y nadie se habría enterado de nada. Pero la cuestión es que decidí que fuera de otro modo...

—¿Por qué Teresa?

—¡Bah! Me dije que era el mal menor. Desde aquel beso que nos dimos el otro día, me repetía lo mismo: es el mal menor. Hoy mismo, cuando te estaba esperando, me lo decía: es el mal menor...

—Sus labios temblaban, había perdido su aire olímpico. Pero, furiosa por su debilidad, luchaba contra si misma con todas sus fuerzas—. Pero cuando te sentaste en mi cama, cuando dijiste mi nombre, supe que todas las excusas que me había buscado, que todos los pretextos que me había fabricado, no se tenían de pie, que no tenían nada de verdad. Lo único cierto... —Se mordió los labios mientras aplastaba el cigarrillo en un cenicero—. Lo único cierto es que tenía ganas de acostarme contigo.

Una tormenta agitaba su pecho soberbio, mientras cogía su cabellera como para espantar las palabras que acababa de pronunciar. Asustado y radiante al tiempo ante aquella confesión, no sabiendo como calmarla, me aproximé a ella y puse la cabeza sobre su vientre, recorrido por breves estremecimientos.

—Oigo cantar tu vientre, Teresa.

Se rio con una risilla nerviosa.

—¿Sabes lo que canta mi vientre? Canta: «Estoy lleno de leche, la leche de Francis, y yo adoro la leche, la leche de Francis».

Se me puso tal cara de escándalo que esta vez Teresa rompió a reír abiertamente, liberada. Y pasándome la mano por el pelo, dijo:

—¡Ahora me tomarás por un monstruo! Pero las mujeres no son

criaturas de nubes recortadas. Les gusta que las amen. Que se llene juntamente su corazón y su sexo. Como tú. ¡Tú me deseabas tan ingenuamente! Como un niño delante del escaparate de una pastelería. Sólo hubiera podido resistir a tu deseo, sin duda, si el mío hubiera estado saciado también. La felicidad vuelve egoísta.

Sin disimular ni por un momento lo que mi actitud podía tener de infantil, me puse a chupar sus senos, uno primero, el otro después. Siguió hablando, a media voz:

—Pero sé que los chicos de tu edad se asustan con frecuencia ante la sensualidad femenina. Que una chica pueda gozar como una yegua, retorciéndose, lanzando chillidos o soltando obscenidades, puede darles miedo, o a veces asco. Por ejemplo, hace un momento, no quise que me tocases el sexo porque ya estaba terriblemente excitada. Tenía tantas ganas de ti, mi amor, que estaba toda mojada de emoción. Imagínate que al descubrirlo te hubieras sentido asqueado. ¡No hubiésemos podido hacer el amor!

Ascendí hasta su boca e intercambiamos un largo beso, que acabó de serenarla. Estábamos otra vez sentados, uno junto al otro, al borde de la cama, casi exactamente en nuestra posición de partida. Recogió delicadamente mis cojones en el hueco de la mano izquierda y, apenas se apuntó una resurrección, fabricó una funda móvil con los dedos de su mano derecha. Entonces, me miró a los ojos con una dulzura impregnada de seriedad. Luego, se arrodilló en el suelo, me lanzó una última mirada, y puso mi sexo en su boca. No veía, de su cara, más que la frente y las cejas, la nariz y sus largas pestañas bajadas, como de colegiala aplicada.

Atacado a la vez por la presión intermitente de sus dientes, las titilaciones de su lengua, la dulzura de sus labios y lo cálido de su paladar, sin mencionar el movimiento de aspiración creado por el fuelle de las mejillas, entré en erupción mucho antes sin duda de lo que ella misma había previsto. Pero, abriendo ampliamente las aletas de la nariz, no abandonó su presa, con gran asombro mío, mientras yo eyaculaba lo más lejos que podía, como si hubiese esperado obturar con mi glándula el canal de su garganta. Respirando con Tuerza, me mantuvo un largo rato prisionero de sus labios, como si hubiese querido desecar hasta las últimas fuentes de mi virilidad. Cuando por fin se sintió satisfecha, se dejó caer sobre la

cama, jadeando, con los ojos cerrados. Pero yo no osaba, por una tonta aprensión, besar, sobre sus labios blancos, las huellas de mi ofrenda. Sin embargo, nada más esbozar una caricia en su sexo húmedo con las puntas de los dedos, ya, milagrosamente (nunca he sido muy capaz, incluso a aquella edad, de renovar sobre la marcha mis hazañas amorosas), volvía a encontrarme en estado de gracia. Un suspiro de felicidad acogió mi segunda irrupción en el sexo de Teresa que, aunque no abrió los ojos, cediéndome esta vez la iniciativa de las operaciones, no dejó de entregarse con todo su ser a colaborar en mi empresa. La poseí por segunda vez, ahora con una tensión dolorosa, obtenida más por la concentración que por la furia carnal.

Como se puede imaginar, me preocupaba volver a encontrarme con Teresa en presencia de mi hermano y de mis padres. Aquella noche, sólo pocas horas después de que se hubiera convertido en mi amante, vi a Teresa en plena posesión de sus medios, resplandeciendo con todos sus encantos para mayor placer de todos y cada uno de nosotros. Yo no noté ningún cambio sensible respecto a mí, a no ser, tal vez, una ternura más directa. Así, mi culpabilidad se vio considerablemente debilitada. Incluso me felicitaba, con no poca hipocresía, de haber contribuido al bienestar general acostándome con Teresa. Algunos días más tarde se produjo un acontecimiento que me convenció, además, de la existencia de un rasgo singular, pero innegable, en mis relaciones con Teresa, y en las que tenía con mi hermano.

Una noche que la viveza del frío y no, por esta vez, la tensión de las relaciones entre los novios nos había empujado a los tres a beber más de la cuenta, Teresa se dejó llevar nuevamente de aquella especie de suave locura que multiplicaba al mismo tiempo su atractivo y su audacia. Sin previo aviso, se acercó a la chimenea, única fuente de luz, y se desvistió calmosamente, dándonos la espalda, y luego, cogiendo una brasa con las pinzas, encendió un cigarrillo y sonriente, plenamente relajada, vino hacia nosotros, que la contemplábamos atónitos. Estaba completamente desnuda. Enlazó a mi hermano, diciéndole:

—Vamos a bailar, Philippe.

Puse un disco bastante lento en el gramófono. Pero antes de que

se terminase la canción, se soltó de los brazos de su novio y declaró que éramos los dos, mi hermano y yo, unos seres repugnantes, como esos señores muy vestidos que van a ver mujeres desnudas a los cabarets, unos mirones, en definitiva.

—Si no os desvestís vosotros también, me visto otra vez.

La amenaza, unida a una orden, produjo efecto. La desnudez de Teresa, más turbadora aún entre las luces danzarinas del fuego de la chimenea, era contemplada por primera vez por Philippe, estaba seguro, y estaba seguro de que, a pesar de la incomodidad que para él constituía mi presencia, era un espectáculo fascinante que deseaba prolongar. Desde que Teresa había iniciado su *strip-tease*, se movía como un autómatas (o mejor, como una marioneta) al compás de los deseos de la muchacha. Yo, por mi parte, aunque hubiera hecho el amor con ella tres días antes, no por eso sentía aplacado mi deseo, más bien al contrario. Mi hermano se desvestía.

—Tú también, pequeño.

Y Teresa me ayudó a desnudarme, desabrochándose la camisa y abriéndome la bragueta con absoluta falta de pudor. Apenas había terminado de quitarme el último calcetín, acudió a mis brazos y, carne contra carne, nos pusimos a bailar. Le había dado tiempo a cambiar el blues que yo había elegido por un disco de música cubana, que exigía un juego más voluptuoso de piernas y pelvis. No creo revelar un gran secreto si digo que solamente la inestabilidad de la iluminación me permitía disimular mi estado de violenta excitación que, para colmo, la sutil ondulación del vientre de Teresa contra el mío, sumada a la de sus senos desnudos contra mi pecho, hacía aumentar. Pero adivinaba que mi hermano no había de encontrarse en un estado mucho más decente, si es que hay indecencia alguna en aparecer así ante los ojos de la mujer amada. En aquellas condiciones, me costó gran esfuerzo no dejarme llevar de mi entusiasmo, sobre todo porque, entretanto, Teresa me murmuraba en la oreja cosas como: «¡Qué dura la tienes, mi amor, qué dura!». Y también: «¡Tu polla me hace arder!».

Por eso sentí cierto alivio al cedérsela a mi hermano. Al observar el movimiento de caderas de Teresa, que me daba la espalda, constaté que con él desplegaba una elocuencia superior aún a la que había demostrado conmigo. ¡Debía estar poniéndole en un estado!

Tropezaban, ondulando regularmente con todo el cuerpo, arrastrados por una ola suave a la que muy poco había que modificar para llevarla a originar un, auténtico abrazo. Mi hermano no necesitó de mucho tiempo para convencerse sin que Teresa tuviera necesidad de recurrir a otros argumentos.

De manera que cuando le dijo en voz baja, pero lo bastante fuerte como para que yo lo oyese: «Hazme el amor», se deslizaron sobre la moqueta, ella separó los muslos levantando los pies del suelo y él se hizo un poco atrás y la penetró directamente sin la menor dificultad, cosa que no me sorprendió lo más mínimo.

Teresa comenzó a suspirar fuertemente mientras yo ponía almohadones bajo su nuca y sus caderas (lo que tal vez mi hermano interpretase como señal de un complot proyectado entre ella y yo para atacar su virtud). Me sonrió con una sonrisa un tanto vaga, luego cruzo las piernas sobre los riñones de Philippe y dirigió con saltos regularmente espaciados el ritmo del acoplamiento. Entonces, sus suspiros comenzaron a subir de tono al tiempo que ganaban también en amplitud. Lo que de algún modo yo había conocido ya desde el interior, podía observarlo ahora desde el exterior. Arrodillado a su lado (no se preocupaban por mi presencia, que no les estorbaba en absoluto, tan embebidos estaban en lo que hacían), admiraba de todo corazón, y sin la menor sombra de celos (¡qué lo crea quien quiera creerlo!) el desarrollo de ese rito al lado del cual todos los demás no son sino payasadas dementes. Pero participaba en él efectivamente de un modo demasiado intenso para conservar una perfecta neutralidad de observador, y una sincronización tanto más notable cuanto que mis manos no tuvieron nada que ver en ella, hizo que llegásemos al éxtasis simultáneamente. Insisto porque nunca he oído contar otros ejemplos de tal fenómeno (que, por otra parte, tampoco ha vuelto a acontecerme a mí): mi eyaculación se produjo en el mismo instante que la de mi hermano, sin siquiera rozar mi sexo con las yemas de los dedos, aunque mi juicio sobre Philippe es menos preciso, porque él tenía la suerte envidiable de proyectar su esperma en lo más profundo y secreto del cuerpo de Teresa.

Ella estaba aún entre los brazos de Philippe, y ambos, apenas, recobrando el aliento, cuando, volviendo la cabeza hacia mí,

descubrió sobre la alfombra la ofrenda de mi fervor. Se escabulló del abrazo de su novio, saltó hasta mí, que seguí arrodillado y un poco aturdido en el mismo sitio, se arrodilló contra mí y me pasó el brazo en torno al cuello. Toda húmeda de sudor y de semen, me besó con besitos en la boca, repitiendo muy bajo:

—¡Mi amor, cómo me quieres!...

Mi hermano no vio, porque Teresa le daba la espalda, que con la mano libre empuñaba dulcemente mis cojones (como lo había hecho la otra vez, en su habitación, antes de tomar mi sexo en su boca). De todas formas, incluso aunque mi hermano se hubiese dado cuenta, probablemente no hubiese dicho nada, porque se puede pensar que pensase en aquel instante que Teresa iba a hacer el amor conmigo después de haberlo hecho con él. La manera no poco escabrosa en que, pocos momentos antes, había bailado conmigo favoreciendo mi erección mediante los lascivos frotamientos de su vientre, había sido recibida por él, seguramente, como un aviso: si él hubiese respondido negativamente a la solicitud de Teresa de que hiciese el amor con ella, la petición me hubiera sido inmediatamente hecha a mí y, como no conocía mi secreto (aunque mi eyaculación espontánea, luego, habría debido ayudar a, cuando menos, suponerlo), Philippe estaba convencido, seguramente, de que yo no habría rehusado y que Teresa hubiera hecho el amor conmigo, ante sus ojos. Su propio deseo había hecho el resto.

—¡Era tan bello, Teresa!

Me quitó la palabra disparando su lengua dentro de mi boca, mientras me apretaba los cojones entre los dedos, pero sin hacerme daño. Luego echó la cabeza hacia atrás, agitando los cabellos y mirándome a los ojos. Los suyos brillaban de una forma desacostumbrada. Entonces, se levantó y se refugió en los brazos de mi hermano para cuchichearle algo al oído con vivacidad. Él se echó a reír y ella pareció un poco confusa, o simuló la confusión a maravilla.

—¿Sabes lo que me ha dicho Teresa? Que su felicidad habría sido completa si tú la hubieses poseído al mismo tiempo, es decir, si tú...

Hice un gesto de que había entendido en el momento en que mi

hermano, de pronto, se atrancaba en sus frases. Pero me admiré de que hubiese optado por reír cuando otros, incluso poco timoratos, hubiesen estallado de indignación. Sin embargo, lo que más era de admirar, era el extraordinario instinto de Teresa para arreglar las situaciones más enrevesadas (lo que he llamado su genio para el amor). Especulaba con toda naturalidad con el sentido de la equidad de Philippe, a cuyos ojos yo tenía que sentirme frustrado puesto que había sufrido las mismas provocaciones que él por parte de Teresa sin haber recibido los mismos favores. Es cierto que el novio era él y no yo, pero Teresa, por su sola generosidad, era una invitación constante a desembarazarse de las mezquindades, del egoísmo. Por otra parte, Teresa se había servido de mí, y aquella noche más claramente que en el pasado, para hacer crecer en él la tensión carnal: yo había sido, en suma, un medio de chantaje apenas disfrazado. Así, ahora, ella podía dar credibilidad a la hipótesis de una especie de compensación amorosa a cambio de mis buenos y leales servicios de tercería. Con todo, sigo convencido de que Teresa se habría negado a utilizarme con esos fines sin haberme dado antes prueba de su cariño. Era así: no sólo una naturaleza amorosa, sino también una naturaleza generosa. A sus ojos sólo se tenía derecho a jugar con el amor si se daba amor. Y es cierto, en efecto, que si Teresa no se hubiese entregado a mí unos días antes, la crispación de mi deseo me habría impedido mostrar tanta abnegación y constituirme en el testigo caballeresco de sus amores. Había hecho de mí, en alguna medida, su discípulo.

Pero, de momento, Teresa, preocupada de no alarmar más de la cuenta la vanidad masculina de la que todos estamos provistos, halagaba con su mano el símbolo de esa vanidad en Philippe, y no sin resultados, como se puede suponer. Consideré que esta vez mi presencia no era necesaria y, recogiendo mi ropa, les deseé buenas noches. Aunque estaba abrazada a mi hermano, sujetándole además con ambas manos, exigió que fuera a darle un beso. Su boca húmeda y temblorosa, la manera en que se aferraba a mi hermano, me permitían proveer con claridad que, apenas yo hubiese desaparecido, se deslizaría a los pies de Philippe y, con los párpados cerrados, recogida... Esta representación mental, al contrario de lo que había pasado con lo que acababa de testimoniar, me produjo un

curioso pinchazo en el corazón. Sin duda porque esa caricia es, de todas, la que menos se desea compartir con otro, porque la mujer que la realiza rinde honor de esa manera a la individualidad de su amante.

Iba a olvidar la respuesta que Teresa dio, antes de retirarme, a una pregunta de mi hermano concerniente a un punto que me había intrigado también a mí tres días antes. Philippe manifestó en voz alta su sorpresa de que Teresa no saliera volando, según el cliché habitual, hacia el cuarto de baño, para borrar cualquier traza de esperma susceptible de fecundarla (era la época en la que los anticonceptivos no pasaban de mito). ¿Deseaba acaso tener un hijo? Teresa respondió, riendo:

—¡Ah! No, no tengo disposición para la maternidad...

La expresión era graciosa, y nos reímos. Pero, no obstante, evocó en mí en vez del vientre plano y liso de Teresa, una montaña redonda de carne, blanda y horrible. ¡Visión atroz! ¿He de precisar que tampoco yo tenía, por mi parte, disposición para la paternidad? Pero Teresa añadió:

—He tomado todas las precauciones necesarias... —Y su genio de la provocación (que tenía tan desarrollado como el del amor), le inspiró, además, esta salida magistral: Además, ¡me gusta guardar la leche de mis amantes el mayor tiempo posible!

Un tiempo después de aquello, Teresa nos participó, a mi hermano y a mí, que seríamos invitados a una especie de fiesta monstruo, y distinguida, que tendría lugar el fin de semana de Pentecostés, en el palacio de Eure, a un centenar de kilómetros de París. Nos dio a entender que era una de los responsables de la organización de la fiesta (pagana, a pesar de la fecha), en la que no faltarían, nos dijo de una forma un tanto elíptica, «ni bebidas, ni músicos, ni camas, ni mujeres». Además se invitaba solamente a personas capacitadas para mantenerse a la altura de las circunstancias. Tomamos buena nota de ello.

Nuestras veladas se habían hecho más pacíficas. No volví a ser testigo de los amores de Teresa y Philippe ni tuve tampoco necesidad de eclipsarme porque, sin la menor duda, se veían ahora con bastante regularidad y, según todas las probabilidades, en la habitación de Teresa. Nos separábamos, por las noches, más pronto

de lo que antes se hacía, cosa que mi hermano justificaba con la proximidad de sus exámenes, razón bien pensada para recibir el beneplácito de nuestros padres. También Teresa, por su parte, tenía que presentarse a un par de asignaturas de filosofía (o psicología) y yo tenía que sacar adelante el bachillerato que se me había escapado el año anterior (a decir verdad, todo eso contaba mucho menos para mis padres que los estudios de Philippe y su resultado final). El invierno llegaba a su fin, el aire se iba dulcificando, el sol acariciaba ya los tejados de París.

Una vez, hacia las once de la noche, la hora del ligue por excelencia, íbamos por el Luxemburgo (mi hermano y yo, acompañando a Teresa, a pie) y nos cruzamos con una chica que me pareció de una belleza excepcional.

Su aparición a la luz de una farola me dejó atónito por un instante. Teresa, que se dio cuenta, me animó en voz alta a lanzarme al asalto de la bella paseante. Pero no me sentí con fuerzas, tanto más cuanto que nunca había abordado (a no ser en broma y para impresionar a los amigos) a una chica en la calle. La chica se volvió, sonrió y desapareció en la oscuridad. Teresa me riñó por mi falta de arrojo:

—¡Hay que salir de la infancia, pequeño! A esa no le disgustabas, lo he visto en su sonrisa, y tú también, además... A lo mejor dentro de diez minutos cae en las garras de un cretino, o dentro de veinte. Si no ha caído ya. Cuando se está harto de la soledad, a veces, se coge lo primero que llega... Más valdría que hubieras sido tú. Para ti y para ella. Aunque no se tratase más que de tomar una copa juntos...

Philippe declaró que Teresa estaba haciendo de mí un perfecto sinvergüenza, el Don Juan del bulevar Saint-Michel, el consolador-ideal-de-las-soledades-femeninas, y que moriría muy joven y muy cansado en un gran apartamento atiborrado de divanes y tapizado con las fotografías de mis innumerables conquistas. Teresa se apresuró a reafirmar: sería miembro distinguido de una institución benéfica destinada a preparar a las jovencitas del mundo y de otros lugares a afrontar las alegrías y las dificultades del amor mediante ejercicios tanto prácticos como espirituales...

«—No, señorita, no ha seguido usted adecuadamente mis

consejos: sus muslos no están abiertos con el ángulo reglamentario de cuarenta y cinco grados que es el único que permite una conjunción satisfactoria. ¿La prueba? Vea usted la dificultad que tengo para penetrarla completamente. Le ruego que se entrene repitiendo esta postura delante del espejo hasta el lunes próximo. Estoy seguro de que con un poco de aplicación y de buena voluntad acabará por lograrlo. Permítame ahora que me retire sin darle una buena nota, dado que no la ha merecido del todo. No llore, señorita. Para demostrarle que no obro con mala voluntad ante su poca aplicación en el curso, me dedicaré unos minutos a hacerle unos ejercicios de suavización en sus labios menores, que todavía no tienen toda la docilidad que se requiere en los placeres del amor...».

Esas eran las palabras escabrosas que, por tomarme el pelo, ponía Teresa en mi boca como dedicado a la envidiable actividad que me auguraba. Es inútil decir (y soy el primero en deplorarlo) que la ocasión de realizar tal vocación no se me ha presentado todavía.

Al día siguiente, la conversación de los tres volvió a versar sobre la cita orgiástica del palacio de V*** (no podría designar el lugar más explícitamente sin faltar a la discreción). Se entabló una discusión bastante viva en torno a las relaciones entre el amor y el libertinaje. Mi hermano afirmaba (y yo no estaba muy lejos de apoyar su postura) que una libertad sexual extrema le parecía una amenaza seria para el amor verdadero que tiende a establecerse entre dos individuos. Teresa, enrojecida, proclamó con vehemencia que si el amor no se sentía capaz de admitir la libertad era porque no era amor verdadero, sino supervivencia disfrazada de la opresión sexual, del despotismo ejercido por uno de los componentes de la pareja (generalmente el hombre, aunque no siempre) sobre el otro. Perdía así su significación liberadora y se convertía en coacción intolerable, en esclavitud hipócrita, en supervivencia de la Edad de Piedra.

—¿Y si el amor sucumbe ante el libertinaje? —pregunté yo.

—Entonces es que la prueba ha demostrado que ese amor no estaba a la altura de lo pretendido —repuso Teresa.

—Pero, para empezar, ¿el amor no resulta, desde el ángulo del placer, necesariamente inferior al libertinaje, que multiplica tanto

los agentes como las ocasiones para la voluptuosidad? —preguntó mi hermano.

—Aunque se multiplique, el amante que satisface el cuerpo no puede compararse con el amante que colma el corazón. El que nos encanta una noche no es muchas veces, cuando vuelve a vestirse, más que un encantador sin nada: ya ha perdido todo lo que había creído conquistar. Tras él no queda más que una huella sin importancia de sus proezas, algo que se borra rápido. Por muy loca que haya sido, la comunión carnal no va seguida más que del vacío...

—Pero ¿y si el amante que colma el corazón no satisface el cuerpo?

—Tiene el mejor papel: es el preferido porque es insustituible.

—¿Preferido pero engañado?

—Engañado pero preferido.

—¿Y si hace muy bien el amor puede estar seguro de poder ser el único?

—No necesariamente. Su amante puede, en otros brazos, sentir el placer de decirse: «¡Ah! ¡Qué feliz me sentiría si, en este instante, fuera él quien...!».

—¿Alentar la fidelidad?

—No, porque no se puede hacer esa reflexión más que si se hace el amor con otro, o con varios. Al engañarle, le puede amar mejor. Así puede realizar una comparación continua entre él y sus rivales. El amor toma así un nivel metafórico...

—¿U olímpico? Una competición permanente entre todos esos cornudos para los que siempre hay una medalla de oro que pescar.

Mi intervención había sido de tono jocoso por el miedo que tenía a aquella conversación, mitad humorística y mitad seria, tomase una dirección catastrófica. Teresa, que tenía no obstante una fuerte tendencia a realizar consideraciones de carácter filosófico o psicológico, nunca había llevado todavía tan lejos la paradoja, dando a sospechar que en su vida privada podía haber inquietantes segundos planos. Lo que estaba en juego no era sólo el fin de semana, probablemente no poco escabroso, en el palacio de V***, sino la suerte de la pareja Philippe-Teresa (con ciertas «salpicaduras» incidentales en mi propio jardín). En aquel

momento, una llamada telefónica importante obligó a mi hermano a dejarnos unos diez minutos largos.

Teresa, muy agitada por la discusión que acababa de tener lugar, estaba de pie, apoyada contra un ángulo saliente de la pared. Fumaba con una especie de labia sorda que únicamente dejaba traslucir las temblorosas aletas de su nariz y su mirada sombría, fija en el vacío. Desde que se había convertido en la amante de mi hermano ante mi presencia, no había vuelto a invitarme a volver a verla en su habitación donde, sin duda, recibía ahora a su prometido, y se abstenía de toda otra manifestación de cariño especial (como besarme en la boca), cosas todas por las que no podía, evidentemente, culparla, porque siempre tuve conciencia de ser para ella un mero descanso, un sustituto provisional. Me acerqué a ella con intención de decirle algunas frases tranquilizadoras, pero ella se volvió hacia mí con una mirada tan terriblemente airada que me quedé con la boca abierta y como paralizado. Cuando vio el efecto que me producía su furia, se sintió turbada y murmuró:

—Perdona, mi amor...

Quise besarla, pero giró la cabeza. Estaba pegado a ella y sentí de pronto su vientre arder contra el mío. Toqué un instante sus senos, pero casi inmediatamente, mis manos respondieron a su invitación y se deslizaron bajo la falda corta sin oposición por su parte. Cuando mis dedos llegaron bajo el nylon a la herida ardiente de su sexo, se puso a jadear como aquella otra vez, en la escalera de su casa, pero sin dejar el cigarrillo al que daba, con la cara vuelta, profundas chupadas. Logré hacer bajar el slip lo suficiente para que mi mano entera tomase posesión del espacio entre sus muslos hasta introducir progresiva y rítmicamente el dedo corazón (cosa que nunca había hecho) en el más estrecho de sus orificios. Se encabritó, pero no para escaparse, sino al contrario, porque mascullaba al ritmo de la intromisión:

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

Mi pulgar había anidado en la vulva, donde penetraba como lo habría hecho un pene enano, mientras el medio resbalaba en el ano. De tal suerte que levantaba literalmente su carne con mi doble y violenta caricia, en tanto que la mano izquierda atropellaba sus

senos. ¡Imagínese que, además y como en otra ocasión precedente, el fondo sonoro era la conversación telefónica de mi hermano en el cuarto de al lado! No dejé a Teresa en paz hasta que, vaciada, anonadada, desmadejada como un trapo, terminó por entregarme sus labios, sus dientes, su lengua. Con la mano derecha empapada, levantada ante mi cara como si estuviese teñida en la sangre de un crimen, me refugié en el cuarto de baño donde, dejando al fin de sujetar un ardor demasiado tiempo retenido, me desabroché la bragueta y mezclé los húmedos recuerdos de Teresa con los fervientes testimonios de mi placer. La misma obscenidad de mis gestos me trastornaba. Durante mucho tiempo no había querido ver en el amor más que sus aspectos amables, luminosos y decorativos: de un solo golpe, descubría los abismos de Eros, el reverso furibundo y negro de la atracción carnal, el infierno del deseo. Para un muchacho un poco ingenuo como yo era, una revelación así a los diecisiete años podía desembocar directamente en la náusea. Pienso en una reflexión de carácter aún más desesperado que habría de escuchar más adelante en labios (adorables) de una *cover girl* con cara de niña inocente (y, además, con un acento cantarín de Europa Central que añadía una gran ligereza a tan amarga profesión de fe): El amor no es más que culo.

Al sentir en mis dedos culpables los aromas distintos y a veces mezclados del sexo de Teresa, de su ojo del culo y de mi esperma, tenía como una cierta impresión de haberla violado. De haberla violado doblemente. Sin la menor duda, la había forzado. ¿Me guardaría rencor? Reconocía que estaba en su derecho y sin embargo, en aquel mismo instante, algo me la había atraído más cerca de mí que cuando me había acostado con ella e incluso cuando me había derramado en su boca. Lo que había sucedido en su habitación no era, en cierto sentido, sino el reflejo de mi propio erotismo, solamente. Ella había accedido porque tenía también ganas de hacer el amor, se había ofrecido de buen grado a satisfacer mis deseos, pero sin revelar, en el fondo, nada de sí misma, a no ser que le gustaba hacer el amor, cosa que no hacía ninguna falta demostrar. Esta vez, la brutalidad de mis caricias había, en alguna medida, levantado el velo que cubría el erotismo profundo de Teresa: por primera vez había leído en su corazón una especie de

fascinación angustiada. Y yo mismo había respondido instintivamente a una llamada obscena no formulada abiertamente por Teresa cuando me acerqué a ella para tranquilizarla (creyendo, en todo caso, que no me acercaba a ella con más intención que la de tranquilizarla). Acababa de aprender también que hay un punto más allá del cual el deseo y el disgusto, el amor y su contrario pierden sus rasgos específicos. El reino de lo indiferenciado en el que se penetra entonces no es ni mucho menos el de la indiferencia sino, por el contrario, el del exceso. Y en sus tinieblas viscosas apenas si hay luces por las que guiarse. Así, cada vez tenía menos posibilidades de dudarle: amaba a Teresa.

Cuando por fin me decidí a lavarme las manos (¿para intentar recuperar la inocencia?), calmado, pero con el cráneo retumbando de impulsos sordos, volví al salón, donde encontré a los novios abrazados sobre el diván, y un tanto desarreglados. La blusa de Teresa, desabrochada, permitía ver un seno desnudo. Mi hermano, por su parte, no ocultaba su emoción (y lo que tampoco se ocultaba era que, entretanto, Teresa había sabido dar vuelta a las cosas en su propio favor, haciendo que la discusión precedente acabase en la conclusión que a ella le convenía). Iba a retirarme discretamente, pero Teresa me indicó con un gesto que me acercase, mientras se abrochaba, sin excesivas prisas, la camisa.

—Ven, pequeño... Estaba diciéndole precisamente a Philippe que es preciso que hagáis un esfuerzo, uno y otro, para que no tenga que avergonzarme de vosotros en el palacio de V***. Yo seré vuestra madrina, es decir, que garantizo vuestras aptitudes mundanas. ¡No os riais como unos idiotas! Es verdad que puedo afirmar que os comportáis ambos como amantes fogosos, pero eso no significa nada mientras no se os pida una demostración. En cambio, os pondrán a prueba de inmediato como bailarines, y ahí sí que me temo lo peor... Así que a partir de mañana, entrenamiento todas las noches. ¡Se acabaron los flirts y las discusiones filosóficas! Y a ti, pequeño, pasado mañana te llevaré a una discoteca en la que se bailan los últimos bailes. Te presentaremos chicas y no tendrás más que seguir su ejemplo y sus consejos. Pero cuidado: ¡nada de frivolidades! Sólo para bailar. Nada más.

No eran palabras vanas, y Teresa, que hasta entonces nos había

permitido dirigir sus pasos a nuestro aire, nos impuso a partir de aquel momento un auténtico entrenamiento, con vistas a lo que mi hermano llamaba ya «el derby de Epsom». Los discos viejos del invierno anterior fueron sustituidos por otros nuevos, por lo general más nerviosos, en tanto que Teresa nos revelaba unos talentos de tipo coreográfico que apenas hubiéramos podido sospechar. Para decir toda la verdad, ni mi hermano ni yo habíamos buscado en el baile, hasta entonces, otra cosa que una ocasión lícita de acercarnos lo más posible a nuestra pareja, generalmente Teresa. No cabe, pues, sorprenderse de que mi forma de bailar con ella fuere, como ya vimos anteriormente, un si es no es lúbrica, y en eso no hacía sino seguir el ejemplo de mi hermano. Pobre excusa, quizá, pero si los dos nos hubiésemos comportado como caballeros irreprochables, quién sabe si los acontecimientos habrían seguido el mismo curso.

Para entrar en la discoteca a la que Teresa me llevó dos días más tarde, había que enseñar la patita blanca: por las tardes estaba, en principio, cerrada. Pero bastó con que Teresa dejase ver su cara por el ventanuco abierto en la estrecha puerta de entrada. Dentro había solamente unos pocos iniciados: cinco o seis chicas de quince a veinte años, del tipo más diverso pero, generalmente, guapas, delgadas, vivas y de una elegancia muy estudiada, que ocupaban el espacio entre el bar (defendido por unos taburetes de palas altas y dominado por una mujer silenciosa y seca de unos treinta años) y el *juke-box*, habitado exclusivamente por las últimas novedades, algunas de ellas rarísimas, en materia de bailes y canciones. Resultó evidente que las chicas estaban advertidas de mi llegada, porque ninguna manifestó la menor sorpresa. Teresa hizo las presentaciones declarándome su protegido y precisando que se responsabilizaba de mi conducta, lo que excluía de antemano cualquier veleidad amorosa. Esta interdicción (que, por otra parte, fui el único en tomar a la ligera) les divirtió. Se dejaron besar en las mejillas, riendo. Sentí entonces que el favor excepcional que se me otorgaba (de hecho, nunca llegué a ver un chico en aquel lugar) merecía algún sacrificio, e hice una invitación general. La camarera me consideró, desde ese momento, favorablemente: adivinaba que me iba a convertir, desde el punto de vista financiero, en el pilar del negocio. Ya se sabe que las chicas beben muy poco, sobre todo

entre ellas. Y aparentemente (o en todo caso yo no supe verlo) no había otros medios para amortizar la ocupación del lugar que las consumiciones de los clientes. Pero, como bailaba cada vez con todas las chicas presentes (cosa que sin duda habían decidido ellas mismas de común acuerdo, porque se revelaban automáticamente y sin dar nunca señales de impaciencia ante mi escasa disposición), pagarles una copa era lo mínimo. Tuve necesidad, claro está, de pedir a mis padres un aumento de la asignación que me tenían concedida mensualmente: como era consecuencia de un deseo de Teresa, no se hicieron rogar más de la cuenta.

Las chicas bailaban entre ellas, tratando de perfeccionar los pasos, se intercambiaban trucos, se controlaban y criticaban recíprocamente, hacían a veces repetir varias veces la misma pieza cuando se presentaba alguna dificultad (solía ser, sobre todo, cuando surgía un baile nuevo, que había que analizar para asimilar mejor sus características). En resumen, había caído en mitad de una asamblea de técnicas, pero ¡unas técnicas de lo más atractivo! Felizmente, su horizonte no se limitaba a las preocupaciones técnicas. Por ejemplo, también el peinado las tenía en vilo, porque las veía vigilar en todo momento su estado en los numerosos espejos que ocupaban las paredes, e incluso el techo, de la sala. ¡Más que un templo de la danza era un templo del narcisismo femenino! Pero no me quejaba: siempre he experimentado una extraña felicidad al contemplar mujeres guapas (y digo bien, contemplar, no otra clase de aproximación erótica por la mirada), y no puedo pues sentirme con fuerza moral para acusarlas de estar muy frecuentemente enamoradas de su propia imagen. Teresa, que lo sabía, había pensado, sin duda, que no se corría riesgo de que yo perturbase el ceremonial.

Sin tener necesidad de redoblar mi atención (o por que enseguida consideraron que no sería yo quien rompiese el encanto), pronto sorprendí a pesar de la extremada discreción de los gestos, besitos intercambiados a hurtadillas, con pretextos iniciales de rectificar, por ejemplo, la posición de una horquilla, la colocación de una mecha o el equilibrio de un moño. Teresa, por su parte, bailaba casi exclusivamente con una rubia muy guapa, cuya mirada clara, labios frescos y rasgos todavía infantiles parecía cautivarla.

Algunas veces, la luz se tamizaba hasta que no quedaba más referencia que los reflejos extraños de los espejos y los metales pulidos, más guía que la mirada, sombreada por el rímel de las pestañas, de la propia pareja. Aprovechándome de uno de aquellos eclipses, rocé con la punta de los dedos el pecho de mi compañera. Pareció que no iba muy en contra de su voluntad, e incluso me permitió mordisquearle la punta de la lengua para luego, con un movimiento inesperado, desasirse cuando llegamos a la altura de Teresa, ocupada en compartir, frente contra frente y paja contra paja, un gin-fizz con su amiga rubia.

—No has sido bueno, pequeño —me dijo Teresa.

No insistió: acababa de hacerme entender que valía más que no violase el tabú que me había impuesto. Me hice servir otro gin-fizz y puse una tercera paja en el vaso. Bebimos con las cabelleras mezcladas, las manos juntas sobre el mismo vaso, enlazadas en torno a la bebida como alrededor de una llama sagrada.

—Esta preciosidad es Florence, mi infierno y mi paraíso —dijo Teresa con una voz que no lograba parecer del todo irónica.

—¡Ver Florence y morir! —declaré estúpidamente.

Teresa soltó una risilla y Florence me tendió sus labios por encima del vaso. Sus dientes olían bien, y prolongué el beso. Luego, como Teresa refunfuñaba, nos turnamos en besarla hasta que pidió clemencia.

—Te estás haciendo cada día más disoluto, pequeño —me dijo cuando logró recuperar el aliento.

Florence nos sonreía en la oscuridad sin decir palabra. Comprendí la seducción que ejercía sobre Teresa. Su radiante inocencia era el más embriagador de los licores. Por otro lado, me parecía que yo no le disgustaba y, por muy enamorado de Teresa que anduviese entonces, esa impresión halagaba algo más que mi vanidad: Florence (durante nuestro triple *tête-à-tête* había tenido la posibilidad de contemplarla de cerca y largamente) no era solamente muy guapa, sino que irradiaba una gracia de signo especial, como la de ciertas niñas pequeñas, que es, quizá, la gracia pura y simple. Quiero decir que, en comparación con Teresa, cuya seducción operaba directamente en el plano carnal, Florence creaba más bien una necesidad de ternura infinita. Por lo menos eso es lo

que yo creí notar a partir de aquel día. Pero Teresa no parecía tener muchas ganas de que la comunicación entre sus dos protegidos fuese mucho más adelante: al poco rato hube de separarme de ellas.

—Pequeño, esto no puede seguir mucho así —me dijo cuando volvíamos andando por la calle.

—¿Qué he hecho ahora? —le pregunté, palideciendo.

—¡Es como si hubiera metido al lobo en el corral! No piensas más que en poner tus patatas negras encima de mis ovejitas blancas...

—Tus ovejitas blancas, tus ovejitas blancas... ¿Acaso no saben muy bien lo que es un chico?

—No.

—¿Cómo, no? ¿Quieres decir...?

—Quiero decir que no quieren saberlo. Y que tu deber (y el mío, puesto que soy la responsable de haberte introducido entre ellas) es respetar su voluntad...

—¿Y eso significa que tengo que olvidarme del sexo al que pertenezco?

—Me parece que eso no basta.

—¿Entonces qué más?

—Hace falta que te conviertas tú también en una ovejita blanca.

Debí de poner una cara tan cómica que Teresa no pudo evitar que se le soltara la risa.

—No entiendo nada, Teresa. ¿Qué esperas de mí?

Me cogió de la mano.

—Pequeño, lo que espero de ti es una obediencia ciega, inmediata y en todo momento. ¿Es pedirte demasiado?

—No, Teresa, haré todo lo que tú me pidas —dije con una voz un poco desfallecida.

—Muy bien, pues a partir de hoy mismo haré de ti una ovejita blanca.

A los pocos instantes, estábamos en la habitación de Teresa (vecina de la discoteca donde habíamos ido a bailar), y Teresa comenzaba a desvestirse. Cuando yo iba a hacer otro tanto, me detuvo con un gesto:

—No, señorita, usted será la adoradora, no la adorada...

Como en mi primera visita, quitó el *patch-work*, abrió las

sábanas y se tumbó boca arriba, con los muslos bien abiertos a partir de su pubis negro y su sexo rosa.

—¡Ven! —dijo.

Fui, sin haberme quitado más que los zapatos y los calcetines, y me tendí sobre ella. Nuestras bocas se sellaron una con otra mientras tomaba sus pechos. Casi de inmediato comprendí que el ardor de mis caricias no tenía que confundirse con la vulgaridad del tacto. Desde ese momento, procuré más bien hacer enderezarse el pezón con roces enervantes y sutiles o acunar el globo de los senos, que agarrarlos como en una *kermesse* flamenca. Tenía que ser un discípulo digno de la maestra que me enseñaba y en la que adivinaba ciertos sobresaltos si mis iniciativas lograban sus fines, si mi tacto era certero o no lo era, se propiciaba placer, dolor o insatisfacción. Después de haber chupado largo rato la punta de sus senos, me deslicé hacia el vientre, donde sabía que me aguardaban otras dificultades.

Teresa adivinó mi preocupación y me guio con el gesto y con la voz entre las malezas del país de la ternura. ¿No era, después de todo, lo fundamental de la lección del día? ¿Puede creerse que aquel día fue cuando descubrí la existencia de esa «coca», del clítoris? No tuve que arrepentirme de que se notase mi inexperiencia: mucho más tarde pude verificar que Teresa me había ido haciendo descubrir ciertos refinamientos no demasiado conocidos que acabarían por valerme una halagadora opinión entre muchas mujeres que, sin la menor duda, habían hecho ya a pelo y a pluma (y perdóneseme la metáfora cinegética). Consignarlos por escrito sería dar prueba de fatuidad. Son, además, cosas mucho más sencillas de hacer que de decir (Teresa no me daba explicación alguna, se limitaba a indicarme direcciones a seguir, ritmos, encadenamientos, sumas voluptuosas) y cuya transmisión ha de hacerse en los lechos y no en los libros. Cuando Teresa consideró que ya había dado pruebas suficientes de mi buena voluntad (a falta de ciencia), ya empezaba a sentir una especie de calambre en la base de la lengua. En ella, y en mis labios, encontró con agrado, en el beso con que me recompensó, testimonio de sus propias emociones. Se alargó en él, quizá para traer a mi memoria mi pusilanimidad cuando no había logrado decidirme a besar sobre sus

labios unas gotas de mi esperma. Por supuesto, yo me había corrido en los calzoncillos durante la sesión, que había durado más de una hora. Nos quedaba el tiempo justo para volver a casa de mis padres y llegar a la cena de aquella noche, en honor de Teresa.

Mientras caminábamos, Teresa intentaba averiguar lo que pasaba dentro de mí. Era algo que, visiblemente, la apasionaba. No ocultó en absoluto sus relaciones homosexuales (con Florence, sobre todo), ni tampoco su deseo de llegar por ese camino, lo mismo que por el de la heterosexualidad, a la plenitud. Yo, como era evidente, no estaba muy bien situado para abundar en sus razones, puesto que la experiencia a que me acababa de prestar tenía forzosamente que parecerme amputada de su conclusión lógica. Teresa argumentaba que al decir aquello me limitaba a dar pruebas de una gran pobreza de imaginación. Continuó:

—O, simplemente, de pobreza de amor. ¡Bien pobre amante, bien poco ama, el que se considera perjudicado por no haber obtenido todo el placer posible cuando había podido acariciar de todas las maneras posibles, excepto una, el cuerpo de su amante!

Respondí que había sentido un gran placer acariciándola, múltiples emociones, pero que me resultaba difícil olvidar que al hacer el amor con ella como un hombre, y no como una lesbiana, había conocido sensaciones turbadoras de otra calidad.

—¡Además eso no puede ser amor, porque era amor en una sola dirección! Yo te acariciaba y tú no me acariciabas a mí. ¡Porque tú no me podías acariciar sin que se desmontase de inmediato la ficción de la homosexualidad!

Teresa se mostró de acuerdo, tanto más cuanto que, dijo, se había impuesto la pasividad total para poder probarme mejor.

—¡Nunca he tenido la absurda intención de hacer de ti una verdadera lesbiana! Lo que quería era, por un lado, ayudarte a superar el automatismo de la satisfacción sexual, y por el otro, esa especie de pereza masculina que suele ser la norma común. Y además, al alejarte de esa animalidad mecánica del macho, confiaba en hacerte adivinar el refinamiento extremo de las costumbres lésbicas, refinamiento que no excluye, por otra parte, el ardor, ni la sinceridad. Todo eso, para que comprendas lo que podrías chocar y molestar, sin darte cuenta, a esas chicas que han aceptado bailar

contigo...

—... ¿y que son todas lesbianas?

—Sí, más o menos.

—¿Es decir...?

—Es decir que algunas, como yo, también son amantes de los chicos. Y que otras, como es frecuente entre las chicas, no pasan entre ellas de las caricias y los besos. Yo misma, cuando era virgen, me acosté muchas veces con chicas de las que estaba enamorada. Nos metíamos mutuamente los dedos en la vulva, incluso en el ano, nos comíamos a besos en la boca o en los pechos, pero nunca nos chupábamos el sexo...

—¿Y cuándo empezaste a chupar el sexo de otras chicas?

—Después de haber sido desvirgada. Por un hombre, claro está. Creo que entonces todos los tabús se derrumbaron de golpe: como había hecho el amor con un hombre, podía también hacerlo con una chica, es decir, podía hacer con ella todo lo que hubiera que hacer...

—En resumen, que para ti se trata de dos cosas paralelas, distintas, pero que no se excluyen.

—Que no se excluyen en absoluto. Al contrario, creo que me gustan más los hombres con los que me acuesto cuando me acuesto también, de vez en cuando, con mujeres. ¡A lo mejor es que así me descargo de una parte de veneno!

—¿Y cuando te acuestas con un hombre como si fuese una mujer de qué te descargas?

—Tal vez de mis remordimientos...

—¡Teresa!

En compañía de Teresa, volvía con frecuencia a la discoteca de las ovejitas blancas (el nombre, divulgado por Teresa, había hecho fortuna e incluso se llegó a hablar por un momento de ponerlo como nombre del establecimiento en vez del actual, mucho más gris). Allí encontrábamos casi siempre a las mismas chicas y yo seguía siendo el único varón, cosa de la que no sacaba beneficio alguno. ¿Era por el ascendiente que Teresa tenía sobre mí? En todo caso, por tonta que pueda parecer la confidencia, me sentía mucho más próximo a ellas desde que conocía la caricia a la que resultaban más vulnerables (¡Teresa casi había logrado hacer de mí una

lesbiana!), Y si mi interés por los bailes de moda no había aumentado apenas, sí me interesaba cada vez más por mis ovejitas blancas (de una manera que llamaría fraternal si el componente incestuoso no sé viniese de inmediato a la mente).

Supé muy pronto que de algunas no podían esperarse favores especiales, pero siempre estarían bien dispuestas a bailar conmigo y a facilitarme su opinión. De algunas otras, por contra, lograba, con la condición de mostrarme suficientemente habilidoso y discreto, ciertos menudos favores. Un verdadero código (sin duda el mismo que estaría en vigor entre ovejas blancas) había quedado establecido entre nosotros: una ligera presión de los dedos, una flexión del busto, un roce de rodilla, me advertían de que una boca, un seno, un muslo aguardaban bien dispuestos una iniciativa rápida de mi parte o, más simplemente, que la penumbra se tornaba propicia a ese contacto estrecho de los cuerpos que permite al bailarín comunicar a su pareja la enervada tensión de su carne. Pero nada pasaba más allá de esos rozamientos y esos besos en la sombra.

Florence era sin dudar, de todas ellas, la que notaba mejor dispuesta hacia mí. Cosa que, como se puede imaginar, Teresa había sentido antes que nadie. Un día me encontré a las dos como en mi primera visita, abrazadas sobre un mismo vaso. Argumentaron, sin que parecieran creérselo demasiado, que su miseria mutua justificaba aquel compartirlo con amor. Sin hacer caso de sus protestas, uní mi paja a las suyas. Una vez terminada la copa, formábamos un triángulo perfecto (yo, apoyado en la barra), cuchicheándonos misterios entre risitas cómplices. Teresa parecía un poco bebida (¿o jugaba a parecerlo?). La luz se veló al sonar un baile lento. Las apreté un poco más contra mí. Entonces, con una calma y una destreza a toda prueba, Teresa me desabrochó la bragueta, me la empuñó y, juzgándome, sin duda, presentable, transmitió, por así decir, la antorcha a Florence, que la aceptó sin repugnancia. Para soportar con dignidad aquella prueba (llena de encantos para mí), me bastaba con dejarme llevar de la inspiración, y Florence pareció favorablemente impresionada por mi buena presencia.

—Besa a tu prometido —le ordenó Teresa—: Voy a casaros en el

palacio de V***.

Florence (que no había soltado su presa, entretanto) y yo nos dimos un largo y tierno beso; luego, Teresa me abrochó de nuevo no sin dificultades.

—¡Hay que mojarlo! —lanzó—. ¿A qué nos invitas, pequeño?

—¡Eso es! Una copa de champán, por favor. Con tres pajas...

Así fue como me convertí en el «prometido» de Florence.

Mis padres, a quienes Teresa participó aquella misma noche la noticia, ¡pusieron una cara! Presumían de profesar un liberalismo de buena ley, pero el «noviazgo» del pequeño nada más celebrarse el tampoco del todo ortodoxo del mayor (no se había hablado nunca de los padres de Teresa, ni de su consentimiento o no consentimiento), les inspiró una no poco fundada aprensión. ¡Si hubieras asistido a la ceremonia de los «esponsales» tal y como se había celebrado en el redil de las ovejitas blancas! Con objeto de dispersar las sospechas, invoqué mi sumisión absoluta a las decisiones de Teresa. Con tono de sorna, mi hermano me preguntó si no me habría dejado imponer por «mi futura cuñada» (esas fueran sus palabras) algún adefesio gafudo y lleno de pecas (aunque estas, sin embargo, se estaban poniendo de moda). Respondí que por el contrario, no conocía nada más bonito. Y al recibir nuevas bromas, me limité a poner cara de mal humor, con lo que me dejaron tranquilo, porque mis padres comprendieron que no tenían una segunda boda ante sus narices, cosa que, por un momento, había temido de verdad.

Al día siguiente, que era el que cumplía diecisiete años (nací el 10 de mayo de 1950, en la calle Vercingetorix, distrito XIV, París), Teresa se divirtió burlonamente contando en detalle a mi «novia» la inquietud familiar, mi incomodo, las bromas y mi rabia retenida. Florence se rio de buena gana y me besó cariñosamente. Pero, en contra de lo que yo esperaba, Teresa no me permitió casi permanecer en compañía de la guapa rubia. ¡El entrenamiento ante todo! Gracias a ese bonito pretexto, y mientras las blancas ovejas iban pasándose de mano en mano mi persona para bailar, Florence y Teresa no se separaron ni un segundo, sumergidas en un largo y misterioso conciliábulo en el que yo no debía tener nada que ver, porque se interrumpía cada vez que yo me acercaba por su zona.

¿Habrían de mí? Me parecía más bien que trataban del palacio de V***, de sus ritos y costumbres. Fuera lo que fuera, me enfurecía que me mantuviesen al margen, pero ¿cómo protestar? Sólo conseguí esta advertencia agria de Teresa:

—Y sobre todo, ¡nada de anticipos de matrimonio!

Cuando estuve fuera con Teresa, no pude contenerme más tiempo y le reproché que no me dejase estar un poco más en compañía de Florence. ¿Qué podía importarle después de todo? Teresa se paró, se puso delante de mí, y me miró a los ojos.

—¿Y si fuese porque estoy celosa?

—Celosa de quién, Teresa, ¿de Florence o de mí?

Se encogió de hombros, con aire evasivo.

—¡Ah! ¿Quién sabe? Tal vez de los dos... —Continuamos el camino. Teresa parecía preocupada. Tras unos instantes en silencio, volvió a hablar—. ¡Si supieras lo guapa que está desnuda! ¡Una maravilla! Yo, que he conocido de cerca bastantes chicas, con lo que no hay defecto que me pase desapercibido a los ojos o a los dedos, podría decir lo mismo que tú anoche: no conozco nada más bonito. A veces le tengo envidia. Me digo: si no fuese Teresa, me gustaría ser Florence. Y nunca he pensado eso de ninguna otra chica. Puede ser que nunca haya estado enamorada de ninguna chica como lo estoy de Florence... —Como en todos sus momentos de gran nerviosismo, encendió un cigarrillo, y caminaba fumando, sin mirarme—. Desde que os puse al uno delante del otro, supe que, antes o después, os acostaríais juntos. Antes o después. Puede que ya tuviese un oscuro presentimiento cuando te llevé a la discoteca. Con esa habilidad que tengo para anudar todas mis plantas en sazón, para juntar a todos los que amo... Es más fuerte que yo. Philippe, tú, Florence: necesitaba reuniros, más pronto o más tarde. Porque para mí, el amor significa reunir, no dividir. Y gracias a eso ando siempre metiéndome en las peores complicaciones, cuando cualquier idiota no tendría el menor problema para evitarlas... ¿Qué es lo que me obliga a decirte que me acuesto con Florence? ¡No tengo ni idea! ¿Qué es lo que me obliga a presentártela (cuando estoy segura de que os apetecerá acostaros juntos)? No lo sé... ¡Y hay cosas peores!

Estábamos otra vez en su habitación. Todavía sin aliento de

haber subido las escaleras sin dejar de hablar, encendió otro cigarrillo y continuó, dando grandes zancadas por la minúscula alcoba, lo que le daba aspecto de pantera enjaulada:

—Tú y yo, por ejemplo... Acuérdate de lo que te decía el otro día: el mal menor... Si me he acostado contigo es porque estaba convencida de que en el fondo no era más que una etapa hacia lo que deseaba fervientemente. Hacia lo que sucedió. Hacia lo que me ha colmado... —Las lágrimas oscurecieron su voz por un instante. Luego, continuó—: Y en el mismo momento en que llegaba a la felicidad, descubrí que faltaba una cosa esencial en ella: ¡Tú! Entonces, corriendo el riesgo de destruirlo todo, de arruinar el fruto de tanto esfuerzo, de tanto amor y de tanta paciencia, no pude evitar el decírselo (lo sabes muy bien: estabas conmigo) a quien más podía justamente alarmarse. ¡Qué locura, pequeño! Qué locura...

Se había quedado inmóvil, apoyada contra el marco de la puerta, tan pálida como cuando entré en su habitación por vez primera. Se sonó la nariz y recuperó un poco el dominio de sí misma. No me atrevía a interrumpirla porque no estaba muy seguro de no ponerme a llorar también.

—No hay ya ninguna salida, no hay escapatoria posible —añadió—. Sólo huir hacia adelante...

Curiosamente, esa constatación le devolvió su dinamismo habitual. Una sonrisa secó sus lágrimas en un abrir y cerrar de ojos. La rabia de vivir hizo el resto. Se acercó a mí, me cogió las manos y me dijo:

—Hoy voy a ponerte también a prueba.

—¿Tengo que volver a hacer el papel de tortillera de servicio?

Me tendió los labios antes de contestar, riendo:

—No, mi amor. ¡Esta vez te voy a convertir en marica! ¡Tu regalo de cumpleaños será mi culo!

Nos desnudamos y colocó de un modo especial sobre la cama, almohada, cuadrantes y cojines (tras quitar el patchwork, naturalmente, y abrir las sábanas). Luego fue hasta lo que constituía su especie de cuarto de baño y volvió provista de un tarrito de loza blanco. Para mi instrucción, y sin duda también para demostrarme que estaba dispuesta a que sus actos fuesen acordes con sus palabras, me anunció:

—¡Ensayo de la gran escena del palacio de V***!

Como jugando, revistió el extremo de mi verga erecta con un ungüento fresco y untuoso con el que ungió también, con dedo vivaz, el surco entre sus nalgas. Luego se arrodilló sobre los cojines con el culo en pompa al borde del lecho, de tal manera que, agarrándome a sus caderas, bastaba con flexionar las rodillas para mantenerme a su nivel.

El exceso de lubricante tuvo un efecto idéntico al de una capa de hielo: derrapé varias veces, tanto al norte como al sur del objetivo. Aquello nos hizo reír, pero noté que se ponía nerviosa: no debía continuar con mi torpeza mucho tiempo. Me eché hacia atrás primero y acaricié ligeramente su sexo, luego hice circular un dedo por el estrecho pasadizo que me estaba destinado. Los temblores que le recorrieron el espinazo preludiaban una suavización adecuada: a despecho de la aparente desproporción, conseguiría cruzar el umbral. De hecho, me interné por allí como una piedra se hunde en un pozo, mientras ella lanzaba una especie de rugido sordo cuya única motivación no estaba, evidentemente, en el dolor. Mi deseo, incierto por un momento, se hacía más y más imperioso, y una a modo de televisión interior destelleaba en mi cráneo, permitiéndome suponer con breves intermitencias de luz, que ponía en función todos los órganos internos de Teresa hasta el punto de florecer ya en los labios (¿traspasada?) al extremo de mi crecimiento subterráneo. Nunca más he vuelto a experimentar la novedad de las sensaciones que me proporcionaba aquella unión.

Por su parte, Teresa rugía más y más fuerte, y nos entrechocábamos con empujones brutales, de una bestialidad total, yo esforzándome por sumergirme aún más profundamente en su culo, y ella tornándose (o así me parecía) más y más abisal. La fatiga se presentó antes que el éxtasis. Perdí pie y me derrumbé sobre la cintura de Teresa. La liberación se presentó en aquel momento en que la inmovilidad nos tenía fijos en península desconocida, lejos de las tierras exploradas: oímos largo rato, entre el fragor tempestuoso de nuestras respiraciones encabalgadas, algo como el cabrilleo de una fuente entre la arena.

Era tarde, y estábamos deshechos. El ungüento no había impedido que se me inflamase la verga, y la propia Teresa, que no

era, evidentemente, la primera vez que lo probaba (pero que, tal vez, había perdido la costumbre), no parecía en mejor estado. Hicimos uso adecuado de todas las cremas suavizantes que contenía el arsenal de belleza de Teresa (había una notable variedad) y logramos finalmente cierto alivio. Me percaté de que aquella prueba hacía surgir en Teresa una propensión a las bromas escatológicas nueva para mí. Traté de cambiar de dirección idealizando (no sin ironía) las relaciones amorosas que mantenía con Florence, pero ella prosiguió en la línea, asegurándose además que la delicada rubia no despreciaba ni Jo más mínimo aquel género de voluptuosidad.

—La he visto en esa situación, con testigos, gritando unas obscenidades que harían sonrojarse a un babuino...

Logré por fin que abandonase aquel tono, pero la misma noche (cenábamos otra vez con mis padres), todo el mundo se pudo dar cuenta de que contrariamente a lo que acostumbraba, utilizaba un humor agresivo. Me soltó:

—¡Ah! Si supieran que es porque me has dado por...

Tuve el tiempo justo de interrumpir su declaración (en la que, felizmente, nadie reparó) poniéndole la mano sobre los labios. Pero me mordió la mano y solté un aullido y nos enzarzamos como un par de golfillos hasta que mi hermano tuvo que separarnos. Estuvimos luego poniéndonos cara de enfado toda la velada pero, en el momento de irse, Teresa me ofreció sus labios delante de mi hermano, cosa que no había hecho desde hacía mucho: nos habíamos reconciliado.

A partir de aquel día, no volví a la habitación de Teresa, pero adiviné que tampoco mi hermano tenía más suerte. Según toda evidencia, la política de Teresa era ahora tenemos en ayunas hasta que llegase la bacanal del palacio de V***. ¡Sin duda esperaba presentarnos allí como un par de auténticos verracos! Vigilaba con más atención todavía que antes mis posibles desbordamientos con las ovejitas blancas. Y en cambio (sin duda para exasperarme) manifestaba una ternura especial con Florence. Otra de las habituales (una de las más rebeldes a mis intentos, por lo demás) recibía también sus favores públicos, sobre todo si Florence no estaba. Berta, que así se llamaba, era una mujer alta, rubia, de pelo

corto y una belleza seria y lejana, que parecía amar por encima de todo el silencio y la soledad. Con frecuencia parecía olvidar hasta presencia de los que la rodeaban, absorta, con un cigarrillo colgando de sus bellos labios desdeñosos.

Una tarde, a la salida de la discoteca, estaba en un café del bulevar Saint-Michael acompañado de Berta y de Teresa. Teresa desplegaba en honor de Berta todos sus recursos de seducción: me parecía —tan conmovedora era la escena— que veía cómo las mallas de la red se iban cerrando en torno a la presa. Ver a una chica guapa e inteligente embrujar a un muchacho (incluso a uno astuto o curtido) es cosa común; pero verla seducir a otra chica, tan guapa e inteligente como ella misma, ¡puedo garantizar que es un espectáculo bien distinto! Me sentía traspuesto de admiración, y sin embargo, nada en Teresa podía ya sorprenderme salvo que dejase de sorprenderme, por supuesto. Berta, cuyo fulgor resultaba soberbio bajo el neón, estaba colocada entre nosotros dos: la cabeza alta, inmóvil y ausente, adosada a la banqueta como una esfinge, el cigarrillo en perpendicular perfecta al eje de su rostro; atraía todas las miradas. Un poco de humo brotaba de su nariz a intervalos regulares, su pecho se elevaba. Pronto sospeché la razón de su mutismo: Berta, ferozmente celosa de Florence, se obstinaba en despreciar las proposiciones donjuanescas de Teresa. Sabía además que Berta era una lesbiana fanática, que se vanagloriaba de no tener comercio alguno con el otro sexo. Y a pesar de eso, y de los bufidos que había recibido de ella, no dejaba yo de notar cómo su incomodidad (que no obstante disimulaba bajo una fachada de mármol) me llegaba. Y después de permanecer un buen rato como testigo mudo de aquel diálogo singular, no pude evitar decirle lo bastante alto como para ser oído por su vecina:

—Berta, vete a hacer el amor con Teresa. Vete, te estás muriendo de ganas...

Una llama saltó en sus mejillas. Volvió la mirada hacia mí: vi en ella un barco agitarse con zozobra. El sofoco la obligó a retirar el cigarrillo de sus labios silenciosos. Para que no se avergonzara de sus lágrimas públicas, me incliné sobre su rostro y, esta vez, su boca me fue dulce. ¿No era yo un poco también el sustituto de Teresa, generalmente más propensa a los actos de desafío público pero que

en aquel lugar poblado de gente vulgar (tal vez por demasiado próximo a la infecta guarida de Derecho) no se hubiera atrevido a una caricia o una palabra excesivas? Un momento después las vi partir sin encontrar fuerzas para sonreír: la violencia del deseo, cuando se presenta ante mí, me sumerge en una especie de desorientación en la que se difumina toda veleidad crítica. Es como un temor supersticioso en el que mezclara un profundo respeto: sin duda, la impresión de encontrarme a las puertas del gran secreto.

Después de su partida dejé que los minutos pasasen sin moverme de mi sitio, delante del vaso vacío. Soñaba: ahora están en la habitación de Teresa, luego, desnudas, lágrimas, besos, lágrimas. ¡Tan bellas, una y otra, una tras otra, tan bellas, tan desnudas!

Teresa, cuyo previsible retraso había excusado a petición suya, no llegó hasta las diez de la noche, con la mirada brillante, pero con los rasgos hundidos bajo el maquillaje. El episodio del café me había conmovido tan fuerte que no pude evitar hacer alusión a él cuando me quedé un instante con ella.

—A ti te apetecía, pero la enamorada era ella —le dije—, porque era la única preocupada. Tú eras el seductor de cabeza fría...

—¡Cabeza fría! ¿De qué hablas, inocente? ¡Nos estuvimos comiendo la piel una a otra durante dos horas! Tengo calambres en los dedos, en la lengua, en la boca. ¡Y el sexo me escuece como una herida! ¡Ningún hombre me ha agotado tanto!

—Pero no ponías el corazón.

—El mío, no. Y entonces, cuando terminamos, se me puso a hablar de suicidio. Sin embargo, me la conozco de memoria. Me la hubiese podido devorar del lodo, creo. No conseguía saciarme. Ni ella entendía bien lo que pasaba. Aunque es muy guapa, y tiene que haber despertado otras veces esas pasiones...

—¡Quizá menos canibalescas que la tuya!

—Su cuerpo me enloquecía, pero eso era todo, y ella se daba cuenta. Es algo que las mujeres sienten perfectamente, ¡hasta cuando alcanzan el placer! Su alma no me interesaba. Por eso tuvo ese momento de depresión, después...

—Pobre Berta, ¿encontrará la tranquilidad?

—No lo creo; antes de ahora ya ha tenido desengaños graves, con hombres. ¡Y ahora las mujeres!

—¿La invitarás al palacio de V***?

—No. Iba a tener demasiadas ocasiones de atormentarse.

Quedaban ya pocos días para el fin de semana del palacio de V***. Fueron de una castidad poco común. Las vísperas de la partida, hacia las cinco de la tarde, estábamos Teresa y yo en los jardines del Luxemburgo. Era una bella tarde de mayo, fresca y azul. Los castaños estaban florecidos, y su follaje reciente no tenía aún ese verdor extremo del que, hoy como entonces, nunca llego a cansarme. Tendida, más que sentada, en una silla de hierro a mi lado, con las piernas sobre otra silla, Teresa se entregaba al sol fumando un pitillo a los pies de una reina de Francia cuando pasó uno de esos argelinos jóvenes y bellos de pelo negro y ojos de fuego que causan estragos por esos barrios. Se detuvo un instante para observar a Teresa. Esta acusando todavía la languidez de su postura, miraba al muchacho directamente a los ojos sin dejar de fumar. Abrió los muslos progresivamente. Es cierto que la minifalda ya había triunfado, y que percibir a plena luz del día el slip de una chica ya no constituía un acontecimiento. Pero yo no dejaba de tener la extraña impresión de que lo que Teresa exhibía tan ostensiblemente a los ojos del paseante ¡era su felpudo! Con el pretexto de quitarse una brizna de tabaco, la lengua de Teresa circuló largamente por sus labios, pintados, aquel día, de un rosa muy pálido. El pantalón estrecho y ceñido del extranjero no bastó a enmascarar la emoción de su propietario. Teresa, que no había perdido detalle de sus reacciones, le sonrió vagamente a través del humo. Pero el bello tenebroso, después de lanzarme una mirada, se alejó, aunque fuera de mala gana. ¿He de precisar que me sentía furioso aunque, en el fondo de mí mismo, estuviera tan turbado como durante la escena entre Berta y Teresa? Bromeé:

—¡Si te lo hubieses encontrado en un rincón del bosque, ya estaba: te habrías hecho violar!

—¿Cuál de los dos hubiera violado al otro?

Eludí la provocación:

—¿Podrías acostarte con un tío, así, sin más ni más, sin conocerle?

—¿Por qué no? Si le apetezco...

—Y si te apetece. Como ahora, ¿no?

Se rio:

—¿Viste? ¡Hice que se empalmase!

—Yo también, Teresa.

—Perdóname, pequeño.

E, inclinándose sobre mí, deslizó una mano furtiva en mi bragueta antes de posar sus labios sobre los míos con fugacidad. Pero sorprendí su mirada de reojo y descubrí, en efecto, que el extranjero observaba de lejos nuestros manejos.

—¿Ves? Si hubieras venido sin niñera...

—¡Pues sí!

—¿Lo lamentas?

—No.

—¿Te lo habrías llevado a tu habitación?

—Claro que no: allí sólo llevo chicas.

—¿Y entonces?

—Entonces tendría que haberse hecho sobre la marcha, como en el rincón del bosque. Si no, el deseo se desvanece: hay que hablar, observarse, tratar de agradar hasta el final...

—¿Y qué efecto causa desnudarse delante de un extraño?

—La impresión de sufrir un examen. ¡Es terrible!

—A pesar de que...

—A pesar de que se le ponga más dura que una piedra y que te des prisa en... ¡Es terrible!

—¿Y después?

—En cuanto te coge en sus brazos ya todo está mejor: lo más duro ha pasado, ya no hay distancias.

—¿Y no puede asquearte un cuerpo desconocido?

—Es igual que antes de tirarte al agua: hay que tomar aire. Antes incluso de desvestirse... Después, todos los gestos tienen la misma importancia.

—¿Todos?

—Todos.

—¿Quieres decir que puedes hacer con el hombre que sea lo mismo que haces con el hombre que amas?

—Desde el momento en que he aceptado la idea de acostarme con él, sí: el amor no tiene más que un lenguaje.

—¿Hasta el amor que no es amor?

—Son las mismas palabras, los mismos gestos, los mismos órganos. Lo que cambia son las ideas, las imágenes, los sentimientos.

—¿Has deseado alguna vez no volver a hacer el amor más que con la persona que amas?

—Lo deseo siempre.

Aquellas confidencias me habían impresionado fuertemente. Teresa, por el contrario, parecía haberse tranquilizado, como si las palabras que acababa de pronunciar le ayudaran a superar sus propias debilidades.

—¿Te has dado cuenta de cómo me hablabas, Teresa? Como a una ingenua a la que estuvieras preparando para enfrentarse a los hombres: «en cuanto te coge en sus brazos...».

—¿Y qué eres tú sino una virgencita a la que se va enseñando a vivir?

Rompimos a reír, recobrando de un solo golpe la hermosa inconsciencia (aparente, al menos) de la juventud. Y apenas unos minutos antes habíamos, sin embargo, contorneado terribles precipicios.

Al día siguiente, por la tarde (era sábado), partimos en el coche de mi hermano. Nos habíamos citado con Teresa y con Florence frente al jardín del Luxemburgo (y sus castaños en flor). Fueron puntuales. Me pareció que Philippe apreciaba, nada más verla, el encanto de Florence, a quien nunca había visto todavía. Si bien desde que Teresa había emprendido mi «educación sentimental» (contaba de buen grado que ese era el verdadero significado de mis «cursos», como él decía, entre las ovejitas blancas) no me ahorraba las tomaduras de pelo, no hizo (en contra de lo que yo esperaba) la menor alusión a nuestro «noviazgo» ni mucho menos a la «boda» que Teresa había prometido celebrar en el palacio de V***.

El fin de semana de Pentecostés había sido elegido, entre otros motivos, porque comprendía también el lunes. Estaba previsto, pues, que pasásemos dos noches en el palacio: la del sábado al domingo y la del domingo al lunes. Pero mi hermano no había podido liberarse del todo, y tenía una cita importante en París el domingo por la tardé. Teresa, Florence y yo volveríamos, pues, más tarde. De todas maneras (Teresa había insistido en esta cuestión

varias veces), la única que contaba era la primera noche, porque era la única que tenía una ambición y una organización precisas. La jornada del domingo, y la noche siguiente, estaban dedicadas más bien al descanso. Mentiría si dijese que no me hacía preguntas en torno a las fatigas que ello implicaba en la noche previa, y conocía suficientemente a mi hermano para no saber que, a pesar de su flema habitual, estaba cuando menos tan preocupado como yo. Atenazados por la inquietud, nos había hecho falta no poco dominio de nosotros mismos para convencer a nuestros padres de que íbamos simplemente a «respirar aire puro» en casa de unos amigos de Teresa.

En el trayecto, Teresa, con la complicidad de Florence, consiguió alejarnos un poco de nuestros temores. Deducir de ahí que ambas se enfrentaban más fríamente que nosotros a los acontecimientos que se preparaban sería insultar su sensibilidad. Todos sabíamos perfectamente que no sería el placer lo único que iba a contar: también el amor tendría su sitio, un sitio especial y, en gran medida, imprevisible. Ninguno de nosotros sabía con seguridad qué nos aguardaba. Sin embargo, en la medida en que las prerrogativas tradicionales del macho, la iniciativa erótica, jugaba a favor de las chicas (al menos ese era el caso de Teresa, la organizadora), se podía admitir que la situación había de estar creando relativamente menos angustia en ellas que en nosotros. Pero ya no fue posible seguir más tiempo hablando de otra cosa...

—Esta fiesta del palacio de V***, ¿de dónde viene? —pregunté a Teresa—. ¿A qué intenciones corresponde? ¿De qué se trata, en definitiva?

—Sí, Francis tiene razón —añadió mi hermano—. ¿De qué se trata exactamente?

Teresa sonrió.

—¿Sabéis que no deja de ser por lo menos extraño que no os hayáis preocupado hasta ahora? Os habéis ido conformando con explicaciones muy generales y vagas, las que os di el primer día: que habría baile y que se haría el amor. ¿Estáis empezando a temer por vuestra virtud?

—No tienes razones para burlarte, Teresa —le dije—. Hemos confiado en ti, lo que no quiere decir que no nos hiciésemos

preguntas.

—Es una prueba de amor —dijo mi hermano—, de un amor un poco ciego. Ya va siendo hora de que sepamos un poco más, aunque no sea más que para no estar demasiado en desventaja contigo, Teresa, que eres la única que conoce el secreto. Porque supongo que Florence no sabe mucho más que nosotros.

—No sé más que Teresa va a otorgarme un esposo —dijo Florence riendo.

—Bueno, bueno, puesto que todos estáis contra mí, ¡hablaré sin esperar a la tortura! —repuso Teresa—. Encendió un cigarrillo, se instaló de costado en su asiento (de manera que pudiera ser oída igualmente por el conductor y por los ocupantes del asiento trasero) y comenzó, con un tono curiosamente profesoral: —El proyecto de esta fiesta nació hace poco más de tres años tras el encuentro de dos espíritus particularmente perversos...

—¡Bravo! —dije aplaudiendo.

Teresa se encogió de hombros y continuó su discurso sin abandonar el tono sentencioso, tan sorprendente en ella.

—Cuando conocí a Richard, se preguntaba ya sobre las relaciones entre el amor y el libertinaje. Para superar el marco forzosamente estrecho de la experiencia individual, pensaba, era indispensable que la observación tuviera como objeto un número bastante grande de casos, muy cuidadosamente seleccionados. Le señalé que si era conveniente salir de los estudios de laboratorio, ineludiblemente aburridos, había que unir lo agradable a lo útil, lo que, por otra parte, resultaba el mejor medio de respetar el capricho, cuyo secreto se pretendía descubrir. Estuvo de acuerdo conmigo: lo que convenía organizar era una fiesta, a la que invitaríamos chicas y chicos dignos de interés, advirtiéndoles de que estuviesen preparados para todo. Pero si nos limitábamos a su única elección, seguiríamos dentro de una reunión clásica, una simple y modesta aceleración de la vida cotidiana. Por el contrario, si determinábamos de antemano las parejas, estábamos simplemente instrumentalizando una casa de citas. La solución estaba en encontrar el justo medio entre esas dos soluciones contradictorias, la interferencia entre lo previsto y lo imprevisto, lo conocido y lo desconocido, lo probable y lo improbable. De esa pretensión nació,

pues, la fiesta del palacio de V***, que tendrá lugar, por tercera vez, en esta noche de sábado a domingo de Pentecostés...

—¿Y por qué precisamente esta fecha? —preguntó mi hermano.

—¡Queríamos que sobre nuestras cabezas descendiera la llama de la lujuria del mismo modo que la llama del Espíritu Santo descendió sobre las de los apóstoles!

—Pero —dije yo—, no entiendo muy bien que simplemente ayudando a la gente a que se acuesten unos con otros, facilitándoles las cosas nada más (cuando hay muchos que se las arreglan muy bien solos), se hable de conservar relación alguna con el amor...

—Es que tú ignoras una cosa, pequeño: la gente es mucho menos libre de lo que te imaginas, ¡incluyendo a los libertinos! Si hacemos posibles una serie de encuentros susceptibles de introducir aunque no sea más que una ligera perturbación en la vida de los interesados, consideramos que hemos triunfado. ¡Es algo muy distinto de hacer que un chico cualquiera se acueste con cualquier chica! Imagínate, por ejemplo, que consiguiésemos sembrar cierta zozobra en el corazón seco de algún presumido...

—¡Es imposible! —respondí.

—Ahí estamos. O que, en el extremo opuesto, lleguemos a separar a una pareja muy unida...

—Eso es mucho más fácil, sin duda alguna —dijo mi hermano.

—¡Pues no!, es muy difícil. Pero a veces pasa. Aunque esas parejas cuando aceptan venir suele ser por desafío, tan seguros se sienten.

—¿Hay alguna razón para destruirlas? —preguntó Florence.

—No, querida, pero es que nosotros, ¿hacemos algo más que tocar el punto débil de su coraza? Por lo demás, si tuviésemos alguna divisa, sería esta: jugar con fuego...

—¡Mentalidad de pirómanos! Y ¿por qué quiere la gente venir al palacio de V***? —preguntó mi hermano—. ¿Qué es lo que les atrae?

—El reglamento, el freno del desenfreno.

—Supongo —dije yo—, que las invitaciones al palacio serán muy apreciadas.

—No sabes hasta qué punto. Pero nadie está seguro, hasta el último minuto, de haber sido invitado, incluidos los erotómanos

más íntimos de los organizadores. Algunos telegramas de invitación están en este momento camino de sus destinatarios, que tendrán el tiempo justo para prepararse y venir. El palacio de V*** tiene, no obstante, una publicidad oral extremadamente eficaz, aunque limitada, en diversos ambientes. Sobre todo entre quienes están en la vanguardia de la experimentación y la investigación en todos los campos imaginables, desde la confección de ropa a la poesía visual, del diseño de estructuras neumáticas al urbanismo libertario, de la música electrónica al cine *underground*.

—¡Caramba! —exclamó mi hermano con un silbidito de admiración—. ¿Y entre toda esa gente no quedaremos Francis y yo como unos paletos vestidos de domingo?

La salida nos devolvió la alegría y dejamos de interrogar a Teresa sobre lo que nos esperaba. Después de todo, íbamos a verlo...

El palacio de V*** elevaba sus bellas murallas grises un poco musgosas en medio de un verdor en medio de tiernos follajes sobre los que destacaban unos soberbios castaños de hojas rosa. Los macizos de césped estaban separados por líneas de árboles bastante compactas como para mantenerlo a buena distancia de los ruidos de la carretera. Pasada la verja, un camino sinuoso de gravilla conducía hasta una explanada desde la que se dominaba un estanque. En la explanada había estacionados ya algunos coches, la mayoría lujosos. Un joven de unos treinta años, moreno y esbelto, vino a nuestro encuentro.

Teresa nos presentó: era Richard, el propietario del lugar y organizador, con Teresa, de los festejos que habían de tener celebración en aquel marco. Mostraba esa seguridad imperceptiblemente insolente de quienes tienen una buena apariencia física y una fortuna disfrutada desde sus primeros años de vida, y mantienen por ello una excelente opinión de sí mismos. Nos dio la bienvenida y nos invitó a que pasásemos a tomar una copa en cuanto nos hubiésemos instalado (porque era preciso que cada uno tuviera un punto de amarre, aunque no fuera más que para dejar el cepillo de dientes). Mientras él conducía a Philippe, Teresa nos acompañó a Florence y a mí a un precioso pabelloncito situado aparte del edificio principal.

—¡He aquí la alcoba de los recién casados! —dijo Teresa al abrir la puerta.

Era una habitación muy bonita, toda blanca, adornada con molduras rococó y un inmenso espejo que ocupaba casi por completo la superficie de una pared. Una amplia puerta-ventana daba a una especie de jardín inglés un tanto abandonado: el lugar ideal para jugar al escondite entre arbustos y macizos. En medio de la habitación presidía una gran cama. Florence y yo nos sentamos en ella, bastante intimidados. Después de todo, apenas nos conocíamos (¡por culpa de Teresa, como se recordará!). Teresa veía divertida nuestro malestar pero, comprendiendo lo que sentíamos, vino en nuestra ayuda cogiéndonos por el brazo: el mismo triángulo que nos había reunido ante la barra de las ovejitas blancas se rehízo gracias a unos cuantos besos.

—Teresa, ¿por qué estamos aquí? —preguntó Florence en voz baja.

Pero querida, ¡si lo sabes perfectamente!

—Sí y no. Si querías que me acostase con Francis no hacía falta que viniésemos tan lejos. ¿No es así, Francis?

—Florence tiene razón, ¿qué papel quieres hacernos representar?

—Te lo he dicho ya, pequeño: no sé separar a las personas que amo. Podría muy bien no haberos informado de esta fiesta, ni a vosotros ni a Philippe. No os hubierais enterado de nada. Pero eso era superior a mis fuerzas, ¡una fiesta en la que no estuviérais presentes! He preferido hacer trampa, violar las reglas que yo misma contribuí a establecer, para que estuviérais aquí...

—¿Y esta fiesta es realmente importante para ti? —preguntó nuevamente Florence.

—Mucho. Es algo que me ayuda a ver claro en mi interior. O más bien, que espero que me ayude a ver más claro...

—Pero ¿qué enseñanzas se pueden sacar de una experiencia trucada, y trucada por ti? —pregunté yo.

—Si no os hubiera dado garantías sobre un punto preciso al menos, no habríais venido. Pero si, al contrario que los demás invitados, conocéis uno o varios elementos de vuestro programa, no dejáis de formar parte de un conjunto que sin vuestra participación

sería otra cosa. Hay trampa, pues, en cuanto a la cláusula de imprevisto al ciento por ciento, sólo ahí. Además, como vosotros habéis venido conducidos por el amor (¿acaso me equivoco?), vuestra contribución compensa ampliamente la no observancia de esa cláusula...

—¡Qué maquiavelismo, Teresa! —dije.

—No, Francis, te equivocas. Debieras decir: ¡qué apetito de felicidad! Piensa que voy a hacer el amor en una sola noche con Philippe, con Florence y contigo. Esta noche seré una mujer auténticamente satisfecha. ¿Qué puede ponerse al lado de eso?

De hecho, Florence y yo no pudimos encontrar nada más que objetar.

—Se os dará a cada uno un sobre a vuestro nombre conteniendo un plano detallado del palacio y sus dependencias. En el plano están claramente señalados los sitios en los que habréis de estar a una u otra hora de la noche. Cada plano es, por supuesto, estrictamente confidencial. Y no hay que decir que a partir del momento en que abráis el sobre, ya no podréis dar marcha atrás: conocer vuestro recorrido implica obligaros a aceptarlo. Fijaos bien en que el plano indica solamente las habitaciones en las que tenéis que entrar: no da información alguna sobre las personas que encontraréis allí. Por ejemplo, supongamos que un chico sepa que esta habitación es la habitación de Florence y que esté incluida en su recorrido. Pues bien, no hay certeza alguna de que se encuentre en ella a Florence: en ese momento podría estar en la otra punta del palacio...

—¡Qué divertido! —dijo Florence.

Estaba palidísima. Se esforzaba en sonreír, pero en sus ojos se leía el miedo. La tomé entre mis brazos y la apreté suavemente contra mí.

—Nosotros nos contentamos con organizar los encuentros. Quienes se encuentran deciden... ¡cómo si deciden dormir! Algunas veces (muy raras), se les pide que hagan alguna cosa concreta. Pero lo hacen o no lo hacen. Lo único obligatorio es respetar el horario establecido, porque si no, es evidente que se perdería toda la organización. Veis que aquí hay, como en todas las demás habitaciones, no sólo un reloj (que funciona) sino, cerca de la puerta, una luz roja que se enciende cada vez que toca modificar la

distribución. De momento no se ha dado todavía la señal para empezar, por eso no funciona. Pero todo el palacio y sus dependencias están programadas igualmente: hemos tenido en cuenta la distancia desigual de los trayectos, el tiempo necesario para vestirse y desvestirse, que supone unos reflejos más lentos a partir de cierta hora de la madrugada. Además hay un ojo eléctrico casi invisible (está allí, en aquella esquina) que registra el número de entradas y salidas. Pero no hay señal de alarma. Richard y yo queremos solamente saber hasta qué punto se ha respetado nuestro programa, al menos en lo concerniente a las migraciones de población. Por debajo de un nivel determinado tendríamos que declararnos frustrados y no habría lugar a la cuarta fiesta de V***.

—O sea, ¡la tecnología aplicada a la casa de putas! —dije.

—No exageres, pequeño. No todo está programado: liemos dispuesto, con toda intención, que en un buen número de recorridos haya lagunas. Otros, en cambio, están cargadísimos, pero ese no es vuestro caso. Los puntos de suspensión ofrecen la posibilidad de reunirse (o no) para establecer líneas imprevisibles. Es el juego de la casualidad y el amor...

—¿Y si alguno de esos ociosos penetra durante su laguna en una habitación ya ocupada? —preguntó Florence.

—Es otra posibilidad. Pero nada obliga al ocupante o los ocupantes de la habitación a aceptar al intruso o intrusa.

—¿La violación está prohibida en todas sus formas?

—Más que prohibida: es indeseable. Cada uno es libre, dentro de las normas del programa, para decidir en todo instante. Un invitado (o invitada) puede cumplir escrupulosamente su recorrido sin dejar de negarse si quiere a alguna relación erótica, incluso con la pareja prevista. ¿Por qué no, después de todo, si eso mantiene el principio de placer llevándolo hasta el rechazo a participar en el placer programado? En un lugar donde todo el mundo anda ocupado en el amor, es probable que no sea malo que uno o dos prefieran permanecer castos...

Teresa nos mostró dónde podíamos colocar el contenido de nuestras maletas y se fue. El mismo malestar que se había apoderado de Florence y de mí cuando entramos en la habitación, volvió a nosotros. La miraba y no tenía más que un deseo: cogerla

entre mis brazos. Pero había algo que me detenía, había vuelto aquella maldita timidez que creía ida para siempre gracias a la poderosa ayuda de Teresa. Florence lo notaba y, contagiada, no osaba levantar los ojos hacia mí. También, sin duda, aquella prohibición provisional pesaba sobre nosotros hasta el punto de paralizarnos. Si hubiéramos sido completamente libres de decidir nuestros gestos en aquel momento preciso, seguramente hubiera sido distinto. Para vencer la tensión, Florence cogió un cigarrillo y me pidió fuego. Sólo entonces estuvimos cara a cara, mirándonos a los ojos. Esperé a que se quitase el cigarrillo de los labios y la besé, el primer beso que nos dábamos sin la presencia de Teresa. Nuestras bocas se deslizaban la una sobre la otra, casi públicamente al principio, sin prisa, como para reconocerse recíprocamente. Y luego, Florence separó los labios y sacó la punta de la lengua, la hizo correr ágilmente entre mis labios sin separarse nunca de ellos totalmente. Como era de prever, el juego acabó por excitarnos y nuestro beso se hizo más sensual mientras, también por vez primera, acariciaba sus senos a través del jersey. Estábamos abrazados con fuerza, y no podía dejar de darse cuenta del efecto que me producía. Así, prefirió desasirse de mi abrazo, riendo:

—¡Cuidado, pequeño! ¡Teresa es capaz de venir a ver si nos anticipamos a su programa!

—Es muy capaz desde luego: ya ha impedido que nos viésemos en París.

—Ya lo sé. ¿Pero tú podrías hacer algo en contra de la voluntad de Teresa?

Aquella declaración, impregnada de una especie de velada tristeza, me pasmó. Florence se había sentado en la cama y me contemplaba, fumando tranquilamente. Pero el regreso de su palidez traicionaba el esfuerzo que hacía para parecer calmada. Continuó:

—¡Oh! No eres el único... Tú estás enamorado de Teresa, yo estoy enamorada de Teresa, tu hermano está enamorado de Teresa. Teresa está enamorada de tu hermano, está enamorada de ti, hasta está enamorada de mí. Se acuesta con tu hermano, contigo, y conmigo, pero por separado. Esta noche se acostará primero con tu hermano y contigo, y luego, supongo, contigo y conmigo.

¡Cualquier día terminaremos acostándonos los cuatro juntos! Entonces, Teresa será una «mujer satisfecha», como ella dice... Porque nosotros todos, tu hermano, tú, yo, ¡estamos demasiado enamorados de ella para decirle que no! ¡Es imposible negarle nada a Teresa!

Florence rompió a llorar y no pude por menos de tomarla en mis brazos y tratar de consolarla. Pero el análisis frío que acababa de realizar me había dejado la carne de gallina. Y, sin embargo, no era sino la más absoluta evidencia.

¡Y todo eso me daría lo mismo si tú me amases! Pero no me amas, me encuentras guapa, tienes ganas de acostarte conmigo y esta noche nos acostaremos. Pero no me amas: amas a Teresa...

Me sentía completamente desarmado. Protesté, dije que aunque, efectivamente, deseaba hacerme amante de Florence, mi mayor deseo era seguir siéndolo. Y que si no lo creía, si seguía convencida de que no pensaba más que en lograr de ella un placer pasajero, estaba dispuesto a demostrarle lo contrario absteniéndome de hacer el amor con ella a la noche siguiente. Se enjugó las lágrimas y se echó a reír.

—¡Ah, no! Tengo tantas ganas de acostarme contigo...

Lo dijo con un tono tal, con una ternura feliz y luminosa (una dulcísima luz en torno a su cabellera rubia) que le cuadraba tan bien, que faltó poco para que la cosa no sucediera sobre la marcha. Nos dimos un largo beso. Pero Florence volvió a hacer oír la voz de la razón. Le obedecí con placer por la enorme alegría que me producía poder contemplar de nuevo su limpia mirada de niña pequeña. Además, como en los niños, aparte de una o dos lágrimas que perlaban sus pestañas, el llanto no había dejado marca alguna en su cara. ¡Adorable Florence!

Había que arreglarse (en el palacio de V*** se recomendaba un cierto rebuscamiento en el atuendo). Después de haber criticado recíprocamente nuestro aspecto, y haber llegado a la conclusión de que ambos estábamos perfectamente presentables, acudimos al salón principal, de techo artesonado en maderas esculpidas y pintadas, en uno de cuyos extremos había instalado un suntuoso bufet. En el extremo opuesto, una orquesta entonces muy reputada tanto por su estilo como por el precio en que valoraba sus propios

méritos, iba instalándose sobre un estrado, controlando minuciosamente, si bien fingiendo indolencia, la instalación electroacústica. En uno de los laterales del vasto rectángulo que constituía la sala de baile, se desplegaba una serie de tapices de gran calidad pero sin mucho interés, al menos a mis ojos (escenas pastoriles o de caza, meriendas campestres al gusto del siglo XVIII). El otro lateral estaba ocupado por amplias puertas-ventanas que se abrían sobre las terrazas donde la dulzura de la noche de mayo producía una cierta afluencia, porque ya estaban llenas de gente. Los criados, con casaca bordada y pelucas empolvadas (parecían tener la misma edad que los tapices), se deslizaban con destreza entre los invitados, portando sus bandejas cargadas de vasos y canapés. Un bullicio alegre, aunque sin vulgaridad, anunciaba que la fiesta estaba ya plenamente iniciada, pese a que todavía la orquesta no hubiese dado la señal.

Yo no conocía a nadie, ni de vista ni por su reputación, entre toda aquella brillante reunión, y me hubiera sentido perdido si Florence, y sobre todo Teresa, no me hubiesen presentado algunas personas de ambos sexos. Pero no tardé mucho en darme cuenta de que la mayoría de los invitados estaban muy poco menos perdidos que yo, y que como además aquello formaba parte del juego, era conveniente aquí, al contrario de lo que se practica de ordinario, dirigirse a los desconocidos más que a los conocidos. Sólo Teresa conocía, al parecer, todo el mundo, aunque mostrase la mayor discreción al saludar a sus invitados, sin duda para no incomodar a algunos de ellos, que debían pretender un cierto incógnito. Por un instante sentí celos de que fuera posible que se hubiese acostado con todos los hombres que estaban allí (y, ¿por qué no? Con todas las mujeres...). ¡Pero, la verdad, había demasiada gente!

No veía más que chicas maravillosas y *playboys* de buena planta, todos, en general, vestidos con esa cierta excentricidad que sólo la belleza puede permitir. A decir verdad, había también un número pequeño de hombres, y quizá de mujeres, de más de treinta años, pero tan perfectamente escogidos que contribuían a lograr una dosificación no poco sutil para que la juventud, la belleza y la elegancia parecieran uniformemente repartidas, por una parte, y para que, por la otra, la inclinación a la superficialidad de los

jóvenes de moda quedase compensada y el revés de la suficiencia no pudiese salir triunfante. ¿Sería, quizá, que yo veía todo aquello con la mirada deslumbrada, maravilladora, de la jovencita de otros tiempos que asistía a su primer baile? Nunca he sabido regatear mi entusiasmo, ni siquiera en circunstancias que normalmente no hubieran tenido por qué suscitarlo. No me arrepiento de ello en absoluto. Pero, hoy, me inclinaría más bien a pensar que lo que confería a aquella sociedad aquella peculiar cualidad de perfección, hecha de amenidad general y naturalidad perfecta, era su dimensión secreta, a saber: la persecución apasionada del placer amoroso.

La juventud, la belleza, la elegancia (y también, la inteligencia) de los invitados, así como los medios que permitían adivinar su aspecto y su ropa (por no hablar de los magníficos coches estacionados ante el palacio), daban a sospechar que esa persecución no les era extraña. Así, lo que les atraía al palacio de V*** difícilmente podía limitarse a una perspectiva ordinaria de libertinaje, y menos todavía al muy relativo exotismo de un picadero normando a hora u hora y media de París. Lo que de aquella tarde y aquella noche esperaban, era algo mejor de lo que disfrutaban de ordinario. Jóvenes, bellos, elegantes (¿inteligentes?) y ricos, aficionados indudablemente excepcionales, ¿no tenían ya acaso todo lo que necesitaban para satisfacer sus caprichos más singulares? Todo, menos el genio. Todo, en definitiva, menos Teresa...

Desde que la orquesta empezó a tocar, tuve que dejar de andar colgado de las faldas de Florence y de Teresa, con quienes no conseguí bailar más que una o dos veces. Observé que, por su parte, mi hermano consentía de buen grado en verse privado casi por completo de su novia (pero Teresa no lo abandonaba del todo, porque se las arreglaba para dar, imagino, cierta pimienta adicional a su situación). Procuré demostrar a mis dos amigas que sus atenciones coreográficas (la de ellas y las de las otras ovejitas blancas ausentes de la fiesta) no habían sido vanas, y me pareció que estaban satisfechas cuando pasaba a su lado bailando con todo mi entusiasmo al quedar casualmente cerca de ellas. Como todo el mundo bailaba bien, reconocí la importancia de saber manejar

correctamente algo que, en el palacio de V***, se veía vuelto a su función de lenguaje erótico, elemental pero indispensable. No sorprendí nunca, sin embargo, gesto alguno de desconsideración, ni siquiera cuando los ritmos lentos, y las luces tamizadas con filtros varios que quedaban entonces, invitaban a un cierto abandono. A lo que me pareció, las invitaciones no podían rechazarse (Teresa debía imponer esa limitación para lograr el mínimo de armonía indispensable en la reunión), y podían hacerlas tanto las chicas como los chicos (otra innovación en la que se adivinaba la mano de Teresa).

Fui así invitado por una rubia muy joven, de ojos cándidos, un tanto ruborizada ante la licencia que se tomaba, y que me confesó enseguida que, a sus dieciséis años, era sin discusión posible la benjamina de la fiesta. Estaba no poco orgullosa de ello, y parecía necesitar ilustrar tal prerrogativa mostrándose tan disoluta como le permitía su imaginación. Aprovechando una especie de blues que me acercó un poco a ella, frotó ostensiblemente contra mí un pecho goloso cuya elasticidad no velaba sostén alguno, de manera tal que me sirvió de primera prueba. Pero me probó que era mucho menos tonta que yo, arrastrándome, nada más terminar, la pieza, a la terraza. Yo accedí al deseo de mi cazadora sin pensar. Desde el momento en que puse el pie en la frontera que separaba de los calores, las luces y el ruido la noche de mayo, fresca pero agradable, comprendí que la circulación que se operaba a través de las grandes puertas-ventanas constituía la válvula de seguridad del baile. Más presentes que realmente precisas, a causa de la barroca repartición de las farolas y de la caprichosa geografía de escaleras, vallas, tejos, estatuas y bancos, las parejas se ocupaban en conciliábulos galantes cuyo tenor se adivinaba más que se identificaba realmente. Delante de nosotros se abría, en suma, el jardín de las sombras y las caricias (y ¿qué son las caricias sino sombras también, en ausencia del amor?). Según todas las apariencias, la necesidad en que, al menos los hombres, se veían de reservarse para más tarde (¡aunque haya temperamentos prodigiosos!), excluía sin duda verdaderos acoplamientos. No obstante, a pesar de la dificultad dicha de valorar, a falta de claridad suficiente, el alcance exacto de los gestos, suspiros,

exclamaciones ahogadas y hasta la silueta extraña de las formas permitían suponer una libertad extrema en las relaciones. Por otra parte, lo que daba más valor a los preludios de la terraza era que representaban la última forma de libre arbitrio antes de los amores programados.

Sin aparentar darme cuenta de aquel voluptuoso paisaje nocturno, conduje a la rubita (se llamaba Catherine) a un banco de madera enmascarado por un arbusto de ligustros. Me pidió un cigarrillo y se lo encendí (el mismo gesto, exactamente, con la frente baja entre los rubios cabellos, que Florence, unas horas antes), me bastó con hacer caer el tirante del vestido escotado y manipular la parte superior de una cremallera para obtener el seno derecho de Catherine, redondo, pleno, de un tipo netamente más grueso que los que me gustan normalmente, pero sin embargo dotado de auténtica frescura. Y me puse a mamarlo suavemente mientras ella aspiraba y echaba el humo. La piel de Catherine era terriblemente suave y su pezón crecía de forma realmente apetitosa entre mis labios. Luego, bajé el segundo tirante, chupé el pezón izquierdo dándole ligeros mordiscos, y Catherine se puso entonces a lanzar unos minúsculos chillidos de ratón. Un trazo de fuego me indicó que había tirado el cigarrillo, dejé sus senos y la besé en la boca. Como toda fumadora poco experimentada, olía mucho a tabaco. Mientras nuestras lenguas se mezclaban, puse la mano sobre el ligero que la minifalda permitía alcanzar sin inconvenientes.

Apretó instintivamente los muslos y luego, casi de inmediato, volvió a abrirlos (mi mano había quedado aprisionada). Había llegado a la braga, pero me cuidé mucho (como había hecho hacía tiempo con Teresa) de deslizar un dedo por debajo: el margen de maniobra en esos casos queda reducido a casi nada, y no se consigue más que un contacto ridículo con la carne femenina. Además, la buena voluntad de Catherine compensó un tanto mis pocas luces en cuestiones de topografía de interiores femeninos, y estaba esforzándome por bajar el slip para que me cupiera la mano entera entre los muslos de la rubita, cuando una pareja vino a instalarse frente a nosotros, a unos pocos metros, al pie de un león de piedra de gran tamaño cuya atención entera estaba dedicada a la bola que sujetaba con la pata. Estábamos en plena oscuridad y no

podían vernos, en tanto que un rayo de luz oblicua les iluminaba desde los pies hasta la mitad del cuerpo (estaban de pie). Y, no sin sorpresa, teniendo en cuenta que estaba ocupado en similar tarea, vi con claridad levantarse la falda de la chica (nos daban la espalda) mientras las manos del chico, rodeando las nalgas, trataban de imprimir al mismo artículo de lencería que por el momento acaparaba también todos mis esfuerzos, un movimiento igualmente descendente. Mi joven conquista, que había seguido mí mirada, observada con fascinada curiosidad aquella especie de reflejo de nuestros propios problemas. Pero en tanto que yo no aspiraba sino a que el slip descendiera lo imprescindible, mi vecino de enfrente, más metódico, pretendía hacerlo desaparecer del todo. Lo que obligó a intervenir a la interesada: se soltó las medias, hizo bajar la braga hasta las rodillas, se colocó de nuevo las medias y, doblándose un poco, libró las piernas del slip, que arrojó negligentemente a unos pasos. Volvió entonces a su postura inicial, pero cuando las manos del chico levantaron otra vez la falda, aparecieron a la luz, esta vez, unas nalgas desnudas, redondas y blancas.

Tampoco ahora las manos del chico trataron de aprovechar la libertad de acceso, recién adquirida, entre los muslos. Mientras mis dedos jugaban con los rizos, que imaginaba rubios, del pubis de Catherine, él manoseaba las nalgas de la joven con fuerza, levantándolas como senos, separándolas hasta el punto de que creí percibir por un instante (pero no, era imposible) la perla gris del ano. Mi índice apartaba ahora los suaves labios del sexo de Catherine con infinita precaución (sin tener la menor posibilidad de verificarlo, tenía fuertes sospechas de que en el programa de Teresa se inscribía la desfloración de Catherine), mientras que el suyo se deslizaba por el surco entre las nalgas de la muchacha que, súbitamente, se estremeció. Mi dedo penetraba en la vulva húmeda y ardiente, el suyo entraba en el ano. Un mismo suspiro: Catherine y la otra. Cogí la mano de Catherine y la puse en mi bragueta donde la dejé desabrocharme, palpar, aferrarse. El mismo ir y venir, aquí y allá, del dedo introduciéndose en la carne. Las manos de Catherine empuñaron mi verga, tiesa. ¡El otro también, sin duda, tomado a dos manos! Pero no podía permitirme eyacular. ¡Ah!, ¿hasta cuando

tendría que esperar aún?

—¡Cuidado! Me haces daño...

Catherine me había soltado y, por suerte, mi emoción iba algo retrasada con respecto a la suya, que ponía cremosa su vulva. Tenía la nariz en mi cuello, ya no se movía, exhausta.

—¡Tengo las manos llenas de leche!

Aquella voz, aquella risa burlona y tierna: una voz, una risa que yo conocía. Catherine levantó la cabeza y murmuró:

—Pero ¡si es Teresa!

Teresa había recogido su slip y se limpiaba las manos (limpiando también, quizá, la verga de su acompañante). Luego, la pareja se alejó, el slip quedó tirado a los pies del león de piedra, bajo la luz oblicua. ¿Sería el espectáculo que había contemplado o el hecho de haber masturbado a la rubita, ambas cosas? Me sentía un tanto extraño. Catherine, por el contrario, estaba ahora perfectamente cómoda, y parloteaba como un jilguero (pido perdón a los ornitólogos: no sé con seguridad si los jilgueros parlotean o no; Catherine, en todo caso, parloteaba). Me contaba con todo detalle como había organizado Teresa su noche, que se resumía en una triple desfloración, perspectiva que Catherine consideraba sin la más mínima aprensión. Naturalmente, no sabía quienes serían los tres encargados del asunto, el primero, de desvirgarla en el sentido más clásico, el segundo, de sodomizarla, y el tercero de «hacerle el amor en la boca», como ella misma decía.

—¿Crees que serás tú uno de los tres? ¡Oh! Estaría muy bien, te encuentro muy encantador.

—¿Y quién te ha escogido esos tres chicos?

—Teresa.

—¿Cuándo sabrás quiénes son?

—Cuando los vea entrar en mi habitación.

—¿Y volverás a verlos más adelante?

—Sólo a uno: el que me guste más.

—¿Ningún otro chico puede acostarse contigo?

—Esta noche no.

—¿Y mañana?

—Mañana seré libre.

—Y si mañana quiero, ¿puedo acostarme contigo?

—Sí, si yo lo deseo también.

La conversación tomaba un giro de lo más singular: aquella jovencita de dieciséis años, la única virgen (si bien por poco tiempo presente en el palacio de V***, me daría muy pronto lecciones sobre el arte de vivir (y sobre el arte de amar). En todo caso, parecía infinitamente mejor informada de sus deberes y de sus derechos de invitada que yo mismo. La acompañé de vuelta al salón y allí le di un beso de despedida (me había parecido que era la costumbre, encantadora costumbre por lo demás, cuando dos personas dejaban de bailar juntos o, eso sí que con seguridad, cuando regresaban de dar una vuelta por la terraza) diciéndole, como, por otra parte, pensaba, que era deliciosa y que le debía unos minutos muy agradables. Me devolvió el beso y fue inmediatamente arrastrada por el torbellino del baile.

Por disparatado que pueda parecer, aquella pequeña aventura no me animó ni lo más mínimo a multiplicar con otras danzantes aquel género de aproximación amorosa. No dejé, sin embargo, de tener entre los brazos durante la noche (es una manera de hablar puesto que pocos bailes modernos facilitan el contacto de los cuerpos, especialmente desde hace unos años), chicas que si las hubiera encontrado en otras circunstancias me hubieran dejado sin aliento. Y, no obstante, no traté de dejarles un recuerdo favorable, salvo poniendo en mi beso de despedida el calor suficiente para informarla de que no había sido indiferente a sus encantos. ¿Era porque sabía que no podía ser rechazado si las llevaba a la terraza? Decir eso sería vanagloriarme de un heroísmo que estoy muy lejos de poseer. No conozco, por el contrario, nada más duro que un rechazo, tanto para el amor propio como para el deseo mismo. Y es bien cierto que gracias a ese arma, el rechazo, las mujeres ejercitan sobre los hombres el más criminal de los poderes. Así, el hecho de encontrarme en un lugar en el que sabía que ninguna de las maravillosas criaturas que me rodeaban podía rechazarme (y aunque la terraza supusiese una limitación a su consentimiento, el placer que se podía obtener, pese a no ser completo, no dejaba de ser placer), me hacía sentir como una anticipación del paraíso, el único paraíso, en todo caso, que me preocupa (puesto que el mal, el mal absoluto, la condenación del deseo, no cabe en él).

Tal vez aquella noche la propia facilidad acentuaba, en vez de atenuar, la gravedad de los gestos amorosos. ¿No es, por lo demás, lo que unos pocos esperan de la completa libertad de costumbres: que, por contraste, haga al amor más difícil y no más fácil, excepcional, no trivial? Lo que sería poner en un mismo plano el actual peligro de vulgarización abúlica y el antiguo peligro de represión hipócrita. En el momento en que estoy a punto de dejarme llevar a una diatriba completamente reaccionaria contra la democratización del amor (¿es que, ¡carajo!, acaso el libertinaje del palacio de V*** no es un privilegio de clases?) me detiene, a no dudar, la morena delgada (con un vestido de lamé de plata que le estrangula las caderas para dejar que los muslos liberen un atractivo embriagador) cuyo lóbulo inferior de la oreja mordisqueo mientras murmuro:

—Me gustaría llevarte a la terraza, junto al león de piedra, arrodillarme a tus pies y hundir la cabeza bajo tu vestido hasta hacerte gemir y chorrear.

Y ella me responde en el mismo tono:

—Yo también, quiero arrodillarme ante ti a los pies del león para hacerte gemir y chorrear.

Y yo respondía:

—Pero yo tendría la cabeza oscurecida, mientras tú resplandecerías a plena luz.

Y ella respondía:

—No me importa: yo me llamo Clara y la luz no me da miedo.

Y yo respondía:

—Pero si te arrodillas en las losas te estropearás las medias...

Y ella respondía:

—No me importa: me llamo Clara, puedo muy bien beber el claro de luna...

Y yo respondía:

—¡No! ¡No, eres demasiado bella, no puede ser!

Y ella respondía:

—¿Qué tiene que ver la belleza con esto?

Y yo respondía:

—No lo sé, eres demasiado bella...

Habíamos dejado de bailar. Nos besamos. Toqué sus senos. Y

luego me aparté de ella. Me escapé. Era, no obstante, una hermosa historia la que Clara quería, beber el claro de luna, arrodillada entre mí, destrozando las medias en las losas, a los pies del león de piedra. Pero volvamos a la realidad. Teresa me dijo:

—Debieras de ir a ver a Richard. Está en la «farmacia».

La «farmacia» es una especie de lugar secreto o semisecreto, donde Richard despacha (sin receta, a razón de las necesidades) ungüentos, pesarios y progestágenos a la última moda. Y, si es necesario, aderezados de consejos técnicos o psicológicos.

—Estás mareado, Francis. Más por el mareo de la carne que por el otro. No lo niegues, no te defiendas: ¡todas esas chicas, tan atractivas, dispuestas a aceptarlo todo cuando de ordinario todo es tan complicado! Esta facilidad nueva, asquea. Tal vez porque no se siente uno capaz de aprovecharse plenamente de las oportunidades múltiples e inesperadas. Ya sé como es. Descansa un ratito aquí. Hablaremos. ¿Whisky o champán?

—Champán, gracias.

—Un consejo: luego no vuelvas a pasarte al whisky. ¡No me insultes! Podría ser pura burla. Si te digo esto es, ante todo, porque quiero que cuantos vienen aquí logren, en todo lo posible, si no la felicidad, por lo menos el placer. Las noches de Pentecostés del palacio de V*** han nacido, únicamente, de ese deseo. Por eso, aunque no nos conozcamos, deseo que evites, puesto que eres mi invitado, cualquier asco, esa especia de náusea en la que te veo debatirte, esa saciedad que te amenaza, cuando apenas si te has acercado aún a la mesa del banquete...

—Sí, hay que consumir, ¿verdad?

—No seas insolente. Una de las razones que tengo para preocuparme por ti se llama Teresa. No te enfades porque esté perfectamente al corriente de lo de ella y tú: considero que es algo que forma parte de mis obligaciones. Y déjame que te diga que nadie puede permitirse tomar el amor de Teresa a la ligera...

—¿Teresa? Lo único que le preocupa es su propio placer.

—Teresa no encuentra placer más que en el amor. Créeme: sé de lo que estoy hablando. Si Teresa no estuviera enamorada de ti, ¿crees que estarías aquí? ¿Crees que esperaría que cumplieses, dentro de una hora, con el cometido que ya sabes y para el que te

he dado ese potecito de ungüento? Sé muy bien de lo que hablo, ya te he dicho.

—¡Con qué seguridad lo dice!

—Teresa es probablemente la única chica de la que no se cura uno jamás. Al menos entre las que yo he conocido.

—Perdone mi mal humor. El mareo. O, más bien, los dos mareos que usted evocaba y todavía más la incomodidad que produce ver a un extraño perfectamente al corriente de los secretos más íntimos de uno.

—Yo estaba también a punto de perder la sangre fría. Pero el riesgo era previsible y tenía que hablarte de estas cosas. Tu posición es envidiable, pero no es fácil, en eso soy el primero en estar de acuerdo.

—¿Envidiable? Si fuese a encontrarme a solas con Teresa, pudiera ser...

—Pero ¡demonios!, ¿cómo puedes ser así de inocente? Escucha, voy a ser grosero, pero tú lo has querido. No sé cuál será el deseo (o el capricho, llámalo como quieras) de Teresa. Pero sé (lo sé, entiéndeme, no porque me lo haya dicho ella, lo sé porque sé lo que es Teresa) que esta noche sólo tiene ganas de que le dé por el culo un hombre: ¡tú! ¡Y puedes estar seguro de que eso es bastante!

Me callé, desconcertado y asustado a la vez, como ya me había pasado más de una vez en los últimos meses, ante el sentimiento de mi propia imbecilidad. Richard me sirvió una segunda flauta de champán sin parecer acordarse de la pugnacidad de las frases intercambiadas el minuto anterior. Rompí el silencio, con no poco esfuerzo:

—¿Piensa que soy un pobre cretino, no es así?

Se echó a reír.

—¡No seas tan agresivo! No, Francis, eres joven, esa es tu única excusa, aunque es la excusa absoluta. En lo que a mí concierne, no podría ser tan perspicaz si no me hubiese visto también una vez en una situación casi tan escabrosa como la tuya, y gracias a Teresa. Pero contar eso es cosa de su incumbencia, si lo considera conveniente. Te contaré, mejor, la historia de Clara y Daniel.

—¿Clara? Yo creía que no existía.

—Todo lo que deseamos existe... Conocí a Clara y a Daniel en la

playa, una noche, la primavera pasada. Había hecho mucho calor todo el día. La suavidad llegaba, por fin, con la noche. Yo iba andando por la arena fina, junto al agua, apenas a doscientos metros del casino desbordante de luces, lleno hasta los topes. Iba solo. Casi tropiezo con una joven pareja, un chico y una chica muy guapos. Fue una belleza que sentí más que vi, antes de que mis ojos se acostumbrasen a distinguir en la oscuridad. El chico me dirigió la palabra con un tono a medio camino entre serio y burlón. «Señor, esta chica quiere bañarse». «Perfecto». «Pero completamente desnuda, aquí, delante del casino». «Sin duda será porque es muy guapa». «Sí, pero puede venir gente». Entonces fue ella la que contestó: «No me importa, a mí qué me importa que me vean: yo hago el amor contigo, no con ellos». Intervine entonces con autoridad: «Tiene usted razón, señorita: desnúdese». De inmediato, se quitó el vestido. No llevaba nada debajo. Salió corriendo a sumergirse entre las olas. En la oscuridad, la perdimos de vista al poco rato. Entretanto, hablé con el muchacho. Se llamaba Daniel, y ella se llamaba Clara. Los dos estudiantes. Se habían encontrado por casualidad quince días antes. Todo había cambiado de golpe. A dos meses de los exámenes, habían vendido sus libros, pedido dinero a los amigos, realquilado sus habitaciones y escapado hacia el mar para amarse tranquilamente, sin pensar en el mañana. ¿Un poco de champán?

—Sí, gracias.

—Entonces, ella salió del mar, desnuda, temblando, tan bella que creías morir allí mismo. Nosotros dos nos quitamos la camisa y la secamos con ellas de pies a cabeza, era demasiado altiva para protestar porque un extraño le friccionase el pecho, o una nalga. Pasé incluso mi camisa, enrollada, entre sus muslos, sobre el pubis mojado. Ni se inmutó. Luego Daniel propuso prestarme una camisa seca. Acepté. Les seguí hasta su habitación de hotel, y pedí de beber. Champán. Estaban entusiasmados, como unos niños a los que les subes en los caballitos. Daniel y yo nos habíamos puesto camisas secas, pero ella se quedó como estaba, con los cabellos húmedos, los cortos mechones morenos desordenados, todo pegado. Era extraordinaria. Se miraba con ojos tales que se notaba inmediatamente que tenía ganas de hacer el amor. No pude

resistirlo. Les dije que tenía ganas de verles hacer el amor juntos. Se rieron, pero no parecieron sorprenderse demasiado. ¡Se sabían tan bellos, sin duda! O, más bien, tenían demasiadas ganas de hacer el amor. O ambas cosas. Y, además, yo les debía de resultar vagamente simpático. Y además, ¿no me habían invitado a entrar en su vida al tomarme por juez y preguntarme si podía bañarse completamente desnuda? ¿Quieres otro poco de champán?

—No, gracias.

—Se desvistieron e hicieron el amor delante de mí. Con la mayor naturalidad del mundo, pero también con la mayor sinceridad. Yo no me considero un mirón, en absoluto, es algo que no me interesa lo más mínimo, prefiero ser actor. No era, sin embargo, la primera vez que veía a una pareja haciendo el amor. Y te juro, querido, que yo, el duro, el experimentado, temblaba como una hoja. Después de dejarlos, no pude pegar ojo en toda la noche. Así que, al amanecer, con los ojos turbios, tomé una decisión tipo catástrofe. Les llamé por teléfono. Estaban todavía en la cama. Les dije que no estaba enamorado de Clara ni tampoco de Daniel, que estaba enamorado de su pareja, enamorado de su amor. Y que quería acostarme con los dos, que no pretendía separarlos, al contrario. Esta vez sí que, de todas formas, quedaron un poco sorprendidos. Me hicieron una buena réplica. Ella se apoderó del teléfono: «Si aceptamos, ¿por cuál empezaría usted?». Pregunta peligrosa. Felizmente, él recuperó el teléfono para decir, caballerosamente: «Por Clara. Si decimos que sí hay que estar seguros de que obtenga el mayor placer. Yo, de todas maneras, no acepto más que si a Clara le apetece». Volvió a ponerse ella: «Por Daniel. Me pondría furiosa si lo viese acostado con otra chica. Pero, ahora que lo pienso, sería completamente distinto si usted le...». Se le trababa la lengua. Continué yo: «¿Si le doy por el culo ante sus ojos?». Le salía la voz con dificultad, y luego, de golpe: «Pues, esa idea, creo que incluso empieza a excitarme...». Tuve la impresión de que se habían puesto a hacer el amor de nuevo. Colgué.

—¡Uf!

—¿Verdad? Como ves, ¡había levantado una buena pieza! Pensándolo bien, la propuesta de Clara habría podido considerarse un medio de asegurarse de que yo no estaba utilizando un

subterfugio original para acostarme con ella. Si empezaba por ella, siempre hubiera podido decir después que había una imposibilidad técnica a la hora de ocuparme de Daniel. Mientras que de esta manera... Pero ¿acaso no exageraba yo conmigo mismo? Ni siquiera creí necesario precisar que ya había tenido relaciones homosexuales. Clara y Daniel lo habían adivinado. No era pues algo que me plantease problemas morales ni, si he de decirlo todo, prácticos. A decir verdad, no sabía ya muy bien dónde estaba, si el cinismo sexual jugaba algún papel en mi conducta, si el delirio estaba del todo ausente de la cuestión. Tal vez, la experiencia me ayudaría a ver más claramente en mi interior, aunque no fuese sino en la medida en que esperaba llegar así a completar la auténtica fascinación que aquella pareja fuera de serie ejercía sobre mí. Para mí, en efecto, la experiencia de la pareja enamorada era radicalmente nueva. Quiero decir, que ya había compartido una mujer con otro hombre, u otro hombre con una mujer, pero nunca con una mujer y un hombre enamorados el uno del otro como lo estaban Clara y Daniel. Que hay una buena diferencia, te lo aseguro. ¿No descubriría el secreto del amor amando a una pareja enamorada en vez de a un individuo de uno u otro sexo, por deseable que fuera? ¡Hacer el amor con el amor mismo! ¡Qué tentación! ¡Ah! Si tú no estuvieras embarcado en una historia tan absurda como la mía, seguro que en este momento pensarías: «Este tío desbarra...».

Asentí sin decir palabra.

—Si no quieres más champán, permíteme que yo no siga tu ejemplo. Las cosas se realizaron a los dos días de nuestro encuentro en la playa. Los había invitado a la suite, una suite muy cómoda, que tenía para mí solo en uno de los mejores hoteles del lugar. En una de las habitaciones habían preparado una cena fría, aunque eso sí, suntuosa, y sin embargo ninguno de los tres pensaba en nada más que en hacer el amor y, como había imaginado, no cenamos hasta mucho después. Clara llevaba un maquillaje muy extraño: párpados oscuros y cara de palidez extrema. «Soy la viuda», dijo respondiendo a mi pregunta. Desde ese aspecto, completado por un vestido de cóctel de organdí negro con amplias mangas balón que cerraban en las muñecas con puños encañonados, nos contemplaba

sin decir palabra, pero encendiendo cigarrillo tras cigarrillo, hundida en un sillón que había puesto frente a la cama. Me esforcé por dañar lo menos posible el amor propio de Daniel: a pesar de ciertas disposiciones innegables, no tenía nada de homosexual, y si se dejaba era sólo, como había declarado, para agradar a su amante. No obstante, me desenvolví con habilidad suficiente para que su primera experiencia homosexual no fuera demasiado dolorosa ni estuviera desprovista de placer. Pienso que ambos me lo agradecieron. Cuando le llegó el turno a Clara, he de confesar que me sentía no poco preocupado. ¿Y si se declaraba satisfecha con lo que había visto, negándose a dejarse someter también ella a los caprichos de mi lujuria? Cuando, ayudado por Daniel, la hube liberado de su bruma negra, descubrí, al apretar entre mis brazos su cuerpo ágil y nervioso, lo que nunca me hubiera atrevido a esperar: ¡estaba enamorada del amante de su amante! Antes incluso de que estuviese desnuda del todo, nuestro primer beso (su boca, rosa pálido, era lo único vivo dentro de su máscara), en tanto que le iba desabrochando el sostén negro (Daniel, en el mismo momento, la ayudaba a quitarse el slip, también negro), me lo hizo ver: iba a entregarse, no por obligación ni por deferencia, ni por plegarse a las normas de un juego de sociedad; iba a entregarse por gozo...

La agitación que marcaba los rasgos de Richard me hizo comprender que, quizás con la excepción de Teresa, era yo sin duda la primera persona a la que se atrevía a contar aquella historia. Mi hostilidad hacia él, que había surgido desde el primer momento y que se había hecho manifiesta al comienzo de nuestra conversación, quedó así bastante reducida, pese a no llegar a desaparecer del todo.

—Ella interrumpió bruscamente el curso de las caricias a las que yo me había entregado de momento. Su deseo inmediato no era que me introdujese en ella hasta lo más profundo, que la aplastase con mi peso. Era imposible dejarla frustrada, no creo que lo hubiera tolerado. Además, ¡eso hubiera significado que yo prefería a su amante! Nos lanzamos al banquete con apetito de ogros. Pero ni la comida, excelente, ya lo he dicho, ni la bebida nos bastaron. Como la noche era suave, nos habíamos vuelto a vestir, y pronto el calor de los vinos y los alcoholes vinieron en ayuda de la reaparición del

deseo. En cierto momento, Clara desapareció bajo el mantel y no supe lo que hacía hasta que la sentí deslizarse entre mis muslos y atrapar mi sexo con sus labios. Daniel se había adormecido, muy oportunamente, y no tenía ya que andarme con miramientos. Estaba loco por aquella chica y me disponía a sacarla de debajo de la mesa, pero ella no quería abrir la boca y se las arregló tanto y tan bien que finalmente, me dejé ir dentro de esa boca. Había logrado librar su rostro lívido de los pliegues del mantel y, al contemplar sus párpados bajos y embadurnados de negro, tenía la curiosa impresión de que me la estaba chupando una muerta...

—¿Y cómo se explica todo eso? —pregunté un poco a lo tonto, después de un silencio prolongado.

—Daniel es un chico muy fino, más bien serio, de espíritu caballeroso, pero en su belleza y su temperamento hay algo profundamente femenino. Es más ardiente que viril, más conquistado que conquistador, a pesar de que, como he podido comprobar cuanto he querido, esté dotado de un vigor sexual prácticamente inagotable. Pero, cosa curiosa, parece que solamente Clara tiene el privilegio de excitarlo carnalmente. Está dispuesto a aceptar lo que sea si Clara lo considera bueno: no sólo que ella se acueste con otro hombre delante de él, conmigo por ejemplo, sino que ese hombre se acueste con él. Y en resumen, que en esa pareja, excepcional por todos los conceptos, increíblemente enamorada, había una leve falta de virilidad, y a través de esa brecha, imperceptible a primera vista, pude introducirme yo, no para destruir la pareja sino, al contrario, para perfeccionarla y consolidarla. ¿Quién sabe si acaso no estarían separados hoy si yo no hubiera entrado en sus vidas hace un año? Pienso que, a los ojos de Clara, yo soy el que castiga a Daniel por su carencia masculina, asumiendo las aspiraciones viriles que ella misma no podría completar (quiero decir, que sodomizo a su amante un poco en su lugar); humillando a Daniel delante de Clara, vengo su relativa pasividad femenina, lo mismo que, humillando a Clara delante de Daniel, le consuelo a él de su propia humillación. En fin, que me parece que así aseguro su armonía amorosa dándole una especie de prolongación lúbrica que reafirma la conciencia del mal, cuya falta lleva a tantas parejas a hundirse en una especie de idiotez idealista

y puritana... En cualquier caso, no puedo vivir sin ellos, ni ellos sin mí. Aunque, naturalmente, esto no durará eternamente. Tengo la posibilidad de tenerlos al abrigo de la necesidad, hasta el día en que esa situación artificial en la que se colocan comience a pesarles. ¡Es una pareja de mantenidos! Llegará un momento en que me dejarán. A no ser que se separen ellos. Pero yo no me quedaré solo con Clara, ni mucho menos, solo con Daniel. Me interesan como conjunto... Perdóname estas confidencias, Francis, querido, no se me ha ocurrido nada más adecuado para alejar de ti aquellas ideas sombrías que contarte este enredo en el que estoy metido. Te queda un cuarto de hora aproximadamente para la hora de acudir a tu primer lugar de cita. ¿Quieres volver al bufet? ¿Al baile?

—No, siga hablándome de Clara y de Daniel.

—Si lo prefieres... Hace unos días llevo a Clara a una casa de modas, a una boutique, más bien, donde me conocen bien. Nos dan un probador muy cómodo y digo a Clara que se desvista completamente y que me espere. Elijo a la vendedora más guapa —o por lo menos la que me lo pareció— y, con su ayuda, hago una primera selección. La hice entrar con los brazos cargados de ropa en la cabina de Clara, que nos recibe totalmente desnuda. La vendedora, sorprendida, protesta diciendo que no es costumbre probarse sin llevar ropa interior. Con tono que no admite réplica, le digo qué yo he decidido lo contrario. Entonces empieza para aquella chica un calvario bien extraño: tiene que ajustar sucesivamente más de veinte vestidos sobre el cuerpo de Clara, y luego quitarlos, sin que la paciente haga ni un mínimo esfuerzo. Yo acompaño las pruebas sucesivas con comentarios secos. Además, obligo a la vendedora a tocar los pechos, las caderas o las piernas de Clara cada vez que hay pretexto para hacerlo. La chica no es lesbiana, sin duda, pero enervada por mis exigencias, excitada por las caricias involuntarias que va haciendo a Clara, desmoralizada, en definitiva, por la frialdad absoluta de esta (que no tenía necesidad de esfuerzo alguno: es absolutamente indiferente a las otras mujeres), termina por echarse a llorar, al borde de una crisis nerviosa. Inmediatamente, la derribo y la sodomizo encima de los vestidos de alto precio mientras Clara, sin participar en nada, tiene tiempo de fumarse dos cigarrillos. Luego, compro tantos vestidos

como Clara quiere y, al salir, doy mi dirección y una propina de rey a la preciosa vendedora, todavía completamente asustada. Clara va ahora vestida, desde los zapatos y la ropa interior hasta las joyas, con todo nuevo. En un salón de belleza donde también soy conocido, dirijo el maquillaje, el peinado, que le hacen. Sale de allí metamorfoseada, y la llevo a dos o tres discotecas donde resplandece sobre las más bellas mujeres de París: no se la ve sino a ella. Eso le divierte, baila, bebe, triunfa. La dejo incluso flirtear con los playboys que aparecen, y yo no le he dado un beso en todo el día. Volvemos en taxi. Digo al conductor: «Vaya usted por los bulevares exteriores, y no mire para atrás». Está bien, utilizará sólo el retrovisor exterior del vehículo, al interior le da vuelta. Entonces, beso a Clara, y ella me murmura al oído: «Vas a hacerme lo mismo que a la vendedora, ¿verdad? Oh, sí, exactamente lo mismo». Y se arrodilla en el asiento trasero del Mercedes (era un Mercedes), dándome la espalda. Eran las tres de la mañana. Estoy enloquecido de deseo, un deseo contenido desde primeras horas de la tarde. Pero ¿cómo hacer? El panty nuevo que la envuelve es una verdadera armadura. Tengo que romper la costura entre los muslos con una navaja, a riesgo de hierirla. Por fin, lo consigo. Estamos más o menos a la altura de la Porte Maillot cuando por fin la penetro. ¡No resulta demasiado cómodo, la verdad! En cada semáforo rojo me paro y este juego tiene la virtud de excitar a Clara terriblemente, lo que no deja de incomodar un tanto al taxista que, aunque no vea casi nada, oye nuestras exclamaciones y suspiros. Consigo aguantar hasta la Porte de Versailles, aunque me cueste un gran esfuerzo no venirme. Pero es demasiado. En lo alto del bulevar Lefèvre, justo en el momento de pasar delante de la iglesia de San Antonio de Padua, se dispara el semen, Clara lanza un aullido de placer y el taxista se salta una luz roja y evita por los pelos el choque con un vehículo de la policía. Como refinamiento más elaborado, había invitado a una de mis amigas más guapas a que hiciese compañía a Daniel. Cuando llegamos a casa, nos los encontramos desnudos a los dos, pero mi amiga rompe a llorar y Clara, que se aprestaba ya al combate, se calla. La plañidera, que es pese a todo una de las mujeres más solicitadas del todo París, se ha arrastrado literalmente a los pies de Daniel, lo ha desvestido ella misma después de desvestirse antes,

pero no ha logrado nada más que unas caricias, por pura buena educación. Daniel, en efecto, preocupado únicamente por la ausencia de Clara, no ha sabido alejarla de su pensamiento y sacar una mínima llama de virilidad en honor de la invitada. Y el colmo de la humillación para ella: apenas ha aparecido Clara, y ya Daniel, fascinado, se ha lanzado sobre ella y sin tomarse el trabajo de desvestirla (aunque sí después de haber admirado su vestido nuevo), la pone al aire, descubre que tiene el culo desnudo y húmedo (el panty descosido quedó en el Mercedes) y, fuera de sí, toma él también el sendero que yo había abierto unos minutos antes. Me veo obligado a consolar lo mejor que puedo a mi bella amiga, sus lágrimas. A pesar de mis recientes hazañas taxi métricas, su belleza y su desgraciada situación me inspiran lo suficiente para decidirme a sodomizarla también. Al otro lado, Clara, cabalgada por su amante, me sonrío con expresión de felicidad perfecta en la cara. No puede imaginar situación más envidiable que la suya: cuando no le está haciendo el amor Daniel, se lo hago yo. Esa felicidad insolente me empuja a humillarla a pesar de todo el amor que le tengo. Y le pido que venga a chupar la verga que retiro de las nalgas de mi bella amiga, mientras que esta irá a chupar la de Daniel. ¡Y acepta! Siempre acepta...

—¿Es ya la hora, no?

—Sí, vete, A Teresa le gusta mucho la puntualidad. ¿Te acuerdas del número de habitación?

Mentiría si dijese que me dirigía con alegría, a pesar de lo que Richard me había estado contando para reconfortarme a ese respecto, hacia la habitación de Teresa o, más exactamente, hacia la habitación de Teresa y de mi hermano. Pero sentía que aquella máquina infernal y perfectamente controlada en que se había convertido el palacio de V*** en manos de Teresa, era imposible de detener o, más exactamente, que los inconvenientes que se hubieran derivado de ello hubiesen resultado más graves para la persona del saboteador que para el propio mecanismo. Si me escapaba, no sólo perdería el amor de Teresa, sino también el de Florence, sin contar la consideración de Richard (que me importaba, pese a que el personaje no me gustase del todo). Y en cuanto a mi hermano... sí, ¿qué hubiera hecho él si me hubiera escabullido? En vez de ayudarle a liberarse, mi desaparición le encerraría más, porque le dejaba solo con la responsabilidad de un acto no realizado y sin embargo resuelto. ¿Y qué hubiera pasado entre Teresa y él? Lo más verosímil sería la ruptura. No sin sorpresa, estaba descubriendo que aquella noche yo era la clave de las relaciones entre Philippe y Teresa, descubrimiento que, si se piensa en el papel tan especial que se me había conferido, venía a producir un estado de ánimo un tanto escabroso...

No me pareció útil llamar a la puerta: ¿qué podía descubrir peor de lo que yo iba a hacer? Teresa y mi hermano estaban sentados en la cama, vestidos (para mí, que venía de las confidencias empelotadas de Richard, resultó un regreso abrumador a la realidad) y comentaban con entusiasmo. Parecían satisfechos de la fiesta y sin duda estaban deseosos de acostarse juntos (recuérdese el ayuno que Teresa había impuesto a su novio, y el ayuno relativo que se había impuesto a sí misma, no acariciando más que mujeres). Tuve la impresión de ser esperado como se esperaba a la camarera en las novelas galantes del siglo XVIII: porque estaba encargada de cumplir una función técnica bien precisa: despabilar la candela, calentar la cama o desvestir a la señora.

—¿Qué te ha parecido Catherine? —me preguntó Teresa.

—¿Catherine? —dijo mi hermano.

—Sí, Catherine, nuestra única virgen... Miró el reloj de pared y movió la cabeza: —Aunque es verdad que a estas horas ya no tenemos virgen para nada.

—¿Muerta? —bromeó mi hermano.

—No: mujer.

Teresa se acercó a mí y me contempló mientras se iba desabrochando el corpiño, cosa que me hizo subir los colores a la cara.

—¿Qué te ha contado Richard?

—Me ha contado un poco de su vida —dije quitándome la chaqueta.

—¿Qué capítulo?

Miraba sus senos desnudos. Me cogió las manos y las puso sobre su pecho. Mi hermano se quitaba la corbata mientras nos escuchaba, sin parecer alarmado por nuestros movimientos.

—El último capítulo. Bueno, Clara y Daniel.

—Sí, al parecer está muy metido en eso —dijo abriendo la cremallera de la cadera izquierda.

El vestido de Teresa se deslizó hasta el suelo. Lo sujetó con el pie. Llevaba unas bragas nuevas. Luego, se sentó en la cama para quitarse el ligero y las medias. Mi hermano y yo nos fuimos quitando la camisa, luego el pantalón, colgándolos en, el perchero.

—¡Ah! Este ligero me deja unos morados como si me hubiesen pegado. No miréis, ¡es asqueroso!

Para demostrarle que no sentíamos el menor asco, nos despojamos de nuestro slip con un movimiento al unísono. Nos miró riendo y renunció al suyo. Vimos de nuevo el vello de su pubis, moreno, reluciente, que alisaba distraídamente con la punta de las uñas. En ese momento llamaron a la puerta.

Tras una breve pausa de sorpresa, Teresa se recuperó la primera y fue a abrir. En la abertura de la puerta vimos a un joven repartidor de telegramas que, pasmado ante la belleza sin velos de Teresa, le tendía, balbuceante, un telegrama. Ella, riéndose de su azaro, le dio las gracias aconsejándole que se diera una vuelta por el bufet y, recuerdo todavía sus palabras, «que tomase, de parte de Teresa, cuanto le viniese en gana»...

El telegrama decía:

QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDO BAJO PENA STOP DE EXPULSIÓN INMEDIATA Y DEFINITIVA SEA QUIEN SEA STOP Y A PESAR DE CUALQUIER PROVOCACIÓN STOP DE QUE PUEDA SER OBJETO STOP REALIZAR DENTRO DE LOS LIMITES CERRADOS POR EL MURO DEL PARQUE EL ACTO DEL AMOR.

—No hay firma —señaló mi hermano.

—No, no está firmado —dijo Teresa—. Pero creo saber de quien procede...

Y cerrando con un alzamiento de hombros el incidente que no había hecho variar ni un ápice su humor, volvió a su asunto. Los instrumentos de la orquesta estaban ya reunidos, no faltaba más que la señal del director. Teresa, naturalmente, era el director de orquesta. Dio sus consignas:

—Philippe, es mejor que te coloques tú primero. Ahí, a ese lado, hasta que llegue yo. Empezaremos así, y cuando estés bien metido, te pondrás de espalda. Entonces Francis podrá meterse también...

Hay que imaginar con qué dulzura, con qué ternura, con qué sonriente ligereza pronunciaba Teresa tan secas instrucciones, para evitar lo odioso, lo desagradable incluso, de las disposiciones gimnásticas. Ya ella, por su parte, se tendía de costado, de cara a mi hermano y, mientras él cogía sus pechos con ambas manos, empuñaba y se introducía ella misma el instrumento, dando muestra así de que su estado de excitación permitía prescindir de caricias preparatorias, cosa que, por lo demás, no era nuevo para nosotros. Onduló como una anguila para estar bien segura de que la verga de Philippe penetraba adecuadamente en su vagina, hizo un movimiento para dar vuelta a mi hermano hacia atrás y quedó a caballo sobre él. Le ayudó a recuperarse de la sorpresa en que le había dejado tal proeza atlética (¿aprendida en los estadios quizás?) con unos vigorosos golpes de cadera, de un nervio y una rapidez increíbles. Yo estaba extasiado ante la deslumbrante lubricidad de las nalgas de Teresa, cuando me llamó al orden:

—¡Venga, pequeño, deprisa! —Y a media voz, porque no le gustaba utilizar ese verbo, añadió, como para disculparse: ¡Tengo tantas ganas de joder!

Me había olvidado, tontamente, el tarro de ungüento en el bolsillo de la americana. Cuando volví, me di cuenta de que tenía

que moverme con rapidez si no quería perder el tren. Grandes ondulaciones recorrían la cama en todos los sentidos. Sumergí profundamente mi dedo, enguantado de lubricante, en el ano de Teresa. Al hacerlo, no podía dejar de recordar las caricias que había sorprendido a los pies del león de piedra. Teresa se estremecía de arriba abajo, daba de cuando en cuando un golpe de caderas, acá o allá, se retorció, se empalaba nuevamente sobre mi hermano con un gemido de felicidad. Trepé a mi vez sobre la cama, buscando la mejor postura. Teresa y Philippe retenían el aliento, frenaban sus movimientos tanto cuanto les resultaba posible. Con cuidado, porque la idea de rozar el pene o los testículos de mi hermano me resultaba desagradable, levanté hacia mí un poco las nalgas de Teresa, separándolas lo mejor que podía. Mi glande golpeó la línea mediana, y Teresa dio un salto. Me elevé un poco sobre las rodillas, me situé a la altura conveniente y guiándome con una mano y sujetándome con la otra a las caderas de Teresa, me hundí de un solo golpe en el estrecho conducto. Teresa lanzó una exclamación que renovaron las furiosas sacudidas a que la sometí de inmediato. Pero a los pocos minutos, ya había logrado coordinar nuestro doble movimiento (cada vez que profundizaba en ella sentía que, paralelamente, la verga de mi hermano ascendía del otro lado de la pared, cosa que me producía un efecto bien raro) y el motor de dos cilindros se puso a funcionar a satisfacción de todos.

Parece que hablo con ironía, pero es más bien para ponerme a cubierto de la emoción que se apodera de mí al recordar aquello. Perforada y surcada por el doble impulso fraternal, Teresa babeaba literalmente de felicidad, lo que no le impedía lanzar de tanto en tanto salvajes clamores que contribuían no poco a sumergirnos en el delirio. La violencia con la que Philippe y yo le asestábamos aquellos golpes de porra era tal que no nos hubiera sorprendido, en medio del frenesí del momento, oír desgarrarse sus órganos, dislocarse sus huesos... Y, sin embargo, no, la elasticidad de la carne de Teresa triunfaba sin dificultad sobre nuestros penes enloquecidos... La preocupación que al principio me había entrado de evitar todo lo posible el contacto con mi hermano había quedado en el olvido, y ya no sólo eran brazos y piernas las que se tocaban sin cesar, no sólo nuestras manos se ponían a veces en el mismo

hombro o el mismo muslo de Teresa, sino que nuestros cojones mismos chocaban entre sí cada vez que, para preparar el terreno antes de volver al asalto, bajaba un poco el culo y él levantaba ligeramente la pelvis.

Suele ser corriente considerar que cuando dos hombres comparten a sabiendas una mujer, la relación que se establece entre ellos es de naturaleza homosexual. No me parece que ese haya sido nuestro caso en absoluto. Sólo habíamos aceptado aquella experiencia para dar gusto a Teresa, incluso en cierto sentido, para ayudarla a poner sus deseos de acuerdo con su conciencia, para evitarle un desgarramiento. En todo lo demás, la experiencia no respondía, en modo alguno, a nuestros deseos profundos (tanto Philippe como yo hubiéramos preferido tener a Teresa para nosotros solos), ni aportó ninguna revelación susceptible de influir en adelante nuestra vida amorosa (cosa en lo que nos distinguíamos radicalmente de la relación homosexual Richard-Daniel). Tampoco dejábamos de darnos cuenta de que para Teresa, el hecho de acostarse aquella noche con Philippe y conmigo al mismo tiempo tenía una significación mucho más simbólica (diría, incluso, alegórica) que práctica. Sabíamos, en efecto, que de ninguna manera se podía pretender que aquella doble unión hubiera de ser el modelo de conducta que habríamos de seguir de allí en adelante. (En primer lugar, era demasiado complicado, a pesar del placer, no poco confuso por cierto, que mi hermano y yo obteníamos; sólo Teresa estaba, según parecía evidente, en el séptimo cielo). E incluso nos admiraba hasta qué extremos de perdición de alma y corazón llevaba a Teresa su deseo de demostrarnos que nos amaba igual al uno que al otro, porque ¡corría el peligro de asquearnos pura y simplemente al uno y al otro!

Así, cuando todo hubo terminado, nos encontramos un tanto incómodos. Además estábamos, sin confesarlo (aunque se leía en las caras) no poco agotados. ¡Pero la fiesta no se había acabado! Teresa tenía que conducirme hasta Florence, a la que iba a «desposar» aquella misma noche, de modo que nos vestimos los dos, bajo la mirada ligeramente sarcástica de Philippe, que se recuperaba bajo las sábanas. Al bajar las escaleras estuve a punto de preguntar a Teresa por qué mi hermano no tenía derecho más que a una sola

mujer (¡y además, su futura esposa!), en un lugar donde parecía ley la variación en las parejas. Me miró y se echó a reír. Comprendí que me lo había adivinado. En ese instante nos cruzamos (se notaba cierto rebullir por pasillos y escaleras del palacio, puertas que se abrían y cerraban, risas, todo recortado sobre el fondo sonoro del baile, que continuaba) una chica en la que me había fijado ya por sus formas abundosas y su aire suficiente.

—¿Qué hace tu novio, Teresa?

—Está arriba, descansando.

—¿Solo?

—Pues sí: tengo intención de convertirlo en un marido fiel.

—Entonces, ¿para qué lo traes aquí?

—Para ponerlo a prueba, querida Tania; para ver si es capaz de resistir las tentaciones.

—¿Y si voy a tentarle?

—Vete, Tania, querida, intenta tentarle. No puedo prohibírtelo, sería contrario al reglamento. Además, me ha hablado con mucho entusiasmo de tu escote.

El escote era verdaderamente generoso. Tania se sonrojó un poco.

—¿No te enfadarás conmigo, Teresa, si...?

—¿Si cae en la tentación? Al contrario, me harías un favor. Pero date prisa, tal vez esté ya dormido...

Tania nos lanzó una mirada torcida y subió las escaleras. Teresa, cuya viveza verbal me había vuelto a admirar en aquel breve diálogo mitad azúcar y mitad sal, quedó, de pronto, con una expresión pensativa.

—¿Lo imprevisto, Teresa? ¡Esto no estaba en el programa!

—No te burles, pequeño. Esta noche, por lo menos, y de tu parte, no me lo merezco.

—Perdona, Teresa. Pero ¿por qué no haber previsto algo para él?

—¿Para Philippe? No lo hubiese aceptado y confieso que yo, por mi parte, tampoco lo deseaba. Sin embargo había que dejarle que se sintiese libre por lo menos un rato, mientras te acompaño a ver a Florence y vuelvo. Quizá una hora. Durante la cual no me quedaba más recurso que someterme al destino.

—¿Y esta es la respuesta del destino?

—Eso me temo...

La notaba contrariada y, no obstante, sonreía, saludando con leves gestos de cabeza a los que se cruzaban con nosotros. Entonces adiviné cuál era la fragilidad de Teresa: cada una de sus decisiones era una jugada de dados, un desafío al azar. Me apretó la mano:

—Fíjate que guapa es...

Atravesábamos el salón de baile, donde algunas parejas danzaban aún. Una chica desnuda, muy guapa, estaba tumbada sobre el piano. Teresa me explicó que era la única mujer reservada a los cinco músicos, pero que no podrían disfrutarla hasta que nadie quisiera bailar.

—¡La van a hacer pedazos!

—¡Oh, no! No: es demasiado guapa. Lo pasará muy bien, hacia las dos o las tres de la mañana...

Creí percibir una ligera envidia en las palabras de Teresa: ¿al menos un placer sin complicaciones? Habíamos salido al jardín. Bajo el cielo negro, repleto de estrellas, la terraza, los macizos, los bancos, parecían desiertos. Sólo el león de piedra seguía vigilando que su bola no se escapase. El aire, no obstante, era suave, y me hubiera gustado dar un largo paseo con Teresa, deteniéndome de cuando en cuando para besarla o acariciarla. Se lo dije.

—¡Asqueroso egoísta! ¿Olvidas que Florence nos está esperando? Al igual que la chica de encima del piano, no ha hecho el amor con nadie. ¡Si tardamos se tirará sobre el primero que pase!

—Sí, respetemos el programa. Estoy contento de volver con Florence: con ella todo parece tan sencillo, otra vez...

—¡Pequeño! ¿Te has enfadado por lo que te he hecho hacer?

—¿Enfadarme contigo, Teresa? Te quiero demasiado. ¡Sólo temo el momento en que no te vuelva a ver más!

—Ya lo sé, pequeño. Por eso te doy a Florence, porque es una parte de mí misma (porque la amo), y porque te quiero.

—¡Dices que me quieres y ni siquiera me has dado un beso!

En ese instante, nos abrazamos, nuestras bocas se unieron, nuestras lenguas se entrelazaron. Mientras yo acariciaba su pecho, la mano de Teresa se sumergió en mi bragueta y realizó un rápido milagro: de la cosita replegada sobre sí misma que recogió, sacó

una cosa fiera y potente. Un arbusto luminoso surgió muy cerca de nosotros. No sin sorpresa, distinguimos un grupo de personas en torno a unos poderosos reflectores.

—¡Ah! Ya lo sé: Richard haciendo su cine porno —exclamó Teresa.

Richard nos había visto, justamente, y venía hacia nosotros.

—¡No me habías dicho que empezabas esta noche! —le dijo Teresa.

—Buenas noches, tortolitos. ¿Todo bien? Sí, quería darte la sorpresa y enseñarte la película terminada, pero en fin, se estropeó, ¡qué se le va a hacer!

No parecía, por lo demás, demasiado afectado por el contratiempo.

—Acercaos. Estamos tomando una escena sensacional...

Iluminado de lleno por los focos hasta el punto de parecer blanco como una estatua, Daniel (puesto que me decían que era él) estaba encadenado, completamente desnudo, al tronco de un viejo roble. Una oscura cabellera de mujer brotaba de su vientre y, en efecto, una joven arrodillada allí, dándonos la espalda, estaba igualmente desnuda: Clara, sin la menor duda. A pesar de un cierto aspecto de «monumento a la felación», el espectáculo no dejaba de tener un gran empaque, y noté que Teresa compartía mi emoción (no me había soltado, y estábamos lo bastante cerca de los focos como para que Richard se diese cuenta).

—Perdóname, Teresa: están muy enamorados, pero no podemos hacerles volver a empezar indefinidamente. Te deseo buenas noches...

Besó a Teresa en la boca, me hizo un ligero saludo con la mano y nos dejó. Seguimos contemplando unos instantes la escena y el movimiento del trabajo: Richard quería aproximarse a la pareja mediante una espiral lenta que, era de suponer, terminase con un primer plano del perfil de Clara. Durante ese tiempo, Teresa me acariciaba al mismo ritmo (que era fácil de sintonizar) que Clara imponía a Daniel, y tuve que pedir piedad: temía que no me quedase nada que decirle a Florence. Reanudamos la marcha, pensé en Richard y referí a Teresa las palabras con las que había ganado si no mi amistad, al menos mi estimación: «Teresa es probablemente

la única chica de la que no se cura uno jamás». Ella movió la cabeza:

—Me ha querido mucho, a su manera.

—¿Ha sido amante tuyo?

—Sí. En cierto sentido, el primero. Vivimos casi un año juntos.

—¿Y además?

—Y además, y además... ¿a ti qué más te da?

—Estoy celoso de todos los que se han acostado contigo, hasta de los que no he visto nunca.

—¡Qué niño eres! No te enfurruñes: te quiero. Si no conociera a Philippe, sólo me acostaría contigo.

—Y con Florence, y con Berta...

—¿También estás celoso de las chicas?

—Ya no lo sé. Me vuelves imbécil.

—¡Mi amor! ¡Bésame y vamos a hacer el amor con Florence!

Llegamos al pabellón donde se encontraba la «alcoba de los recién casados», como decía Teresa. Abrimos la puerta sin hacer ruido: Florence, vestida con un deshabillé vaporoso leía una novela policíaca fumando un cigarrillo, con los cabellos rubios cubriendo sus hombros desnudos. Al entrar nosotros se sobresaltó, y vino corriendo a nuestros brazos. ¡Adorable Florence! ¡Qué frescura, qué espontaneidad, qué inocencia lograba proyectar en aquella atmósfera tan cargada de la noche del libertinaje!

—¡Qué preciosa estás, querida! —le dijo Teresa dándole un beso en el cuello.

—¡Ah! Ya empezaba a creer que me habíais olvidado y que en este maldito palacio, donde todo el mundo está follando, yo era la única chica con la que nadie quería hacer el amor. ¡Teresa! ¡No me vayas a dejar marcas!

Pero ya Teresa levantaba el cuerpo liviano de Florence y lo llevaba a la cama donde, sin desvestirse, se tendió al lado de su amiga, a la que acariciaba a través del tejido sedoso o, más bien, le hacía cosquillas, a juzgar por las risas y contorsiones de la rubia. Y, luego, Florence dejó de reír. Con los ojos cerrados se abandonó a la iniciativa de Teresa sin oponer la menor sombra de resistencia (tal vez cerrase los ojos para no encontrar mi mirada). Teresa aprisionaba metódicamente a su presa en una red de besos y

toqueteos de una intensidad creciente. Sus labios habían corrido primero de uno a otro lado del cuello, luego, por los párpados y las sienes, finalmente, las aletas de la nariz y el hoyuelo del mentón, para saltar definitivamente sobre la boca entreabierta y paladear en ella un beso interminable que hacía rodar las cabezas una sobre otra, entrelazando cabellos rubios y negros. Cuando el beso comenzó a decrecer, comenzó el asedio a los senos, sin que Florence fuera despojada de su deshabillé, ¡tan sumamente fino y transparente, en realidad! Atacados por debajo con un movimiento ascendente que se interrumpía antes de, llegar a la punta, los bonitos pechos menudos de Florence fueron a continuación tomados íntegros en las palmas, y comprimidos ligeramente, mientras que sobre toda su superficie se dibujaba una rotación en abanico. Los suspiros de la interesada, sus repentinas cabriolas, los rebotes de su cabeza de un lado a otro eran el termómetro de su excitación. Entonces Teresa cogió con los labios, todavía a través de la tela, un pezón, luego el otro, chupándolos lentamente, mordisqueándolos con precaución y, como eso la había obligado a moverse, aprovechaba, poniendo los pies en el suelo, para ir desvistiéndose sin necesidad de privar a su amiga de sus atenciones.

Cuando estuvo completamente desnuda, trepó sobre el lecho, a cuatro patas, y metió la cabeza debajo del deshabillé transparente, entre las piernas de Florence, que abrió los ojos, me sonrió como de pasada, agitó en todas direcciones su cabellera suelta y, bajando los párpados, abrió los muslos a la caricia que ascendía hacia ella. Pero Teresa, tal vez porque se ahogaba un poco, o porque quería que yo disfrutase del espectáculo, renunció muy pronto a jugar al metro y liberó a su amiga del camisón. ¡Por fin estaban las dos desnudas! Se abrazaban, sus bocas golosas se chupaban la una a la otra, peloteaban los pechos. Florence, evidentemente, había renunciado a la pasividad total que hasta entonces había mantenido. Pero para Teresa no era aquello sino un simple entreacto. Con una agilidad de la que poco antes me había dado una buena muestra, se deslizó con la cabeza por delante hacia el vientre de Florence, que se encontró bruscamente combada sobre el cuerpo de Teresa, la cabeza flácida, las nalgas al aire y el mentón apoyado en la alfombrilla.

Teresa, que había tenido cuidado de apoyar la nuca en un

almohadón (decididamente, esta vez era más de lo que yo podía imaginar), sujetaba con las manos entrelazadas las caderas de su amiga, gobernando a su gusto la separación de los muslos, en cuyo hueco su lengua, sus dientes y sus labios llevaban a cabo la complicada caricia. Como yo estaba allí para instruirme (había comprendido desde el principio que no se deseaba en absoluto mi intervención) pude, acercándome por riguroso turno a uno u otro foco del incendio, observar cómo Florence lamía a lengüetazos breves, como una gata un plato de leche, el cráter rosa mitad del bosque de abetos negros, y cómo Teresa hundía tan profundo como podía su lengua en el claro bordeado de hierbas rubias, al pie de la doble colina de las blancas nalgas. Para ser sincero, debo confesar que mi observación adolecía de cierta falta de frialdad científica, y más de una vez creí que se me iban las cabras en el calzoncillo. Por suerte, logré resistir aquel impulso de simpatía con los desbordamientos de mis dos amigas. Hasta a ojos de un profano como yo, era evidente que Florence, por muy excitada que estuviese y por grande que fuera su deseo de devolver caricia por caricia, apenas si podía mantener el tipo. Resultaba así aún más conmovedora, y me sentí enternecido al ver estremecerse su cuerpo delgado, saltar sus jóvenes senos, encabritarse su grupa cada vez que Teresa se hacía más incisiva o más insinuante. Teresa, que sin embargo no era la primera vez que prodigaba sus caricias a su joven amiga (aunque tal vez la presencia de un tercero les añadía una nueva dimensión) se sintió también, por lo que pude apreciar, conmovida. Creí tener una prueba de ello cuando, en un momento dado, bien situado para observar sus actos y sus gestos, la vi levantar la cabeza entre las nalgas de Florence y, poniendo la lengua dura, introducirla como una culebra en el orificio anal...

Cuando Teresa nos dejó al fin, no me dejaba ya mucho que hacer. Claro que no había usado un consolador y que, por consiguiente, me quedaba al menos una posibilidad de intervención original respecto a ella. Pero, a pesar de mi inexperiencia, yo no era ya de aquellos que consideran que el ejercicio de la virilidad es la única razón de ser de las relaciones amorosas. Y las caricias que habían sido intercambiadas ante mis ojos, por su intensidad y por su belleza (como si la belleza de cada una de las dos chicas quedase

multiplicada por la de la otra; y además, ¿no configuraban ellas dos para mí toda la belleza del mundo?), bastaban a desanimarme. ¿Cómo iba yo a poder situarme a un nivel semejante?

Pero allí estaba Florence, ante mí, completamente desnuda, y la sonrisa que me dirigía era, al mismo tiempo, tímida, tierna y descarada, porque no permitía equívocos. Acababa de arreglarse otra vez, de volverse a peinar y maquillarse ligeramente, para mí solo: era una mujer nueva, e íbamos a hacer el amor. Nada de lo que hubiera podido existir con anterioridad a nuestro deseo presente existía ya. La silueta de Teresa se hundía en el olvido. Quedábamos, solos, Florence y yo. Y todo comenzaba con nuestro primer beso.

Todo empezaba verdaderamente, porque las rápidas abluciones que Florence había realizado, habían hecho desaparecer todo rastro de excitación, incluso vuelto a cerrar los labios de su sexo. Tuve que despertarlo yo mismo. La acaricié muy suavemente, lo más suavemente que podía. Sus reacciones fueron tan frescas y vivas como las que había provocado Teresa (mentiría si dijese que no había sacado provecho de la demostración recíproca de la que había sido testigo de privilegio; por otra parte me he preguntado algunas veces si Teresa no había dado la mejor prueba de su amor por Florence enseñándome cómo había que acariciarla). Fueron para mí unos momentos deliciosos y hubiera seguido lamiendo de buen grado el sexo de Florence más tiempo si no hubiera recordado que mi bella «esposa» esperaba otros signos más específicos de mi amor.

Cuando me decidí a penetrarla, se distendió con un suspiro de alivio. Sólo entonces me di cuenta de hasta qué punto la deseaba, hasta qué punto la amaba, hasta qué punto quería hacerla feliz. Hasta qué punto también, no me cabía duda, Florence me amaba y se sentía feliz de que por fin hiciéramos el amor juntos. Esta toma de conciencia fue tan aguda que faltó poco para que no me dejase ir inmediatamente. Conseguí no obstante resistir aquel impulso prematuro y mantener la atención, cosa que para mí tenía el atractivo de la novedad, sobre los más mínimos matices de nuestro abrazo. Sin duda, porque (al contrario de lo que había sucedido en mis relaciones con Teresa) me sentía por primera vez libre de toda culpabilidad. Así, nuestra «noche de bodas» tuvo una feliz corona:

cuando llegó el momento, me derramé con tal sensación de felicidad compartida que tuve la impresión de haber reconquistado la pureza.

Mientras recuperábamos el aliento, tiernamente enlazados, Florence me murmuró al oído, sonrojándose (nunca he podido admitir que se haga el amor a oscuras, porque es privarse de la mitad del placer).

—Quieres... ¿quieres... por el culo?

Que lo entienda quien pueda, pero el papel que acababa de desempeñar en la unión de Teresa y Philippe daba en aquel momento un carácter expresivo de culpabilidad para mí a la sodomía, por lo que no podía permitirme considerarla bajo un ángulo exclusivamente de placer. Más exactamente, la alegría que acababa de sentir haciendo el amor con Florence, no la podía imaginar renovada en esa forma culpable de unión (al mismo tiempo estaba pensando que mi rechazo no se justificaba de ninguna manera). Además, como ya creo haber dicho, incluso en aquella época, mi vigor era más bien modesto, y me encontraba bastante cansado.

—No, mi amor, ahora no, ya no tengo fuerzas...

Sin duda, Florence interpretó esta declaración como una llamada de auxilio, porque inmediatamente se metió entre las sábanas y antes de comprender lo que me sucedía, ya era prisionero de sus labios. Pude entonces maravillarme a placer ante la ciencia de aquella chica, que no tenía siquiera diecisiete años y que, menos experta que su amiga mayor en el arte de lamer una vulva, no tenía nada que envidiarle en el de chupar una verga. Y cuando digo ciencia, no hago alusión tanto a una gran experiencia cuanto a una generosa intuición para las cosas del amor. Las fuerzas que había creído perdidas volvieron a todo galope, y aunque Florence tuvo cuidado de retrasar el desenlace, este no tardó en producirse. Como yo había previsto desde el comienzo del episodio, no se escapó ni se ahogó lo más mínimo (aunque sin embargo estaba sumergida en lo más profundo de la cama) cuando inundé su boca. Minutos más tarde, emergió del remolino de las sábanas, acalorada y roja, me sonrió a través de los mechones rubios alborotados y se durmió como una niña pequeña.

El barullo de los pájaros del parque nos despertó. El gran ventanal dejaba entrar chorros de sol. Nos llegaban, desde muy lejos, ruidos de voces, algunas risas. Contemplé a Florence que todavía no había abierto los ojos. Por primera vez en mi vida había pasado la noche con una chica, una chica a la que amaba. ¡Algo infinitamente más conmovedor que hacer el amor e irse después cada uno a sus asuntos!, por lo menos a mi entender. Tal vez porque dos seres que se aman, una vez sumergidos en el sueño, el uno junto al otro, siguen soñando que hacen el amor. En todo caso estoy seguro de que Florence y yo nos despertamos al mismo tiempo porque teníamos ganas de hacer el amor. Florence abrió los ojos y nos miramos. No sé lo que habría en mi mirada, pero en la de Florence sólo había amor. Le cogí la mano y se la puse sobre mi sexo, en estado de soberbia erección. Luego hice un nuevo gesto, esta vez sobre ella, que era la respuesta a su tímida pregunta de la noche anterior. Porque yo sabía perfectamente que aquella mañana nada de lo que yo pudiera hacer con Florence podía ser malo, que todo sería amor y únicamente amor. Entonces, rápida, desnuda, saltó hacia el baño. A los dos minutos, volvía, se acuclillaba encima del lecho dándome la espalda y ofreciéndome sus bonitas nalgas redondas entre las que brillaba un surco de vaselina.

Creía que, al disponerme a encularla, me plegaba más al deseo de Florence que a satisfacer el mío. El placer moderado que había obtenido de la unión triangular de la víspera tenía mucho que ver en esto, y tal vez haya que recordar que la única experiencia previa me había resultado no poco dolorosa. Pero también en este punto Florence me reservaba alguna sorpresa. No sólo me introduje en ella con una facilidad que no había encontrado en Teresa, sino que se puso a emitir unos clamores, curiosamente modulados en acorde con el ritmo mismo de la penetración, que superaban ampliamente, en volumen y musicalidad, a los rugidos sordos que Teresa acostumbraba a producir en tales casos.

En ese momento Teresa entró en la habitación y se sentó a la cabecera encendiendo un cigarrillo. Por un instante, muy breve, tuve la impresión de que nos miraba igual que si hubiese estado viendo un programa de televisión. Y, sin embargo, su presencia no hizo sino encenderme aún más; Florence no hubiera podido sino

muy difícilmente, elevar más el tono de su cántico. Como estábamos descansados hicimos durar el placer y, para mi mayor satisfacción, no experimenté sufrimiento alguno con tan prolongado contacto. Pero, de todas formas, hubo que terminar. Teresa apenas si me concedió un beso ausente con el borde de los labios. Sospeché que las dos chicas tenían algo que contarse, así que aceleré mis arreglos (me había afeitado la víspera, y podía, sin gran problema, esperar al día siguiente para reiterar ese ejercicio varonil), y salí al jardín.

Debían ser más o menos las diez y hacía muy buen tiempo. El calor desacostumbrado y, sin duda, las emociones de la noche, me tenían en una especie de sopor lleno de encanto. Por lo demás, tampoco había dormido demasiado. Como tampoco sentía ningún hambre, mientras me dirigía hacia el palacio para desayunar, descubrí detrás de una cortina de follaje que los protegía del viento, unos colchones neumáticos que una mano previsora había dejado por allí. Me tumbé cómodamente en uno de ellos y no tardé en adormecerme. Una sensación placentera, primero confusa y luego cada vez más precisa, comenzó a traspasar las tinieblas en las que me había sumergido. Mi emersión venía acompañada por unas alegres risas. Un poco de mala gana, porque mis tinieblas eran de lo más agradable, me decidí a abrir los ojos.

Tendidas en los colchones neumáticos, dos chicas me miraban riéndose. Su traje se componía de unas de esas enormes gafas de sol redondas y azules que empezaban apenas a estar de moda, y de un cigarrillo. Pero ¿por qué se reían? La sensación agradable que había provocado mi despertar y que continuaba aumentando me puso sobre aviso: sobre mi vientre había una bolita rubia que se agitaba con ritmo regular y llevaba, también ella, unas grandes gafas azules. Era una tercera chica, tan poco vestida como las anteriores (o tanto, como se prefiera). Acurrucada entre mis muslos, me había desabrochado la bragueta y, enardecida sin duda por los consejos de sus vecinas, había elegido para despertarme el más dulce de los métodos. Aparte de lo placentero de la tosa en sí (la boca era extremadamente suave y, ¡cómo decir!, respetuosa), estaba lo disparatado de la situación que experimentaba con notable agudeza. Traté de identificar a mi despertadora detrás de sus gafas azules (casi no veía más que la parte de arriba de su cabeza), levantó la

frente para tomar aliento, se separó y me sonrió ampliamente. Reconocí entonces a mi conquista de la terraza, la rubita maciza, el último virgo del palacio de V***.

—¡Le ha costado bastante despertarte! —dijo mi vecina de la izquierda.

—Pero, para una principiante lo hace estupendamente —añadió la de la derecha.

—Buenos días, Catherine, eres muy amable despertándome así.

La alcé hasta mi nivel; no me gusta demasiado besar la boca de una chica que acaba de chupármela (incluso aunque no haya llegado al término de su empresa), pero no podía quedarme atrás a la hora de ser amable. Ella se reía de buena gana con la broma que me había jugado mientras yo acariciaba sus grandes senos redondos, tan blancos y bellos a la luz del sol. Empuñó entonces lo que sus labios habían dejado, lo que permitía entender que no estaba dispuesta probablemente a detenerse a medio camino. Cuando le pregunté cuál de sus tres enamorados caballeros había sido el preferido, me respondió mi vecina de la derecha, encogiéndose de hombros:

—El tercero, por supuesto.

Y la vecina de la izquierda comentó:

—La primera vez siempre hace mucho daño, sea por delante o por detrás.

—Entonces —siguió la primera—, si el chico sabe hacerlo, en la boca resulta, por comparación, casi anodino.

—¿Te hicieron daño? ¿Mucho?

Catherine dijo que sí, dos veces, con la cabeza.

—Pero Daniel me dio una pomada, me curó él mismo, y me dijo que ya no volvería a dolerme. Incluso si vuelvo a empezar hoy.

La rubia me miraba a los ojos, sin soltar mi sexo, que sujetaba con las dos manos. No estaba enamorada de mí, ni había en su mirada sombra alguna de sentimiento, sus ojos decían sin lugar a equívocos: «Quiero que me hagas el amor aquí, al sol, en este colchón de goma, delante de estas dos chicas con experiencia».

—¿Y has decidido ser fiel... al tercero?

Hizo un mohín mientras le acariciaba los muslos:

—Hemos quedado en que me acostaré con él de vez en cuando.

—¿Y con él sólo?

Cerró los ojos un instante mientras le apartaba con cuidado los labios del sexo.

—Tú. Tú, fóllame —dijo—. Ahora. Por favor.

Aquella falta absoluta de sentimentalismo, me conmovía bastante. ¿Y acaso no había merecido alguna recompensa por haber despertado mis sentidos embotados? Además, negarse hubiera sido, sobre todo delante de las otras, que no perdían ni una coma, ofenderla cruelmente. Pero un poco para vengarme por haberme puesto de aquel modo contra la pared, y otro poco por perversidad, pedí socorro a nuestras dos vecinas argumentando hipócritamente que un suplemento de caricias ayudaría a borrar el recuerdo de los sufrimientos de la noche anterior. Durante ese tiempo, mi dedo se aseguraba del grado de emoción de Catherine y del hecho de que la inflamación imputable a la desfloración hubiera prácticamente desaparecido. Las vecinas se hicieron de rogar un poco: interrumpía su baño de sol.

—¡Ah! Lo haré para ayudarte —dijo la de la derecha—: ¡Anoche tuve cinco!

—¡Cinco, dices! —repuso la de la izquierda—. A mí me tocaron siete. ¡Una auténtica puta, querida!

Mientras me desvestía, escuché nuevos detalles sobre los refinamientos aportados por Teresa a la organización de la lujuria en el palacio de V***. Nuestra vecina de la derecha, Mónica, una morena de formas rotundas que me manipulaba ya los testículos con mano firme y la más absoluta naturalidad, contaba que había pasado revista (nocturna) a los cinco continentes: en su cama se habían ido sucediendo un venezolano, un australiano, un danés, un vietnamita y un marroquí. Se acordaba sobre todo del vietnamita.

—¡Ah, sí! ¿El pequeño Dang? No está mal: un poco rápido, pero eficaz.

La vecina de la izquierda era Denise, una chica alta, bastante delgada, provista de una suntuosa cabellera caoba. Acariciaba con mano distraída los pechos de Catherine (confesaba no haber sentido nunca la curiosidad de «magrear» a otra chica, que por cierto no resultaba desagradable, como acariciar un gato, pero que para ella eso no tenía ninguna relación con lo que se llamaba el amor),

explicaba que Teresa le había gastado la broma de ponerla delante de todos los chicos con los que había tenido relaciones amorosas desde el último principio de curso (estaba estudiando en la universidad de la Sorbona). De aquel repaso, el que a fin de cuentas le había dejado hasta ahora el mejor recuerdo era, cosa curiosa, el primero de la lista, que había conocido el mismo día que empezaban las clases, y que desde entonces había olvidado casi por completo.

Estas confesiones se terminaron en cuanto Mónica y Denise decidieron prestarnos su ayuda sin limitaciones. La primera, seguía manteniéndome en estado de gracia, en tanto que la segunda, separando los muslos de Catherine metía dos dedos por la ranura con el fin de determinar si había alcanzado el grado de excitación indispensable. Después, nos llevaron literalmente uno hacia el otro, uno dentro del otro. Mónica cuidaba de que penetrase a Catherine en las mejores condiciones y el ángulo más favorable, mientras Denise ayudaba a que las piernas de mi pareja se cerrasen sobre mis riñones como le parecía conveniente. ¿Es necesario añadir que en condiciones tan elevadamente técnicas, la conjunción se realizó con la más perfecta exactitud? Fue una especie de maravilla en su género. Aprovechando nuestra acercamiento cuadrilátero, me resultó fácil introducir la lengua en la boca de Mónica, y el índice pronto seguido por el medio, en el coño de Denise; Catherine, por su parte, mientras Denise le besaba la boca y los senos, trataba de acariciar el culo de Mónica, pero demasiado absorta bajo las sacudidas que yo le producía, no conseguía grandes resultados. La cosa llegó a su fin, por lo demás, acelerada por la decisión de nuestras dos cómplices. Como si se hubiesen puesto de acuerdo de antemano, en el momento que consideraron oportuno, nos introdujeron un dedo en el ano, y Catherine y yo entregamos el alma.

Temo que habrá quienes juzgarán con no poca severidad mi comportamiento a lo largo del episodio que acabo de relatar. ¿No debía de haberme considerado feliz de haber obtenido el completo disfrute de una joven tan deliciosa como Florence, a la que amaba y que me amaba, y además el parcial pero indiscutible de Teresa, de la que no lograba alejar ni mi carne ni mi espíritu? ¿A qué venía

aquella gimnasia inútil en compañía de Catherine, de la que no estaba, ni mucho menos, enamorado, y que además agravaba con la complicidad desvergonzada de un par de libertinas? Podría invocar el clima no poco etéreo en el que Teresa sumergía a cuantos sufrían su influencia, es decir, en resumen, todos los invitados del palacio de V*** Podría también sostener que el lado escabroso de la iniciación de Catherine, y con mayor razón, mi participación tardía en ella, no me parecía que hubiesen alterado lo más mínimo el equilibrio de la joven rubia, que sin duda, era de esas de quienes se puede decir: «¡Esa sí que sabe lo que quiere!». En el Palacio de V***, conmigo o sin mí, no habrá aprendido más que a saber (y también a obtener), lo que quiere en el plano de la voluptuosidad.

No es menos cierto que el amor, que justificaba algo mi conducta en situaciones no obstante un tanto delicadas, no podría invocarse aquí en mi favor. Sólo el libertinaje explica esos actos, y hacer a Teresa responsable de ellos es una cobardía más que podría suponerme serias censuras. ¡Oh! No acuso a Teresa, ¿cómo hubiera podido hacerlo, con qué cara, habiéndola amado tan enloquecidamente, cuando quizá sigo amándola? Sin ella, puedo apostar que mi vida hubiera sido bien gris, bien sosa, ¡bien francesa! El fuego que ella puso en mi corazón se comunicó a mi vida, ¡hermosa vida! De la misma manera que el rayo incendia las sabanas. ¡Peor para las hierbas! Teresa se entendía como persona (segunda metáfora), desencadenando las grandes bestias lujuriosas agazapadas en el fondo de nosotros mismos: una vez que se han despertado, ya no hay forma de contenerlas. (En un sentido, las dos metáforas se reúnen, como las fieras, empujadas por el incendio de la pradera que las ahuyenta). Hemos visto, además, que a la misma Teresa le sucedía, víctima de su propia lógica del placer, imperativa hasta el vértigo, embriagadora, pero ineludible.

Pero tengo que renunciar a la filosofía, sobre todo a tan miserable manera de filosofar, si quiero llevar mi historia a buen puerto. Si hablo, si escribo, no lo hago para proclamar mi inocencia, bastante improbable, por lo demás, sino para poder hablar de Teresa. Al menos, por lo que me parece...

El excelente almuerzo que nos sirvieron aquel domingo de Pentecostés en el palacio de V*** permitió a cuantos se habían

quedado recuperar algunas fuerzas. Pero las filas se habían aclarado ya sensiblemente y, según todas las evidencias, la mayoría de los que prolongaban su estancia lo hacían más por deseo de disfrutar de las ventajas del lugar (continuaba el buen tiempo) que con intenciones libidinosas. Mi hermano regresó a París tan pronto como terminó el almuerzo. Florence, con la que paseaba de la mano por el parque, me dijo que ella volvía aquella misma noche, antes de cenar. No entendí muy bien las razones, que me parecieron poco evidentes, pero, después de todo, ¿no eran acaso sus razones? Cuando llegó la hora, la acompañé a «la alcoba de los recién casados», donde tan felices habíamos sido, a buscar su maleta. Nos dimos los más dulces besos. No era cosa de hacer nada más: el coche que llevaba a Florence salía a los pocos minutos. Me sentí repentinamente melancólico ante la perspectiva de la marcha de mi bonita amante, que, en apariencia, no compartía la tristeza de mi ánimo. Bruscamente, me dijo:

—Francis, amor mío, acaríciame una última vez...

Estábamos al abrigo de miradas indiscretas. Metí una mano bajo la minifalda de Florence y solté una exclamación de sorpresa:

—¡Cómo! ¿No llevas bragas?

—Acaríciame, mi amor, acaríciame...

Su sexo se puso húmedo en un instante, y Florence empezó a retorcerse y jadear bajo mi caricia. Y como seguía preguntándole la causa de aquella ausencia de ropa interior, terminó por confesar:

—Escucha, trata de comprender: volvemos cuatro en el coche, dos chicas y dos chicos. ¡Seguro que quieren follar!

—¡Zorra!

—Si digo que no, son capaces de dejarme en la carretera, en mitad del campo, de noche y con la maleta en la mano.

—Y entonces, prefieres que te folien.

—Sí. Además, soy la única chica de aquí que solamente se ha acostado con un chico...

Era cierto, y mi conducta no me permitía ponerme en plan de profesor de moral. Sin atacarme directamente, la respuesta de Florence me invitaba, sin embargo, a dar marcha atrás y dejar de lado mi tono de propietario. Seguí acariciándole un poco avergonzado, mientras nuestros labios y lenguas se entrechocaban.

Antes de irse corriendo, me lanzó:

—Te quiero.

Su marcha me dejó un tanto desamparado. Con los brazos caídos, si se entiende mejor así. No avanzaba. Veía, incluso, cada vez menos claro. ¿Puede imaginarse una situación más estúpidamente absurda? Amaba a Florence, y ella me amaba, y sin embargo iba a hacerse poco menos que violar por unos desconocidos al volver a París, mientras yo me quedaba allí sin saber por qué. Sí, en realidad, ¿por qué me quedaba en el palacio de V*** si mi hermano y Florence regresaban a París? El lector se reirá, sin duda y no sin escepticismo, ante tal grado de imbecilidad, pero puedo asegurar que todavía no había descubierto la solución del enigma cuando, ya de noche, me encontré con Teresa para cenar en la sala pequeña del palacio.

—Teresa, ¿cuántas fascinadoras amantes me has preparado para esta noche? —le pregunté con ironía.

Me miró con gran calma y dijo:

—Una sola: yo.

Fue como si me hubieran dado un par de bofetadas. Contemplé a Teresa con una mirada tan absolutamente estupefacta, que se echó a reír. Y sólo muy poco a poco, durante la cena, ayudado por la calidad de los platos y de los vinos, y por la atmósfera festiva de los convidados, que no pasaban de quince personas, logré ir haciendo pie de nuevo. Así pues, si había entendido bien, aquella noche tendría a Teresa para mí solo.

Había entendido bien. Teresa no esperó siquiera a las despedidas, y salimos juntos del castillo, hacia la habitación que habíamos ocupado Florence y yo. Teresa, que había pensado seguramente que aquella habitación tendría para mí unos recuerdos más dulces que los que evocaría la que ella había compartido con Philippe, había hecho que le llevaran allí sus cosas. Yo estaba que no sabía qué hacer. Imagínese lo que me sucedía: pasar una noche con Teresa, después de haber pasado una noche con Florence; ¿qué hubiera podido proponerme la más calenturienta imaginación que lo superase?

Teresa se divertía cariñosamente ante mi desazón. Me olvidé de abrazarla, de besarla, de acariciarla, listábamos ya desnudos,

empalmado que daba miedo, y tuve que preguntarle:

—¿Qué quieres que hagamos, Teresa?

En vez de reírse de la ingenuidad de mi pregunta, me contestó:

—Esta noche eres tú quien decide, Francis, mi amor...

El barullo de los pájaros del parque nos despertó. El gran ventanal dejaba entrar chorros de sol. Teresa me miraba y yo miraba a Teresa.

—Teresa, ¿eres mi mujer?

—Soy tu mujer.

—¿Y nada podrá separarnos ya?

—Nada podrá separarnos ya.

Nos enlazamos e hicimos el amor mirándonos a lo más profundo de los ojos. Aquella mañana, el pecado original había dejado de existir. Luego, dejando a Teresa con su pereza, entre las sábanas llenas de semen en diversos estadios de desecación, quise disfrutar del sol y salí, desnudo, a la puerta-ventana. Descubrí una figura: era Clara, que paseaba sola por el jardín. Le hice un gesto y se acercó, riéndose de verme con aquella facha, pero sin embarazo alguno.

—Bueno días, Clara. ¿Quieres pasar un rato?

—Si no molesto...

—¡No, no, por Dios!

Clara entró en la habitación y Teresa, un poco sorprendida, se tapó como pudo para encubrir su desnudez. Clara, con una sonrisa, se sentó al borde de la cama:

—¿Para qué te preocupas, Teresa?

—No te conozco, Clara, pero sé que eres absolutamente rebelde a los encantos de otras mujeres.

—Yo tampoco te conozco, Teresa, sólo sé que no eres rebelde a los encantos de otras mujeres.

Compartieron una risa cómplice, y encendieron sendos cigarrillos. Clara observaba atentamente a Teresa y no le ocultó sus conclusiones:

—Ni siquiera a nuestra edad ganamos mucho cuando nos levantamos de la cama, despeinadas, sin maquillaje, marcadas por el amor. ¿Serás la excepción? Te encuentro muy guapa, Teresa, así como estás.

—Tal vez porque soy feliz, porque acabo de hacer el amor...

—No sólo eso. Nunca te había visto tan de cerca.

—Yo tampoco. —Se hizo un corto silencio. Teresa continuó—: ¿Me permites que te diga por qué, me parece a mí, no te gustan las otras mujeres?

—Te lo ruego.

—Porque te devuelven tu propia imagen y es algo que no puedes soportar.

—Pero no odio los espejos.

—Seré más precisa: si tocas a una mujer, sabes exactamente lo que siente en este momento. Por ejemplo... —Y Teresa tomó la mano de Clara, se la puso sobre el pecho, y continuó—: Sientes casi exactamente lo mismo que si fuese yo la que tocase tu pecho. Es decir, que tienes conciencia de tu feminidad, de lo que hay en común entre tú y yo. De eso es de lo que tienes terror: lo que te gusta de los hombres es que destruyen, que niegan tu feminidad. Te enamoras de su virilidad, no de su individualidad...

—¿Piensas seducirme con tus argumentos, Teresa?

—¿He pretendido seducirte?

—¿Por qué no? No tendría nada de malo desde tu punto de vista, ni desde el mío tampoco. Pero si hay que ser seducida, prefiero serlo por la belleza de los restos más que por la de las ideas...

Teresa había apartado las sábanas que ocultaban mi busto. Tomó, esta vez, las dos manos de Clara y las puso sobre sus senos. Clara, sin apartar los ojos de Teresa, permaneció inmóvil un instante y empezó a acariciarle con extrema lentitud.

—Ya ves que no tengo necesidad de acariciarte —dijo Teresa.

—Es verdad, pero tal vez si lo hicieras...

Teresa llevó las manos al busto de Clara y la acarició a través de la camisa.

—Siempre he pensado que las mujeres besan mal, que no tienen más remedio que besar mal...

—En realidad, lo que temes es encontrar en el beso de una mujer los mismos procedimientos que empleas cuando besas a un hombre.

—Sí, ¿pero cómo eludir esa dificultad?

—Mediante el deseo. Besando solamente mujeres que te parezcan realmente bellas, mujeres que te atraigan de verdad.

—¿Y no es este el caso?

Y los labios de Clara y de Teresa se encontraron, recorrieron los de una la superficie de los otros, se separaron, se volvieron a unir hasta el momento en que Clara, tomando la iniciativa, inclinó la cabeza a un lado y hundió la lengua en la boca de Teresa que, todo ese tiempo, sujetaba con mayor frecuencia los senos de su interlocutora.

—No está mal —dijo Clara al cabo de un instante, pero sin abandonar su frialdad—. Besas de una manera muy interesante, Teresa.

—Tú también, Clara. Un beso de verdad es cosa que se hace entre dos.

—Tal vez, pero depende, como bien sabes, de quien tome la iniciativa. Que te bese yo o que me beses tú son dos cosas bien distintas...

Esta vez, fue Teresa la que tomó la iniciativa desabrochando, en mitad del beso, la camisa de Clara. Esta, cuando sus labios se separaron de los de Teresa, terminó de desvestirse mientras yo quitaba las sábanas que disimulaban todavía el vientre y las piernas de Teresa. Entre las dos mujeres desnudas hubo un breve momento de vacilación. Luego, Teresa cogió a Clara de la mano, se tumbaron una al lado de la otra, unieron sus labios y se abrazaron estrechamente. Clara fue la primera en recuperarse:

—Voy a ser franca, Teresa: me gustaría que me tocaras el sexo, pero yo no me siento con fuerzas de hacer lo mismo contigo. Todavía no.

Teresa no se lo hizo decir dos veces y, poniendo a Clara sobre el vientre, empezó primero a friccionar con rapidez el clítoris a través del bosque de pelos morenos, luego se paró con los labios menores y se puso a lamer el sexo de su bella alumna (¿he dicho ya que Clara, larga, delgada y armoniosa, era también muy bella?), cuyos suspiros demostraron muy pronto que no permanecía indiferente a aquellas caricias. Pero, cuando se interrumpieron, Clara declaró a Teresa:

—Teresa, eres una amante deliciosa, pero voy a decirte algo que

seguramente te sorprenderá: ahora, después de tus caricias, tengo ganas de un hombre, un hombre que penetre por el sendero que has desbrozado con tanta habilidad...

Teresa lo tomó muy bien y, apoderándose de mí sin dificultad, primero porque estaba muy cerca y después porque el espectáculo me excitaba notablemente, dijo entre risas:

—¡Pero mi querida Clara, si tenemos también de eso: basta con pedirlo!

—¿Me lo prestarías, Teresa?

—Pues claro, querida, a no ser que se niegue, cosa que me sorprendería en un libertino como él...

Y así fue como hice el amor con Clara bajo la mirada atenta de Teresa. Clara había permanecido boca abajo, y la tomé en esa postura. Me beneficié de las emociones despertadas por las caricias de Teresa y la vulva de Clara me pareció de una suavidad incomparable. Por eso, aunque había hecho el amor con Teresa apenas una hora antes, no tuve la menor dificultad para terminar, y homenajeeé con una deliciosa desearía a la amante de Daniel y de Richard.

Mientras nos lavábamos, me dijeron que volveríamos los tres a París en el mismo coche, en compañía de Daniel y de Richard. Y como hubiese empezado a hacer chistes tontos sobre los grupos de cinco, Teresa me replicó, bastante seca, que eso era algo que no le interesaba en absoluto. Clara, medio seria, comentó:

—Una historia entre tres es ya bien difícil de llevar.

A media tarde del lunes de Pentecostés abandonamos el palacio de V***. Richard conducía, Daniel iba a su lado; yo, en el centro del asiento trasero, con Teresa a mi izquierda y Clara a mi derecha. Me volví para lanzar una última mirada a los castaños en flor, a las flores rosas que dejarían huella en mi recuerdo: ¡tantas cosas habían sucedido en aquel palacio de V***! Teresa sorprendió mi mirada y murmuró:

—Los castaños en flor...

—¿Es cierto —pregunté—, que la flor del castaño huele igual que el semen?

—No lo sé —dijo Teresa.

—Además, no sabemos cómo huele el semen —añadió Clara,

haciéndonos reír a carcajadas a los tres.

—¡A ver la clase de los pequeños! —dijo Richard.

La clase de los pequeños dice que ¡una mierda! Lanzó Teresa furiosa.

Esta vigorosa afirmación de independencia tuvo un efecto muy positivo: el asiento delantero se desinteresó completamente de los hechos y gestos del trasero, que le devolvió su indiferencia. Casi inmediatamente, Clara y Teresa, cuya intimidad había nacido, como se recordará, aquella misma mañana, empezaron a jugar. Yo, colocado entre ellas, me aprovechaba con descaro, mezclando mis besos y caricias a los suyos. Teresa, que tenía gran interés en que su alumna hiciese rápidos progresos, no cejó hasta que Clara se decidió a devolverle la más íntima de sus caricias. Y muy pronto, Teresa estuvo tumbada hacia atrás, doblándose, y mostrando que tampoco ella llevaba bragas, estirando las piernas por encima de Clara y de mí, con los muslos abiertos delante de mi cara. Clara, poniendo las piernas de Teresa alrededor del cuello se arrodilló en el suelo del coche y con aquel estilo lento, concienzudo y circunspecto que tenía, se puso a jugar con los dedos, y después con los labios, la lengua y los dientes, en el sexo ofrecido a su apetito. Yo ayudaba cuanto podía a su empresa, sobre todo en las curvas (Richard conducía deprisa), porque el asiento trasero no había sido concebido, evidentemente, para aquel uso. Richard se limitó únicamente a advertirnos una vez:

—¡Cuidado! Entramos en la ciudad.

Pero Teresa se negó a interrumpir un ejercicio del que era indiscutible beneficiaria. No sin malicia, Clara resolvió acelerar el asunto. Sin interrumpir por ello las caricias destinadas a Teresa, me desabrochó la bragueta, empuñó mi verga erecta y, sin decir nada, la puso en el lugar de su lengua mientras hacía fuerza sobre mi cadera para facilitar la penetración. Teresa que, claro está, no se lo esperaba, dio un salto, gritando:

—¡Oh! Clara, ¡has cambiado de sexo!

Clara se reía de la jugada que le acababa de hacer a Teresa. Pero Teresa se negó a hacer el amor conmigo y se retiró a su esquina: se había enfadado. Entonces Clara, que seguía arrodillada a mis pies, decidió compensar la doble frustración de que me habían lucho

objeto. Tomó mi sexo en su boca y me acarició hasta que salió la leche. Pero, al contrario de lo que había sido habitual con Teresa y con Florence, cuando sintió llegar la descarga, se sacó mi pene de la boca y se pasó el glande por la cara, embadurnándose las mejillas, la nariz, hasta las pestañas. Conmovido, la limpié tierna y cuidadosamente con el pañuelo. Sólo entonces volvió a sentarse en el asiento y revisó su maquillaje sonriendo a Teresa, mientras el viaje terminaba en medio de un tiroteo de bromas y chistes salido del asiento de atrás, mientras el de delante permanecía encerrado en un mutismo lleno de hostilidad.

Los excesos del palacio de V*** fueron seguidos de un período sólo lleno de vacío. Entrábamos en período de exámenes, lo que no sólo concernía a Philippe, sino también a Teresa, a Florence, y a mí mismo. Para Florence y para mí se trataba simplemente del bachillerato, pero no dejaba de tener cierta importancia. Salíamos juntos de vez en cuando —las prohibiciones de Teresa ya no tenían vigor—, pero no hicimos el amor más que una vez. Me pareció que Florence deseaba que se disipasen los recuerdos demasiado presentes del palacio de V***. Como si esperase que recuperásemos, ella y yo, una especie de nueva virginidad (o de nuevo frescor, para quienes juzguen excesivo el empleo de la palabra «virginidad»). Volver, en definitiva, del libertinaje al amor era, supongo, su programa. Permanecemos castos, salvedad hecha de algunos besos y caricias cuando íbamos a bailar o, más a menudo, al cine. Yo seguía igualmente enamorado de su hermosa cara y de su cabellera luminosa. Y la conocía un poco más cada vez, porque, en el palacio de V*** no habíamos tenido demasiado tiempo para hablar.

Philippe, por su parte, estudiaba como un loco y Teresa no venía más que un par de veces por semana. Como se puede imaginar, Teresa era, de los cuatro, la que mayor bien había sacado de la estancia en el palacio de V***. Nada nublabla su esplendor. Sin duda hacía el amor de vez en cuando con su novio, al que seguramente había convencido de que no había ningún medio mejor para combatir la fatiga intelectual. No sé muy bien lo que Philippe pensaba: sin haber perdido su simpatía habitual, se había vuelto menos comunicativo aún que antes. Yo estaba convencido de que no sentía ningún rencor hacia Teresa ni hacia mí por lo que había

sucedido en el palacio de V*** (y que había admitido tácitamente de antemano excepto, claro está, la noche que pasé con Teresa y de la que nunca he sabido si fue o no informado).

Se habían hecho todos los preparativos necesarios para la boda. Tenía que celebrarse al día siguiente mismo del último examen de la oposición de Philippe, sin esperar a que se publicasen los resultados. Philippe demostraba de este modo su deseo de poner fin a aquella espera, insoportable a la larga, más aún que su certeza de obtener el título a que aspiraba. Tenía ganas de vivir con Teresa, cosa que ninguna persona sensata podía considerar objetable. La fecha estaba fijada a fines de junio.

Las cosas sucedieron como estaba previsto. Los padres de Teresa vivían separados desde hacía tiempo y se contentaron con enviar un telegrama y unas flores. Hubo, de todas maneras, un pequeño banquete íntimo en un gran restaurante de la orilla izquierda, en los muelles del Sena, en el que se reunieron apenas una docena de personas. Florence, a quien mis padres veían por primera vez, estaba a mi lado, y yo, no poco orgulloso. ¡Tanto como Philippe de su esposa! Como mi hermano esperaba tener que ocuparse pronto en funciones que le llevarían, con Teresa, muy lejos de París, habían decidido que el viaje de novios fuese en el mismo París. Mis padres dieron muestras de una rara delicadeza anunciando, durante la comida, que se iban de viaje aquella misma tarde. De ese modo dejaban su piso a los recién casados, encargándoles de cuidar de mi preciosa persona. Fue una maravillosa sorpresa, porque aunque tenían y demostraban un gran afecto a Teresa, la vida común en el mismo piso, no dejaba por ello de engendrar algunos pequeños conflictos.

Los acompañamos a Orly, donde tenían que tomar el avión para las Canarias. Yo seguía flanqueado por Florence y noté que mi padre se alarmaba un poco sin que lograra adivinar el por qué. Simplemente, se mostraba menos tonto que yo porque, apenas nos quedamos solos los cuatro, Teresa declaró:

—Ahora, Florence y yo iremos a buscar nuestro equipaje. Nos encontraremos en casa.

Si me hubiera caído un edificio de cuatro pisos encima no hubiera tenido mayor cara de susto, cara que hizo reír a carcajadas

a los otros tres. Pero en los ojos de Florence había lágrimas. La tomé en mis brazos y la besé. No necesitaba decir lo feliz que estaba, sabía que se me notaba, como se le notaba a Florence. Me sentía loco de contento. Pero, enseguida, me entró la inquietud: ¿qué dirían los padres de Florence? Teresa me aseguró que ella se ocuparía del asunto, y la creí sin dificultad. Las dejamos irse en un taxi y yo volví con Philippe. Estaba todavía tan afectado por la sorpresa que mi hermano me dijo riendo:

—¡Tengo la impresión de que la recién casada eres tú!

Una vez en casa, nos las arreglamos para hacer acogedoras nuestras habitaciones, sin ocultarnos que las chicas (entre nosotros las llamábamos «las chicas», y no «nuestras mujeres») pondrían también su granito de arena. De común acuerdo dejamos de lado el cuarto de nuestros padres. Felizmente, la cama de Philippe y la mía eran bastante anchas para servir de lechos conyugales. Teresa y Florence llegaron a su vez, y la vida en común se fue organizando poco a poco.

Empezaron entonces los mejores días de nuestra vida. La edad de oro, supongo. Éramos jóvenes, alegres y estábamos enamorados. Cada noche y cada mañana (y a veces por la tarde, si llovía, o si el cielo estaba gris, o con cualquier otra ausencia de razón), hacía el amor con Florence y Philippe hacia el amor con Teresa. Cuando no estábamos haciendo el amor o durmiendo, entre los cuatro se producía un combate perpetuo de amabilidades, bromas y gentilezas, la imagen perfecta de la felicidad cuando la felicidad está asociada no a la seriedad y la mesura, sino a la juventud y a una cierta forma de locura suave.

Recuerdo, no obstante, una noche que jugábamos a ese juego surrealista que se llama «preguntas y respuestas» en el que la pregunta tiene que empezar obligatoriamente «¿qué es...?», y la respuesta «es...». Por pura casualidad obtuvimos: «¿Qué es Teresa?: es..., los castaños en flor». Lo que nos animó a seguir en la misma dirección, pero con resultados menos felices. Así, Florence nos resultó «el tic-tac del reloj», mi hermano, curiosamente, «el coracero de Reichshoffen», mientras que yo me vi designado como el *prêt-à-porter*, lo que me puso furioso...

Pero, cuando miraba a Florence, tenía ganas de acostarme con

ella. Y cuando ella me miraba, también. Hay que pensar lo raro que era todavía en aquella época que la gente de nuestra edad pudiera vivir junta, día y noche, para comprender lo que tenía de milagroso para nosotros aquel mes de julio en París. ¡El papa no era de la familia...!

Pero eso era no contar con Teresa. No tanto con la voluntad de Teresa como con la especial irradiación de Teresa en nuestras existencias individuales. Desde cierto punto de vista, el piso de nuestros padres no albergaba dos parejas, sino a Teresa y a tres de sus amantes, entre ellos una chica. Aun cuando Teresa había considerado conveniente olvidarse por completo de sus relaciones amorosas con Florence y conmigo (cosa que podía pensarse puesto que ella siempre había deseado que estas relaciones fueran consideradas como provisionales, a la espera de constituir una pareja verdadera con Philippe), ¿tenía poder para evitar que alguna de las extrañas cosas del pasado volviese a la superficie? Y por otra parte, en su fuero interno, ¿deseaba realmente que cayese sobre ello el olvido?

Sucedía, por ejemplo, que Teresa y yo nos hubiésemos levantado los primeros. Encontraba a Teresa en la cocina, preparando café o lavando unos platos. Y aun salíamos, de los brazos de Philippe ella, de los de Florence yo, y nuestros pijamas salpicados de semen por todas partes fueran testigos de nuestras expansiones conyugales, ¿había medio de no intercambiar tiernos besos, de no acariciarnos el uno al otro? Me acuerdo de una mañana que Teresa llevaba por todo vestido la chaqueta del pijama de mi hermano y yo no pude resistir la tentación de deslizar una mano entre sus muslos. Y no solamente no llevaba nada debajo, sino que, sin la menor duda, ¡Philippe acababa de rendirle un homenaje seminal! Me quedé tan parado que Teresa, que se había echado a reír al principio, se arrodilló en las baldosas de la cocina y me la chupó un poco, como para hacerse perdonar lo que no tenía por qué serlo.

Aunque estas pequeñas cosas privadas se producían sin testigos (íbamos a buscar a Florence y a Philippe cuando el desayuno estaba listo), no iban a dejar de repercutir en la economía amorosa de la comunidad. A partir del momento en que se comenzase a torcer el estricto paralelismo de nuestras dos parejas, era de prever que

iríamos hacia la aventura. ¿Quién lo previo?, todos, sin duda. Pero ninguno pudo hacer nada contra el deslizamiento, insensible primero, pero cada vez más y más vertiginoso, que se apoderó de nosotros y nos precipitó en lo irreparable.

Una noche, después de cenar, por ejemplo, Teresa arrastró a Florence a un recíproco toqueteo, acompañado de besos ligeros y caricias sugestivas. Después desaparecieron, tiernamente enlazadas, dejándonos a mi hermano y a mí no poco molestos. Reaccionamos fingiendo una jovialidad que no sentíamos y bebiendo fuertemente, pero nos costaba disimular nuestra incomodidad. Es cierto que adivinábamos que Teresa deseaba evitarnos la saciedad excesiva, pero ¡de todas formas! Y por otra parte ¿a dónde habían ido? ¿En cuál de las tres habitaciones de la casa tenían lugar sus caricias?

Decidí ir a acostarme el primero y, al abrir la puerta de la habitación, estuve lo bastante inspirado para no encender la luz. En efecto, apenas había dado unos pasos en el interior cuando oí que había alguien durmiendo allí. Me desvestí en la oscuridad y me deslicé en el lecho, donde ocupé sólo una estrecha franja de terreno, para no despertar a las ocupantes. Pero la que dormía más cerca de mí hizo un movimiento y me colocó las nalgas en la parte alta de los muslos. Con la punta de los dedos alcanzó el sexo que me pareció suficientemente acogedor ya para tratar de acentuar ligeramente su apertura. La dormida suspiró y, enseguida, multiplicando las precauciones, me puse a hacerle el amor reduciendo al mínimo los movimientos necesarios. Pero nunca he llegado a saber si, a quien poseí en la oscuridad mientras dormía fue Florence o Teresa.

Cuando me desperté estaba solo en la cama. Sin embargo no era todavía la hora del desayuno. ¿Habían ido las chicas a refugiarse en la habitación de mis padres o se habrían reunido con Philippe? Si Teresa había decidido arrancarnos de la quietud conyugal, lo había logrado. Así, estaba del peor humor cuando de pronto pude ver las dos cabezas, la morena y la rubia, pasar por el hueco de la puerta. Mi cara de furor me valió una ducha de carcajadas y me volví obligado a serenarme. Después de todo, ¿cómo enfadarse con ellas? ¿Y por qué?

¡Pero ya había empezado todo! Una noche que estábamos

bailando, quedé sorprendido al constatar que Philippe apretaba mucho a Florence. ¿Se sorprenderá alguien si digo que lo constaté sin placer? La generosidad que había admirado en mi hermano, yo, sencillamente, no la tenía. Creí notar además que aquello tampoco era muy del gusto de Teresa. Florence, por su parte, parecía más que nada muy confusa. Estoy convencido de que ella era, por naturaleza, la menos libertina de los cuatro, y que los aires que se daba algunas veces (por ejemplo, a su partida del palacio de V***) estaban más inspirados por el deseo de demostrar que no se engañaba (ante mi fingida virtud) que por demostrar una verdadera propensión a la conducta fuera de normas. Pero ¿quién lo hubiera dicho de Philippe? ¿Es que Teresa nos empujaba al libertinaje o es que más bien ponía al descubierto nuestra lubricidad profunda, disimulada hasta entonces por las censuras de la buena educación?

En todo caso aquella noche fue Philippe quien tomó la iniciativa erótica cuya responsabilidad correspondía, de ordinario, a Teresa. Nos propuso, ni más ni menos, hacer un juego a cuatro, con la salvedad de que él y yo debíamos hacer primero el amor normalmente con nuestra «esposa» legítima y a continuación sodomizar a la «esposa» del otro. Hubo un instante de desazón, diría casi que de consternación, hasta que Teresa decidió recoger el guante. Lo que me sorprendía en la proposición de mi hermano, como una especie de evidencia, no era tanto lo escabroso de sus características como la especie de revancha disfrazada, pero evidente, que suponía respecto de aquella noche del palacio de V***, en que se había visto obligado a compartir a Teresa conmigo. Me ofrecía la ocasión de sodomizar nuevamente a Teresa delante de él, pero haciéndome pagar muy caro precio por su tolerancia. Como él, en el palacio de V***, no había rechistado, no rechisté.

Nos desnudamos y nos pusimos a hacer el amor en la moqueta del salón, aderezada con algunos cojines, él con Teresa, yo con Florence. Cuando tomé a Florence en mis brazos había un poco de tristeza en su mirada. Me esforcé por probarle sin decir palabra que nada había cambiado entre nosotros, y muy pronto se dejó llevar de la embriaguez carnal hasta parecer haber olvidado lo que la entristecía poco antes. Entre Philippe y yo se estableció entonces una curiosa competición, en la que se trataba menos de adelantar al

contrario que de llegar a la meta al mismo tiempo. Lo que no hizo, como se comprenderá, sino aguzar el aguijón de la sensualidad y, en efecto, llegamos al goce casi en el mismo segundo.

Apenas habíamos aflojado él y yo nuestro abrazo, y ya Teresa y Florence, como si se hubiesen puesto de acuerdo, nos apartaban y se precipitaban una sobre otra de cabeza, lamiéndose recíprocamente el sexo, absorbiendo golosamente cada una el semen eyaculado por el amante de la otra. Esta innovación, de género agravante, era demasiado típicamente «teresiana» para que tuviésemos que interrogarnos sobre su origen. Teresa, privada en principio de la iniciativa erótica, había logrado recuperarla en plena marcha a costa de una apuesta arriesgada en la que Philippe, probablemente, ni habría pensado. En efecto, sodomizar a una mujer que ya acababa de devorar el propio esperma tomándolo de otra mujer, sería más bien situarse en orden descendente que ascendente, considerado desde un punto de vista de estética erótica, donde la invención vale, normalmente, más que la rutina.

Sin embargo, aunque un poco tarde, separamos a las dos chicas, con objeto de cumplimentar la segunda parte del programa. La pequeña diversificación que Teresa había aportado al desarrollo de la fiesta nos había excitado a todos y, por mi parte, no tuve dificultad para dar por el culo a mi cuñada (es extraño que sea la primera vez que me viene a la pluma esta expresión; pero aquí está, y la conservo). El más sorprendido fue Philippe, cuando oyó a Florence cantar a grito pelado el lamento de la sodomizada. Ya debía de haber percibido algún eco lejano, pero era la primera vez que podía escucharla y apreciarla en sus menores detalles. Es cierto que era la primera vez que hacía el amor con Florence.

Al día siguiente, o al otro, ya no lo recuerdo con exactitud, estaba de visita en casa de un amigo cuando Teresa me llamó, alarmada, por teléfono. Negándose a todo comentario, me citaba dentro de media hora en una habitación de un hotel de la calle Sena. Adiviné por su voz que había sucedido algo grave. Sí, pero ¿qué?

Encontré a Teresa completamente deshecha. Ella, tan fuerte, tan segura, tan hábil... ¿qué podía ponerla en aquel estado? Iba y venía de un lado a otro de la pequeña habitación como una tigresa

enfurecida. Y luego, se detenía, y las lágrimas le subían a los ojos. La cogí por las muñecas y le exigí que hablase. Entonces, apartando la mirada, me dijo que había salido a la calle y que, al volver, había encontrado a Philippe y a Florence juntos, acostados.

Recibí el golpe en pleno rostro. No era nada, y sin embargo, algo se derrumbaba en algún lugar de mi paisaje. Me senté en la cama y Teresa vino a sentarse junto a mí.

—Me fui inmediatamente, vine al hotel y busqué el número de teléfono de tu amigo. Y aquí estoy...

—Era algo que teníamos encima, después de la otra noche...

—Sí, ya había notado que Philippe se interesaba por Florence cada vez más. Pero estaba tan convencida de que Florence no te quería más que a ti...

—Estoy seguro de que me quiere. Pero seguramente ha sufrido una decepción desde que vivimos juntos, al ver que sigo deseándote.

—¡Ah! ¿Por qué nos habremos rodeado de mediocres? Por lo menos, tú y yo somos de la misma raza: ¡ignoramos todas esas pequeñas revanchas mezquinas!

—No sé si las ignoramos. Pero estoy convencido, Teresa, de que revancha es la palabra exacta: revancha contra el destino que les has impuesto. Se sacuden el yugo...

—Y para ellos la mejor manera de sacudírselo es acostarse juntos, puesto que es algo que yo no he deseado nunca: quería que Florence fuese sólo para ti.

—Y un poco para ti, también.

—Es la revolución de los pueblos coloniales. ¿Qué hacer?

—No hay absolutamente nada que hacer. Tomarse las cosas lo mejor posible. Poner a mal tiempo buena cara.

—Basta de refranes. Déjate de sabidurías populares. Me enervas...

—Puedo irme.

—No, quédate. Hablemos de otra cosa.

—¿De qué?

—Tengo como un peso en el corazón. Necesito hablar.

—Cuéntame cosas que no se puedan contar. Cuéntame tu vida.

—No sabes la razón que tienes...

—¿Por qué? ¿Richard?

—No, antes de Richard.

—¡Ah! ¿Hay un antes?

—Sí.

—¿Qué no se puede contar?

—Sí.

—Cuéntamelo.

Nos quitamos los zapatos, Teresa se tumbó en la cama, encendió un cigarrillo y empezó a contar, mientras yo, apoyado en los pies de la cama, frente a ella, la escuchaba y la miraba:

—Como ya sabes, mis padres se separaron hace mucho tiempo, y yo me quedé con mi padre desde los diez años. Me entendía muy bien con él...

—¿Cómo es tu padre?

—Físicamente, no muy alto, deportivo, elegante, vigilándose estrechamente para disimular las primeras canas. En lo moral, un libertino absoluto. Vivíamos en la Costa Azul, en una magnífica casa rodeada de verdor, con piscina y pista de tenis y yo iba al instituto de Niza; tenía la sensación de estar todo el año de vacaciones. Mi padre tenía su oficina en la ciudad, pero se las arreglaba para quedarse en casa lo más a menudo que podía, y recibía visitas con frecuencia, especialmente femeninas. La casa era grande y nadie molestaba a nadie. Lo que sin embargo no evitaba que mi padre tomara toda clase de precauciones para no exponerme al espectáculo de diálogos demasiado íntimos. Pero, un día que me encontraba en la biblioteca de mi padre, llamó mi atención un verdadero clamor. Me picó la curiosidad y me acerqué a la habitación de mi padre, de donde provenían los clamores, teniendo buen cuidado de no ser vista por ninguno de los criados. Por suerte (era la razón por la que había logrado oír algo) la puerta de la habitación no estaba cerrada y conseguí, ayudada por el gran espejo colocado detrás del lecho, comprender lo que sucedía. Mi padre estaba de rodillas, desnudo completamente, sobre la cama, y daba por el culo a una mujer que estaba a cuatro patas delante de él. Y era la mujer, claro está, la que lanzaba aquellos clamores, al ritmo de las sacudidas lúbricas de mi padre. Yo tenía quince años, seguía siendo virgen, pero mi padre me había explicado mucho antes de

aquel día el mecanismo de la cópula y la fecundación. Y creí, al principio, que si mi padre poseía a aquella mujer por detrás, lo hacía penetrando en el sexo, como hacen los perros o los caballos (ya había visto a unos y otros). Pero no, eso no era posible, y el espectáculo que devoraba con los ojos no permitía que cupiera duda al respecto: mi padre hacía entrar su verga en el ano de la mujer, sin duda, porque la veía en parte algunos momentos, ¡lo suficiente para percatarme de su grosor y su dureza! Entendía mejor aquellos gritos comparando mentalmente las dimensiones del miembro paterno con las estrecheces de mi propio ano: debía de hacerle mucho daño. Sin embargo, en los gritos proferidos había más de voluptuosidad que de dolor propiamente dicho. Vi a los amantes caer hacia adelante tras un empujón más violento y sin duda definitivo, mientras a mi padre se le escapaba una exclamación de placer a la que pronto siguieron los suspiros decrecientes de satisfacción de su amante. Al retirarme, me di cuenta de que seguía teniendo en la mano el libro que acababa de coger un poco al azar en la biblioteca de mi padre; se titulaba *El revólver de cabellos blancos*. Lo abrí y me fijé en una frase que me apresuré a copiar a lápiz en la puerta de la habitación de mi padre: «Queda rigurosamente prohibido bajo pena de expulsión inmediata y definitiva, sea quien sea, y a pesar de cualquier provocación de que pueda ser objeto, realizar dentro de los límites cerrados por la muralla del parque, el acto del amor...». Te hace reír, pero yo guardo de lo que hice, vi y oí aquel día, un recuerdo de una precisión increíble...

—Si he entendido bien, aquel día fue el que descubriste los misterios del amor...

—Sí. ¿Cómo decirte? Antes, ya había entendido bastantes cosas, pero no había sentido nada. Las frases de los chicos y las miradas de los hombres me habían hecho comprender que era guapa. Había tenido algún *flirt* en la playa, o en los guateques; me habían besado en la boca algunos chicos, me habían tocado los pechos, un par de veces la braguita. No me disgustaba, pero no había tenido ninguna revelación y pensaba que mis compañeros de clase daban demasiada importancia a todas esas cosas. Una vez, sin embargo, un chico que me había llevado al cine fue demasiado lejos: en plena

película, de vaqueros, me acuerdo, me había cogido la mano y me había obligado a empuñar su sexo, en erección, ¡fuera de la bragueta!

—Lógicamente, la revelación debiera de haberse producido ese día...

—¡Pues no! Lo que me abrió los ojos fue el descubrimiento de la perversión, en aquel caso, la sodomía. El profundo trastorno que sufrí se debía, me parece, a un razonamiento tan ingenuo como este: si mi padre hacía el amor de distinta manera que los otros era porque sabía más del tema, que en el amor había algo distinto de lo que encontraba cualquier recién llegado. De golpe, el amor era una cosa interesante. Al decir amor, quiero decir las relaciones sexuales entre hombres y mujeres. Como entonces era muy inocente, hice una pequeña encuesta por el lado sodomita. Una compañera me explicó lo que hacían los maricones, de los que nunca había tenido ni idea. ¿Mi padre era, pues, un maricón? No, puesto que sabía que le gustaban las mujeres. ¿Entonces? Me costó mucho trabajo descubrir que algunas veces se hacía eso también con las mujeres. ¿No lo había comprobado? Sin duda, pero mi padre hubiera podido ser el único (¡mi admiración por él sólo hubiera podido aumentar!). Me quedó claro, por lo menos, lo relativamente raro de la costumbre...

—¡Qué remilgada te pones!

—¡Cállate, burgués asqueroso...! Y el violento sabor de la expresión «dar por el culo». Unos meses más tarde, en tanto que el trastorno producido por los hechos de aquel día famoso seguía teniendo efecto, se produjo un suceso, aparentemente sin relación con lo que te acabo de contar. Mi padre y yo jugábamos de vez en cuando al tenis. Una tarde pesada y tormentosa, disputamos un partido tan duro que el polvo y el sudor nos convirtieron en mostraos. Había ganado yo, por poco, pero había ganado, y estaba muy excitada (se acercaba la tormenta). Tiré la raqueta al suelo y desafié nuevamente a mi padre: «¡A ver quién llega primero a la ducha!». Echamos a correr todo lo que el agotamiento nos permitía en dirección a las duchas, que estaban cerca de la piscina, en una caseta muy agradable. Puse el pie en el suelo de la ducha unos instantes antes que mi padre, pero él giró inmediatamente la llave y

en un segundo estuve empapada como una esponja. Él se precipitó a su vez a la ducha y quedó igualmente empapado. Aquello nos hizo reír como locos. Y casi con el mismo movimiento, nos arrancamos la ropa, la poca ropa que nos cubría, ahora chorreante de agua: polo, pantalón corto y, finalmente, slip. Estábamos completamente desnudos bajo la ducha, cara a cara, mi padre y yo, despeinados, mojados y riendo. Con un rápido gesto, mi padre cogió una gran esponja natural, bien redonda, y se puso a enjabonarme la espalda, los senos, los muslos, el vientre. Yo me dejaba hacer, me hacía cosquillas a veces, pero era muy agradable. Y, casi por casualidad, bajé los ojos y vi (a través de los cabellos pegados a la frente) el sexo de mi padre ponerse en erección y levantarse hacia mí. Espectáculo fascinante, perfecto para halagar mi vanidad: mi padre, que tenía tantas amantes guapas y que sabía hacer el amor tan bien, ¡se empalmaba ante mí! Sin duda, había adivinado que me había dado cuenta cerró la ducha, se puso a toda prisa un batín azul marino y me envolvió en una toalla inmensa de un naranja vivo (sí, mis recuerdos son muchas veces en tecnicolor). Luego, me cogió en brazos y me llevó corriendo (¡una chica de quince años ya no es un bebé, sin embargo!) al borde de la piscina, y me dejó sobre un gran colchón neumático. Una espesa cortina de cipreses protegía la piscina de la vista de la villa, evitando que nos vieran. De todas todas, creo que nada nos hubiera detenido en aquel momento, ni siquiera la idea de sentirnos observados. Mi padre se arrodilló a mi lado y empezó a fricciónarme a través de la toalla. El pretexto era, naturalmente, secarme, pero él y yo sabíamos que aquello no era más que un pretexto. En efecto, las fricciones se transformaron enseguida en caricias por todo el cuerpo. Yo me dejaba hacer, como una muñeca, pero sin apartar los ojos, tras las pestañas semicerradas, del que me acariciaba. En un momento dado quiso besarme, pero volví la cabeza instintivamente, y no insistió. El beso había de quedar, curiosamente, proscrito entre nosotros, al menos... pero no anticipemos. Se entretuvo entre mis muslos. Finalmente, abrió la toalla y contempló mi cuerpo desnudo. Estaba a cuatro patas, encima de mí, y veía perfectamente que su excitación no había disminuido, como demostraba el bulto del batín. Su mirada se posó en la mía y me dijo con dificultad:

—Vete. Vete deprisa o me pondré a hacerte el amor.

No me moví. No respondí. Entonces, colocó las manos sobre mi pecho y empezó a acariciarme con mucha mayor suavidad y ternura que todos mis anteriores pretendientes. Luego chupó largamente los pezones y se detuvo para preguntarme:

—¿Eres virgen, verdad?

Me sentía incapaz de articular sonido alguno. Me contenté con bajar los párpados en señal de aquiescencia. Entonces, me separó los muslos, me acarició primero con la punta de los dedos, rápidamente, el clítoris, luego, lentamente, los labios del sexo, hasta que se entreabrieron. A partir de aquel instante, no utilizó más que lengua y boca. Me entró una especie de embriaguez, balbuceaba palabras incomprensibles, al fin, cerré los ojos. Volví a abrirlos un poco más tarde, porque tenía la sensación de que me había abandonado, pero no era así: mi padre se había echado hacia atrás sólo un momento para quitarse la bata azul marino, y volvía hacia mí, desnudo, con el sexo levantado. «¡Fóllame! ¡Fóllame!», pensaba yo, eligiendo con toda intención una palabra que sabía grosera. Y, en lo más profundo de mí, otra voz más secreta repetía una expresión aún más atroz: «¡Dame por el culo! ¡Dame por el culo!». Pero mis labios no se abrieron sino para exhalar una especie de gemidos. Me levantó delicadamente las nalgas mientras permanecía vertical entre mis muslos. Y cuando su sexo y el mío estuvieron al mismo nivel, entró en mí tan fácilmente como se abre una puerta. Sin embargo, observaba con inquietud en mis facciones los signos trágicos de la desfloración. En efecto, por bien que me hubiera preparado, hubo un momento en que me crispé con un dolor intolerable, y luego, intenté instintivamente desasirme entre contorsiones. No lo permitió sino que, por el contrario, sin brutalidad pero con firmeza, prosiguió su penetración. Grité, en tanto que mis ojos se llenaban de lágrimas. Entonces, conmovido por herirme, pero en el colmo de la excitación al propio tiempo, se vino sin que se le pasase por la cabeza la idea de retirarse sino, al contrario, como si hubiese decidido no privarme de la más mínima gota. En aquel mismo instante estalló la tormenta, y se abatió sobre nosotros un violento chaparrón.

Teresa se interrumpió. Estaba emocionada en el máximo grado.

Se levantó, fue hasta la ventana, miró sin verlo el rebullir de la calle Buci y, un poco más calmada, volvió a tumbarse en la cama encendiendo un nuevo cigarrillo. Se me había quitado (¿hace falta precisarlo?) las ganas de bromear, y aguardaba la continuación del relato de Teresa con el corazón en un puño.

—Aquel día, y los siguientes, me enseñó a tomar todas las precauciones posibles e imaginables... Me enseñó a lavarme y, además, me familiarizó poco a poco, con la complicidad de un médico amigo suyo, con todo el muestrario de los instrumentos anticonceptivos, del preservativo al diafragma intrauterino. Me había tratado con tanto cuidado que desde el día siguiente al de mi desvirgamiento pudimos hacer el amor sin que me produjese ni el más mínimo sufrimiento. Durante todo un mes fuimos unos amantes insaciables. En cuanto estábamos solos, caíamos el uno en los brazos del otro. Sólo nos detuvo la llegada de la regla... Me cabía, además, la satisfacción de verle descuidar casi ostensiblemente a sus amantes habituales, hasta el punto de que se produjeron algunos altercados. Pero, al parecer, no le preocupaba nada, y tuve que reprochárselo, porque tenía miedo de que los celos de aquellas damas las llevasen a descubrir la causa secreta de la frialdad de su amante. Porque no hubiese querido en lo más mínimo que mis relaciones incestuosas fueran conocidas por nadie, dado que pensaba que eso me hubiese acarreado más daño que a mi padre y que, de todas maneras, no era algo que pudiera eternizarse. Fui yo, pues, la que, hasta cierto punto, le empujé a recuperar a sus antiguas amigas, lo que, evidentemente, le llevó a dedicarme un poco menos de ardor y de tiempo...

—¿Y se había realizado tu deseo secreto en ese tiempo?

—No. Si entiendo bien lo que quieres decir. Era lo único que faltaba en mi formación. Una tarde, en efecto, cuando terminamos de hacer el amor y estábamos tumbados uno al lado del otro en mi cama (él prefería venir a mi habitación en vez de llevarme a la suya), yo estaba jugueteando con sus cojones y se puso a hablarme del placer que la mayoría de los hombres encuentran haciendo el amor en la boca de sus amantes. Era una idea nueva para mí, pero interesante, en la medida en que alimentaba mi inclinación instintiva por las perversiones. No obstante, decidí recalcar no la

cosa en sí, sino la palabra que mi padre acababa de pronunciar: «amante».

—En definitiva, ¿soy tu hija o tu amante?

Se quedó cortado un instante.

—En este momento, eres mi amante.

Afirmé con la cabeza.

—Entonces, tienes que hacerme el amor en la boca.

Quedó hechizado ante mi dialéctica. Pero, en fin, la invitación había sido lanzada y había en él demasiado libertinaje, o deseo, o los dos a la vez, para que no la cogiese al vuelo. Además, había vuelto a empalmarse gloriosamente a medida que le iba preguntando por algunos detalles técnicos, y se iba poniendo cada vez más nervioso. Me tocaba, pues, actuar...

—Teresa, me das miedo...

—Pero tonto, si no es nada. Esa es la manera que tengo de lanzarme siempre ante lo que viene. Y entonces, hay que hacer lo que hay que hacer, o quedar mal.

—¡Ah!, tienes una forma de presentar las cosas...

—¿Te asusto, mi amor? Siempre te he asustado, pero te quiero.

—Te detesto. Sigue, mi amor...

—Pues bueno, creo que es una cosa de la que los chicos nunca se dan cuenta del todo, pero meterse en la boca el sexo de un hombre exige un cierto heroísmo por parte de una chica. Es una locura. Es una prueba de amor más grande que dejarse montar, porque hace falta una determinación extraordinaria o, lo que viene a ser lo mismo, un grado de inconsciencia difícil de imaginar. Y con mayor razón cuando es la primera vez. Y con mayor razón cuando el sexo que la chica mete en su boca es el de su propio padre. Así que puse en mi boca el sexo grueso y duro de mi padre que, con la infinita delicadeza habitual, me explicó todos los refinamientos necesarios. Por fin, tuve la boca llena de semen. Mi demonio me inspiró entonces una perversión suplementaria. ¿Recuerdas que siempre me había resistido a dejarme besar en la boca por mi padre? Pues entonces, apenas se corrió, me levanté hasta él y pegué mis labios a los suyos, devolviéndole así buena parte de su propio esperma. No pareció molestarse demasiado por mi iniciativa, e incluso la aprovechó para enlazar su lengua con la mía. En cuanto pude

recuperar el aliento, me eché a reír.

—¿Qué te hace reír? —me preguntó maravillado al descubrir que era todavía más cínica que él.

—Pienso en todos los hermanitos y hermanitas míos que nos acabamos de tragar.

Se quedó, de pronto, estupefacto por unos instantes, antes de decidirse él también por la risa. Pero yo sentía, vagamente, que en su interior estaba un tanto escandalizado...

Me entró tal risa que por poco me ahogo, risa que se contagió igualmente a Teresa. Le besé los pies y le dije:

—¡Ah! ¡Eres el mayor monstruo que haya engendrado la tierra! Al lado tuyo el marqués de Sade es un niño de teta...

—¡No blasfemes! Sin embargo, mi padre, obedeciendo a mis propios deseos, había vuelto a su ritmo habitual de cinco a siete, y me sacrificaba un poco en beneficio de sus amantes o de sus juergas, de lo que me lamentaba por las razones que ya he explicado. Por mi parte, continuaba mi aprendizaje de la perversión, explorando otros terrenos. Como mi padre ya no podía prohibirme nada, lógicamente, fui cogiendo numerosas obras eróticas de su biblioteca particular, y en ellas encontré los ánimos necesarios para desarrollar las aficiones lésbicas que desde hacía tiempo me había notado, pero que nunca habían tenido ocasión de manifestarse. Las *Memorias de una cantante alemana* o *Gamiani*, entre otros, estaban llenos de todas las precisiones necesarias. Y además, podía siempre preguntar a mi padre los puntos oscuros, aunque apenas si quedaba alguno. Así, con la excusa de ir a escuchar discos, darnos un baño en la piscina o jugar al tenis, empecé a invitar a las compañeras del instituto que más me gustaban. Luego, procuraba aprovechar el más mínimo pretexto que favoreciese un beso o una caricia. Bailar con una chica, ayudarla a quitarse el biquini o secarla después de la ducha (el truco de mi padre, utilizado con descaro) me permitían evaluar con bastante rapidez el grado de resistencia posible. Mi seguridad, y el ascendiente que desde aquel momento tenía sobre muchas de las chicas, hicieron el resto. Encontré muchas menos rebeldes de lo que me esperaba, aunque la mayoría, por miedo o por ignorancia, y a despecho de todos mis esfuerzos de persuasión, se limitó a los besos

y a las caricias manuales. Llegué a acostarme bastante regularmente con tres o cuatro de mis condiscípulas, hasta el punto de que, en poco tiempo, estaba hecha una lesbiana curtida. Lo más difícil, por supuesto, era manejar los terribles celos de aquellas señoritas, tanto más propensos a manifestarse cuanto que se trataba, a menudo, de chicas que iban a las mismas clases que yo. Pero también de eso me salí sin excesivos trabajos...

—¡Evitar la cizaña entre las ovejitas blancas!

—Mi padre no tardó en sospechar algo, y como puedes imaginar, la cosa le hizo la boca agua. Sobre todo porque escogía únicamente chicas preciosas (siempre me ha horrorizado la lesbiana militante, fortachona, de corbata, pelo corto y tipo *boy-scout*). Mi padre sumó sus amabilidades a las mías, contando con aprovecharse del filón. Lo que no dejó de producirse. Una tarde, como por casualidad, entro en mi habitación en el momento en que dedicaba mis más tiernas caricias a una guapa rubia que se parecía un poco a Florence. Pidió perdón, pero se sentó al borde de la cama y, aprovechándose del azaro de la chica, aterrada de haber sido sorprendida, se introdujo con tanta habilidad en nuestro juego que no hubo manera de liberarse de él. Yo estaba furiosa, pero decidí tomar las cosas como venían y ayudé incluso a mi padre a triunfar sobre la débil resistencia de mi pequeña amante, que fue desvirgada convenientemente ante mis ojos. Ella, obedeciendo a los imperativos de una lógica muy femenina, me reprochó mi complicidad, ¡sin duda para librar de culpa al que la había desflorado! Como no tenía interés alguno en que mi padre continuara cazando furtivamente en mis tierras, tuve que desplegar verdaderos prodigios de astucia para evitar que se reprodujesen incidentes semejantes. Por otra parte, dejé pronto, de mantener relaciones sexuales con él, primero para hacerle ver mi enojo, y luego porque ya no tenía nada nuevo que aprender de él...

—¿Y había seguido ignorando tu llamada secreta?

—Sí. Precisamente esa ignorancia vendría a producir el desenlace...

—¡Ja, ja, ja!

—Si te burlas no te cuento nada más.

—Perdona, mi amor. No lo haré más...

Teresa se encogió de hombros y siguió:

—Cumplí dieciséis años a finales de septiembre. ¿Sabes qué regalo de cumpleaños me hizo mi padre?

—¿Un consolador?

—¡Idiota! Las obras completa del Marqués de Sade en una edición soberbia, encuadernada en cuero. Extraño regalo de un padre a su hija el día que cumple dieciséis años, ¿no? Regalo un poco envenenado, que había de volverse contra el que lo hizo. Pocos días después de mi cumpleaños, mi padre me dijo que íbamos a recibir la visita de un joven amigo suyo acompañado de una «amiguita». Mi padre parecía muy impresionado por aquel joven: me lo describió como un dandy forrado de oro y cubierto de mujeres, y me dio a entender que la «amiguita» que vendría con él era necesariamente provisional. La pareja pasaría dos tres días en casa, y mi padre deseaba que les causase buena impresión.

—¿Pretendes que pida mi mano? —dije.

Elevó los brazos al cielo.

—¡Oh! No es de los que se casan... —me replicó.

—¿Has adivinado de quién se trataba, pequeño?

—Esta vez sí. ¿Era Richard?

—Era Richard. Con ese don que tiene de hacerse antipático en cuanto se le ve, don que, por lo demás, cultiva celosamente. Tan pronto como me fue presentado, le odié, y él se dio cuenta, lo que le hizo sonreír de una manera que me dejó un poco desarmada. Pero al mismo tiempo, sucedía algo más: mi padre, que por lo general sabía mantener el tipo, quedó absolutamente impresionado por la «amiguita» de Richard, una bonita *starlette* bastante hueca, que perdió de golpe el control de sus desdenes y sus poses y sucumbió al encanto de aquel Don Juan canoso...

—¡Cómo hablas de tu padre!

—Te voy a dar una torta... Aquella disparatada situación me divertía terriblemente. Richard, en cambio, después de haber intentado tomarse las cosas con humor, se puso rabioso. ¿No quedaba en la dolorosa situación del play-boy que ve como le quita públicamente su dama el primero que llega? También para mí aquello resultaba divertido. Y sin embargo, en cierta medida, aquello me hizo a Richard menos odioso: adivinaba que en el fondo

estaba menos herido en su vanidad masculina que molesto por una falta de gusto. Así, cuando al terminar una deliciosa cena salimos al jardín de la villa a tomar el fresco, me decidí a acercarme a él. Un poco, lo confieso, para vengarme de mi padre. Este, iba delante con la «amiguita» de Richard, y no cabía la menor duda de que en el primer lugar propicio, caerían el uno en los brazos del otro. Pedí fuego a Richard. Encendió mi cigarrillo y el suyo, me miró y me dijo:

—No te creas en la obligación de hacerme compañía. No me perderé. Ni tampoco necesito que me sequen las lágrimas.

Esperaba una reacción de ese tipo así que opté por el cinismo:

—Por lo que me habían contado de ti, me parecía simplemente que no te gustaba dormir solo.

Tocado en la herida, se detuvo a mirarme.

—¿Estarías dispuesta a sacrificarte a las leyes de la hospitalidad?

Le repliqué en el mismo tono:

—Lo que sé sobre todo, a pesar de mi juventud, son las crueles necesidades que engendra la costumbre.

—Hablas como Corneille.

—Y tú como Valmont.

Desarmado, se echó a reír.

—Eres una zorrita encantadora.

—¿Zorra por qué?

—¿No acabas de proponerme que me acueste contigo?

—Sí, pero por puro buen corazón.

—¿Caridad?

—Caridad.

—¡Puaf!

—¡Ah! Hubiera preferido decirte que me pareces irresistible...

—Pero, por desgracia, me has encontrado de lo más antipático desde el principio.

—Absolutamente.

—Todas las mujeres con las que me he acostado empezaron encontrándome muy antipático.

—¿Y estoy destinada, pues, a formar parte de esa turbamulta de desgraciadas?

—¿Sigues creyendo que vamos a acostarnos juntos?

—¿Y qué se opone a ello? Tú harás el amor por costumbre, yo por caridad cristiana.

—Basta ya de sandeces. Me aburres.

—¿Quieres privarme de esta ocasión de ser útil a mi prójimo?

—Si sigues en ese tono, te doy bofetada.

—Bueno, pues me callaré. Pero no eres nada gracioso. Hubo unos momentos de silencio durante el cual no se oyó más que el ruido de los pasos sobre la arena del camino. Continué: sé lo que te detiene. Los seductores quieren seducir. Cuando alguien se les echa al cuello antes de que se les haya ocurrido siquiera la idea de seducir, sienten repugnancia.

—Eso es un cliché. Lo que me intriga, precisamente, es que tú no estás seducida. Entonces, ¿por qué tienes que arrojarte en mis brazos?

—¿Y si eso fuera mi secreto?

—Lo admito. Pero sea cual sea ese secreto, ¿dónde ves tú el interés que puede tener para mí acostarme con una chica que no me desea?

—En primer lugar, en el hecho de que es menos vulgar que lo contrario.

—Sí.

—Y luego, que soy guapa.

—Sí.

—Tengo dieciséis años.

—No es de despreciar.

—Y ya no soy virgen.

—Mucho mejor.

—Y, finalmente, que te lo propongo.

—Es verdad —se calló un instante y añadió—: Todos esos argumentos son perfectamente válidos. Al menos para mí. La prueba está en que me han puesto cachondo, si entiendes lo que quiero decir.

—Lo entiendo —dije pasándole la mano por la bragueta.

—Sin embargo...

—¿Sin embargo?

—Sin embargo tienes que saber a lo que te expones.

—Dímelo.

—Si me acuesto contigo, te daré por el culo.

—¡Por fin!

—Por fin, ¿qué?

—Por fin.

—¿Estás de acuerdo?

—Te lo pido por favor.

Teresa había vuelto a pasear por la habitación del hotel. Parecía infinitamente más tranquila. Se apoyó de espaldas en la ventana y terminó su historia:

—Fuimos a la habitación preparada para él y para su «amiguita» y todo sucedió como había sido anunciado. Me hizo mucho daño, pero luego se mostró lleno de atenciones y me cuidó lo mejor que pudo. Dormimos un poco y cuando nos despertamos le pregunté:

—¿Piensas que podrías soportarme durante un año?

—¿Pretendes que te rapte y vivamos juntos?

—Sí. Un año. Ni un día más ni un día menos.

—¿Cómo si firmásemos una especie de contrato?

—Sí.

—Nunca he vivido tanto tiempo con la misma mujer.

—Es un riesgo a correr.

—¿Y tu padre?

—Tú te comprometes a hacer que continúe mis estudios, a cuidar de mí, etc.

—En resumen, que cambias de padre.

—No, cambio de amante.

—¡Ah!

—Otro detalle.

—¿Cuál?

—Soy lesbiana.

—Interesante. Yo soy homosexual.

—¡Debía de habérmelo imaginado!

Nos echamos a reír. Mientras preparaba mi equipaje, sin olvidar de meter mi regalo de cumpleaños, redactó una carta para mi padre en la que le rogaba que no presentase denuncia y se comprometía no sólo a cuidar de mí sino a informarle regularmente del estado de mi salud y de mis estudios. Al dorso de la carta, escribí a lápiz y con mayúsculas: «FALTABA UTILIZAR MI CULO. YA ESTA HECHO. TERESA».

Richard, después de haber leído lo que acababa de escribir, me miró con una sonrisita, con aire de decir «Bueno, me he embarcado con un pájaro bien raro».

—¿Te arrepientes? —le pregunté.

—No, al contrario. La cosa empieza a interesarme.

—Entonces, ¿sabes una cosa?

—No.

—Me has dado por el culo y ni siquiera me has besado.

Y nos dimos nuestro primer beso...

Consideré entonces que Teresa había hablado suficientemente del pasado. Y como su relato le había permitido olvidar sus inquietudes presentes, le hice ver que tenía algo de aberración tomar una habitación del hotel solamente para celebrar una conferencia. Estuvo de acuerdo fácilmente y la ayudé a quitarse la ropa mientras ella me rendía el mismo servicio. Era la primera vez que nos encontrábamos solos en la misma habitación desde nuestra última noche en el palacio de V***. Cuando estuvimos desnudos el uno frente al otro nos sentimos invadidos por una gran emoción: nuestro beso fue, propiamente, devorador. Después, la llevé a la cama para empezar otra vez, la sesenta y nueve, y tratando de secar la humedad que el relato de sus antiguas hazañas había acumulado en su ranura, ella, mordisqueándome los cojones o el glande para llevarme al mismo grado de excitación en que ella estaba. Pero no parecía posible responder más amorosamente a la confesión que me había hecho que dando cumplimiento (aunque fuese a *posteriori*) al deseo que implicaba. Tuve que tomar de la humedad dicha con qué irrigar un poco, a falta de cosa mejor, el túnel rectal de Teresa, en cuyas estrecheces hice penetrar, uno tras otro, desde el meñique hasta el pulgar, todos los dedos de mi mano derecha. Pronto consideré que el camino estaba expedito, pero por excepción (contrapartida sin duda de la historia de los primeros amores de Teresa) mi pija parecía de cemento armado. Y cuando enculé a Teresa me pareció que sus gritos se oían en toda la calle Buci...

De vuelta a la tierra, convinimos que lo mejor era no mostrar ningún mal humor por el descubrimiento de los amores de Florence y Philippe (me resultaba duro admitir incluso esta formulación: los amores de Florence y Philippe). Además, también nosotros

acabábamos de acostarnos juntos, y hubiéramos necesitado una buena dosis de hipocresía para jugar a moralistas. A decir verdad casi no había más que dos soluciones. O bien las dos parejas originarias tal como habían sido consagradas la noche misma de la boda de Teresa y Philippe, eran sustituidas por otras dos nuevas (Teresa y yo, Florence y Philippe), entre las cuales, dados los acontecimientos, no dejaría de producirse una distancia creciente de día en día. O bien continuaba agravándose progresivamente la licenciosidad de nuestra vida cuatripartita, en el sentido que venían indicando precisamente las últimas peripecias. Como es evidente, la segunda solución era la que parecía a la vez más lógica y menos molesta: podía considerarse como desenlace fatal de la política «teresiana», al mismo tiempo que era la menos susceptible de engendrar rencillas irreparables, especialmente entre los jóvenes esposos.

Así pues, la licenciosidad introducida por Teresa parecía triunfar entre nosotros cuando, en realidad, como se ha visto, más bien resultaba un fracaso. Para sumirla en la ansiedad, no hacía falta más que perder el control de los acontecimientos. Toda su inteligencia de los movimientos del corazón y de la carne, la empleaba en organizar el deseo, en protegerlo de las fluctuaciones del destino y de las amenazas del azar, sin dejar de dar lugar, sin embargo, al capricho y a la fantasía. ¿Teresa derrotada en su propio terreno? Había que contar todavía con ese heroísmo que le era propio y con esa manera inimitable que tenía, en los peores momentos, de poner todas sus fuerzas para avanzar, en los momentos en que otros hubiesen juzgado más prudente una retirada...

Así, volvió a la casa resuelta a asumir la responsabilidad del naufragio más que a meter el barco en dique seco. ¿Había soplado el viento de la lujuria más fuerte de lo previsto? Pues bien, había que abrir de par en par las ventanas para que ese viento penetrarse en el apartamento. Y la noche misma de aquel día tempestuoso, me condenó a dormir solo con el peregrino pretexto de que había desertado del hogar para ir a visitar a un amigo (¡Por poco no me acusaba de mariconería!), en tanto que Florence y ella iban a acostarse con Philippe. Me costó trabajo conciliar el sueño, porque

había perdido ya la costumbre de estar solo en la cama. Muy de mañana, Florence vino a reunirse conmigo, toda avergonzada y desnuda, e hicimos el amor entre sollozos. Seguíamos amándonos, pero el carro de Eros rodaba sobre nosotros, aplastándonos el corazón y los miembros...

Habiendo verificado con Teresa las virtudes de las confidencias autobiográficas, invité a Florence a que me contase entonces las circunstancias de su iniciación amorosa. Sin sorpresa, pude ir viendo que eran bastante más vulgares que las que había disfrutado Teresa.

—Mis padres son gente del pueblo. Mi padre es capataz en la «Renault», mi madre se queda en casa. Yo soy la única hija. Ocupamos todo el sexto piso de una casa antigua, de modo que las habitaciones se distribuyen a los lados de un pasillo, lo que recuerda más a un hotel que a un apartamento. Por parte de mi madre, tengo en provincias tíos, tías y primos muy burgueses, que nos miran por encima del hombro porque mi padre está en la «Renault». Sin embargo, como saben que tenemos sitio, cuando vienen a París prefieren quedarse en casa en vez de ir a un hotel. Mi padre suele ponerse furioso en esas ocasiones, pero mi madre no se atreve a negarse. Hace como un año, en la época de exámenes, un primo de provincias nos preguntó si podíamos alojarle por una semana porque se presentaba a unas oposiciones de geómetra contable (me acuerdo porque nunca había oído hablar de eso antes) que se celebraban en la escuela de Artes y Oficios. Mis padres aceptaron y el primo llegó a casa a primeros de junio. Era un chico de veintidós o veintitrés años, bastante presumido (no paraba de contar, por ejemplo, las cantidades increíbles que gana un geómetra contable, cosa que hacía rechinar los dientes a mi padre), pero atractivo de todas maneras. Se ganó la consideración de mis padres a base de llevar buenas botellas, pasteles, e incluso sacándolos a algún espectáculo, al Chatêlet, creo. No hace falta decir que se había fijado en mí enseguida (no me había visto desde hacía tres años y en vez de una cría sin interés, se encontraba con una chica que..., en fin, que era, hace un año, como soy ahora, sólo que virgen). No la misma noche de su llegada, sino la siguiente, estaba leyendo en la cama fumando un pitillo cuando oí que llamaban con

unos golpecitos a mi puerta. Me dije: «¡Vaya! Aquí está el primo». Y a media voz le dije que entrase, y entró. Llevaba una bata de bastante mal gusto pero bien cortada y visiblemente cara (de ese tipo inglés que me horrorizaba). Me dijo:

—Perdona, pero no conseguía dormirme y he visto luz por debajo de tu puerta (su habitación estaba enfrente de la mía). Quería preguntarte si me puedes prestar un libro.

—¿Un libro? ¿De qué tipo? —dije enseñándole los estantes de libros.

—¿Qué estás leyendo tú en estos momentos? —me preguntó lanzando una mirada por encima de mi hombro.

Había olvidado decir que, de verdad, sin haber previsto aquella visita (¿o quizá la deseaba sin confesármelo?), me había peinado para que mi cabello cayese sobre mis hombros, y la chaqueta de mi pijama sólo tenía abrochado un botón entre los senos (y fumaba un cigarrillo porque mi padre no quería que fumase en la mesa). Todo eso para decir que si mi primo echaba una mirada por encima de mi hombro, era más para acercarse a mí y atisbar en mi escote que por pura curiosidad literaria. Sin embargo, le dio un vuelco el corazón en cuanto descifró unas pocas líneas: estaba leyendo *Emmanuelle*, que me había prestado una compañera de clase.

—¡Ah, caramba! La primita lee cosas bien raras dijo sentándose en la cama a mi lado.

—¡Oh! No es peor que otras cosas, ¿sabes?

—¿Y no te da ideas?

—¿Ideas?

—¿Qué ideas?

—De hacer lo mismo.

—¡Oh! Yo soy una niña, ¿sabes?

—¿Una niña? ¿De verdad?

Me había puesto una mano sobre el seno derecho y, viendo que no protestaba, empezó a acariciarme a través de la tela del pijama.

—¿Qué prefieres, leer cosas como esa o que te acaricien?

—Me gustan las dos cosas.

Se acercó a mí, y en el movimiento que hizo percibí por un brevísimo instante, su rabo tieso y rosa bajo el batín. Lo que sirvió de mucho para iluminarme ante la decisión que, presentía, no iba a

tardar en tener que tomar. Tal vez te sorprenda esto, pero nosotras las chicas, sabemos que es muy raro que la revelación del amor físico nos llegue con el amor verdadero. Así que, si se presenta la ocasión de dar el paso en condiciones no demasiado desfavorables... Mi primo no me gustaba especialmente, pero sabía (y tenía pruebas visibles) que le excitaba. Si no se mostraba demasiado brutal en los minutos siguientes, y se comprometía a tomar precauciones, la cosa estaba hecha. Si no, estaba dispuesta a gritar pidiendo socorro, y el primito recibiría un buen puntapié en el culo que mi padre, encantado ante aquella ocasión de vengarse de sus burgueses políticos, le daría. El primo quiso besarme, pero llevé enseguida el cigarrillo a los labios, lo que impidió la maniobra. Entonces, deslizó su otra mano por encima de mi hombro y se puso a acariciarme el seno izquierdo.

—Eres muy guapa, ¿sabes?

—Sí, lo sé.

—¿Ya te lo han dicho?

—Ya me lo han dicho.

—¿Y qué efecto te produce?

—Me gusta.

—Y esto que te estoy haciendo, ¿te gusta también?

—Sí.

Entonces soltó el único botón que mantenía juntos los dos lados de la chaqueta del pijama y tocó mi pecho desnudo. Seguí sin oponer resistencia. Aun más dejé el cigarrillo en el cenicero y me dejé besar, primero apretando labios y dientes, y luego abriéndolos poco a poco pero sin devolverle los embates de su lengua. Mi pasividad le sorprendió.

—¿Por qué te dejas de esta manera?

—Porque es agradable, y porque quiero saber a dónde quieres llegar.

—¿No lo adivinas?

—No.

—¿Has hecho el amor con algún hombre?

—No.

—¿Por qué?

—Qué cantidad de preguntas haces, parece que estoy en la

comisaría.

Se rio. ¿No quieres contestar?

—Sí. Primero, porque tengo miedo de que me duela. Y después porque no quiero que me hagan un niño.

—¿Y si te prometo que no sólo no te haré ningún niño, sino que procuraré hacerte el menor daño posible?

—¿Entonces?

—Si te prometo, ¿aceptas hacer el amor conmigo?

—¿Y cómo harás?

—Puedo ponerme un preservativo.

—Prefiero que te retires a tiempo.

—Como quieras.

—¿Y el dolor?

—Te acariciaré antes mucho rato. Y luego podemos usar una crema suavizante. Pero no puedo prometerte que no te dolerá absolutamente nada.

—Si me haces daño, chillo.

—¡No hagas eso! ¡Demonios!

Estaba lívido. Me eché a reír.

—Eso depende de ti, no de mí.

Y le hice sitio en la cama. Así fue como perdí la virginidad...

—¿Te dolió mucho?

—Un poco. Hizo realmente todo lo que podía, y cuando me dolió, me puso la palma de la mano para que mordiese. Le di un buen mordisco y entonces, ¡fue él el que casi gritó!

—¡Monstruito!

—No obligamos a nadie a que nos desvirgue. Pero el que se regala con una jovencita de dieciséis años, tiene que notar en algo, de una u otra manera, que le hacen un favor.

—Tiene que pagar, en resumen...

—En todo caso, a la noche siguiente estaba allí otra vez: toc-toc. No sé, pero vamos, date cuenta: si hubiera querido otras chicas, hubiera tenido que hacer un esfuerzo, dar vueltas, gastar dinero, ¡qué sé yo! Allí le bastaba con cruzar el pasillo. Cogía su rabito rosa en la mano y toc-toc, ¡en mi puerta! No se lo reprocho, puesto que lo había aceptado, pero hay que confesar que era un chollito. Ponte en su lugar...

—¡Ñam ñam!

—Quieto, quieto, deja de hacerme cosquillas o no sigo...

—¿Hay algo más que contar?

—Pues sí, porque el primito era un metódico. Quiso que, en el poco tiempo que iba a estar en París, se completase mi educación amorosa. La noche siguiente a mi desvirgamiento consiguió, a fuerza de argumentos y con gran cantidad de vaselina, darme por el culo según todas las reglas del arte. Lo digo en serio: no sólo no sufrí prácticamente nada, sino que la sensación era tan absolutamente inesperada, tan extraordinaria (mientras que, a pesar de todo lo que aporta de novedad, para una chica hacer el amor es algo esperado, común, que ha podido imaginar, aunque no fuera más que acariciando su propio sexo, introduciendo en él ciertos objetos, etc.) que puedo asegurarte que aquella noche fue para mí más importante que la anterior. Sin duda es también una cuestión de naturaleza, porque Teresa, aunque se pasó un año siendo enculada por Richard todas las noches, sigue experimentando un cierto dolor cuando recibe a un hombre, sea quien sea, de esa manera...

—¡Aunque le gusta bastante!

—Aunque le gusta bastante, en efecto. A no ser que sea una cosa de tipo psicológico...

—No me sorprendería. En las cosas del amor todos somos un poco raros.

—Un poco raros, sí. Para terminar con mi gran desvirgador: la tercera noche...

—¡Te desvirgó la boca!

—¿Quién te lo dijo?

—Una chica de dieciséis años que conoció las tres iniciaciones en una misma noche, en el palacio de V***.

—¡Ah! ¡El palacio de V***! Todos a tope menos yo...

—¿Lamentas no haber tenido más amantes que Teresa y yo?

—¿Lamentar? ¿Para qué lamentar? Yo fui al palacio de V*** a hacer el amor contigo. E hice el amor contigo. Pero no estábamos solos...

—¿Y hubieras deseado que estuviésemos solos?

Florence se había puesto muy pálida. No podía seguir hablando.

Solamente, bajó los párpados para decir que sí, y un par de gruesos lagrimones rodaron por sus mejillas.

—Florence, querida, ¿quieres que esta noche estemos solos nosotros dos? Siento como si Teresa quisiera ahora empujarnos más y más a la orgía. ¿Quieres esta noche?

—Sí, Francis, mi amor. Yo pienso como tú, que después será sin duda, demasiado tarde...

Que se sorprenda el que quiera: nunca pude hablar con Florence, ni ella pudo nunca hablarme a mí, de lo que había verdaderamente (esta vez me refiero a los sentimientos) entre Philippe y ella. Nunca pudimos, simplemente, que se sorprenda el que quiera.

Apenas si logré llegar a imponer a Teresa nuestra decisión de acostarnos juntos a la noche siguiente Florence y yo. Pero me vio tan decidido, presto, incluso, a irme de casa si era preciso (¿a dónde hubiera ido, por cierto, con mi dinero de estudiante de bachillerato?), que cedió. ¿La encandilaba, quizá, que mi firmeza le permitiera, a su vez, pasar una noche con su marido (es curioso que esta palabra aparezca tan poco en esta historia) sin haberla exigido? De hecho, si para Florence y para mí la situación no era pura delicia, los problemas que se planteaban a los recién casados todavía eran más preocupantes. A punto de abandonar Francia, necesitaban saber si iban a poder vivir juntos después de aquella experiencia a cuatro lados, y de qué modo. Porque, claro está, Florence y yo seguiríamos en París...

La noche siguiente a la que acabo de mencionar, me resultó especialmente grata, a pesar de todas las tormentas que se cernían sobre nuestras cabezas, porque Florence y Teresa vinieron las dos a mi habitación y, a diferencia de lo que había pasado en el palacio de V***, hicimos el amor de verdad los tres. Poco importaba, en el fondo, que dos noches antes se hubiesen acostado con mi hermano: ¿no eran ellas lo que yo más amaba? Comenzaron por desvestirse mutuamente, y luego se volvieron hacia mí; Florence me quitó la camisa, Teresa el pantalón. A continuación, se abrazaron, se acostaron, dándose besos y acariciándose. Pero, esta vez, no me rechazaron cuando mezclé mis besos y mis caricias a los de ellas. Llegó el momento en que se dispusieron a lamerse recíprocamente el sexo, no una encima de la otra como en V***, sino tumbadas de

lado, para permitirme intervenir si lo deseaba. Y, naturalmente, lo deseaba con ardor. Como no quería privarlas de las caricias que se hacían, no me quedaba más posibilidad que ir dándoles por el culo por turno. Eso hice, penetrando primero a Teresa y retirándome antes de haber descargado, dando vuelta alrededor de la pareja y tomando luego a Florence, resuelto a llegar, esta vez, hasta el final. Fui ayudado a ello por Teresa que no sólo envolvió mis nalgas con sus largos cabellos negros sino que, adivinándome a punto de descargar, se puso a acariciar con los labios, la lengua y los dientes las inmediaciones del orificio que yo forzaba y, al mismo tiempo, la base de mi verga, mis cojones y mi propio orificio anal. Y la lengua de Teresa se hundió en mi culo en el preciso instante en el que mi leche comenzaba a irrumpir en el de Florence.

¿Hay que decir que fue aquel un momento excepcional? Un poco más tarde hice el amor con Teresa mientras le lamía el sexo a Florence y las dos chicas se besaban en la boca y se acariciaban los senos. Estaba muy lejos de disgustarme, pero he de admitir que la figura precedente gozaba de mayores atractivos y que, si hubiera sido cosa de empezar de nuevo, hubiera habido que invertir el orden de los episodios. El tercero de esos episodios (y para mí, como se podrá imaginar, el último), fue bastante curioso. A Teresa y Florence se les ocurrió ponerse a cuatro patas delante de mí, que estaba arrodillado en la cama, pero con el torso y los muslos verticales. Mejilla contra mejilla, iban recibiendo, por turnos, en la boca bien abierta mi verga empinada, permitiéndome que la dejase dentro sólo un breve instante. Experiencia no poco frustrante en la medida en que me privaba de ese abrigo reconfortante que constituye una boca única en la que la polla se hace su nido. Cuando llegó la descarga, se disputaron la metralla con tanto gozo como voracidad, y todo terminó con un largo beso en el que sus labios, sus dientes y sus lenguas mezclaron interminablemente saliva y esperma.

Al día siguiente o al otro, Teresa me encargó de una misión secreta. Tenía que ir a buscar un paquete misterioso a casa de Berta, que vivía ahora en la antigua habitación de Teresa, que esta había dejado al casarse. Subí con no poca emoción aquellas escaleras que habían desempeñado tan fundamental papel en mi «educación

sentimental»... Y, en el momento de llamar a la puerta, se apoderó de mí el mismo malestar que el día que fui a visitar a Teresa por vez primera. Berta, que estaba ya avisada de mi visita, me abrió la puerta con su eterno cigarrillo en los labios, que consintió en retirar para darme un besito de bienvenida. No la había visto desde hacía tiempo, casi dos meses. Por eso, su belleza de estatua me impresionó como si acabase de descubrirla, y no pude contenerme sin decirle:

—¡Qué guapa eres!

Sonrió, y vi en sus ojos que guardaba un buen recuerdo de mí. Me senté junto a ella en la cama y contemplé la habitación. Se fijó en mi mirada.

—Sí, lo he cambiado todo. ¿Te da pena?

—Pero Berta, ahora vives tú aquí, no hay ninguna razón para que conserves la decoración que tenía Teresa...

—No, desde luego, no la hay... Y sin embargo, ¿sabes?, aquella decoración era la que estaba cuando hacía el amor con Teresa... Como tú, me imagino...

Pensé: «¡Otra que podría decir, como Richard, que Teresa es la única chica de la que no se cura uno jamás!». Y respondí en voz alta:

—Sí, Berta. Pero esa no es una razón suficiente. Hay que vivir, y los recuerdos son cosas malas, que nos asfixian, que nos impiden vivir...

—¡Qué gran experiencia de la vida, Francis! ¡Tengo la sensación de estar hablando con un anciano de ochenta años!

Era la primera vez que la veía reír. No a carcajadas, pero, pese a todo, reía. Se lo dije y volvió a ponerse seria:

—Es posible que no esté hecha para la felicidad...

—¿Por qué no, Berta? Eres bella, eres inteligente, te gusta hacer el amor...

—¿Y tú qué sabes? ¡Bah! Hablemos mejor de tus amores...

Sabía, naturalmente, que Florence vivía bajo el mismo techo que Teresa y Philippe, conmigo. (Creo que, por otra parte, era la razón por la que Teresa no había venido ella misma a casa de Berta: porque temía, justificadamente, una escena de celos). Pero ignoraba el desarrollo plural de nuestras relaciones eróticas y pareció no

poco maravillada cuando le conté nuestra depravación cotidiana. No encontré mejor ejemplo que ponerle que la noche que acabábamos de pasar Florence, Teresa y yo, y se la conté con todo detalle. Era un día de mucho calor, y Berta llevaba tan sólo un vestido ligero, de india, a lo que me pareció directamente sobre la piel: el dibujo de sus pezones se dibujaba con precisión, lo que había percibido tan pronto como llegué (de ahí, en parte, mi «¡qué guapa eres!»), pero sin fijar la atención, sabiendo que, para mí, Berta era territorio prohibido. Ahora bien, me percaté de que el relato de mis manejos con Florence y Teresa la ponía, sin la menor duda, en un buen estado. Emocionado por su emoción, no pude resistir la tentación de tocarle los pechos. Con gran sorpresa mía, no me rechazó. Así, proseguí mi relato acariciándola y besándole el cuello (continuaba fumando como siempre hacía, es decir, prácticamente sin quitarse el cigarrillo de la boca más que para hablar). Pero, sintiéndole más y más agitada, interrumpí la narración y dije:

—Berta, ¿sabes que Teresa hizo de mí en este preciso lugar una lesbiana, si no perfecta, al menos tolerable? ¿Quieres que te acaricie? Te prometo que no pasaré de ahí.

No me contestó. Entonces, le quité el cigarrillo de los labios, la tomé en brazos, la hice levantarse y le quité el vestido, sacándolo por encima de la cabeza. Estaba completamente desnuda, a excepción de una minúscula braguita negra de encaje que se dejó quitar sin protestas. Volvió la cabeza cuando quise besarla, pero esperaba mis caricias. Al verla desnuda, no pude sino repetir, con un poco más de entusiasmo aún:

—¡Qué guapa eres!

La verdad es que nunca había visto un cuerpo más soberbio. Teresa era, sin duda, más excitante, Florence más enternecedora, Clara, más elegante. Pero, indiscutiblemente, Berta era la más bella. Y empecé a acariciarla casi religiosamente (y si la expresión da risa, tanto mejor). Al mismo tiempo, recordando que estaba en tratos con una especialista en caricias femeninas, tenía un poco la sensación de estar examinándome, ¡y me aplicaba cuanto podía! Por lo demás, ella no se privó de ayudarme a completar mi tarea y, por ejemplo, se puso a frotarse el clítoris a una velocidad loca (era aquel un

ritmo extraño para mí), mientras yo hundía la lengua en su vulva. Hacía ya un buen rato que se la lamía cuando, sin avisar, se apartó. Creí que ya tenía suficiente. Alcé la cabeza y encontré su mirada dulce y secreta. Después de haberme observado en silencio unos instantes, me dijo:

—Desnúdate y hazme el amor.

Me quedé de una pieza: Berta, de la que siempre me habían hablado como definitivamente enemistada con la especie masculina, ¡pidiéndome que le hiciera el amor! He de añadir que lo que una vez dejado caer sobre el papel se reduce a la yuxtaposición de dos imperativos no era, en realidad, sino una sola y conmovedora súplica. A la que me apresuré a dar respuesta. No tuve que arrepentirme: Berta sabía hacer el amor tan bien con los hombres como con las mujeres, y aquella unión me resultó especialmente deliciosa. Me dejó que eyaculase en lo más profundo de sí misma al mismo tiempo que, por vez primera, me concedía un beso, que fue muy íntimo y penetrante.

—¡Qué lesbiana tan rara resultas!

Sonrió, y se levantó para ir a lavarse. El tiempo que estuvo fuera de mi vista, lo empleé en observar un poco mejor las transformaciones que había sufrido la habitación, ahora llena de telas indias colgadas y constelada de pósters de chicas desnudas que formaban una especie de altar de la femineidad adorada. Me sentí no poco satisfecho de haber practicado el culto a mi manera...

Por ahí iban mis reflexiones cuando llamaron tímidamente a la puerta. Todavía desnuda, Berta salió de un salto del lavabo y fue a abrir. Apareció entonces una chica maravillosa y muy joven, de ojos verdes y con unas largas coletas pelirrojas que se quedó con la boca abierta de estupefacción, primero porque Berta la recibía completamente desnuda, y luego, porque frente a ella había un chico igualmente desnudo, que la miraba. Berta estrechó entre sus brazos a la recién llegada y la besó en la boca, sin conseguir atenuar su asombro. Entonces, Berta se separó de ella y se volvió hacia mí diciendo:

—Francis, esta es Sara. Sara, este es Francis.

Pero la mirada con que las dos chicas me miraban tenía algo de raro, y sólo entonces descubrí que ¡la aparición de Sara se había

traducido en mí en una indiscutible erección!

—¡Pero Berta! —dijo Sara en tono de reproche.

—Sara me reprocha con razón haber traicionado mi juramento de odiar a todo el género masculino. He sido débil, Sara, ¡tienes que perdonarme!

Me acerqué a las dos chicas, enlazadas, y dije, ya sin ningún escrúpulo:

—¡No mereces perdón alguno, Berta! Sara es una criatura tan deliciosa que no se te puede perdonar el haberla engañado con un innoble individuo de mi innoble especie...

Y, aprovechándome del azaro de la recién llegada, la besé en los labios, mientras rodeaba con los brazos a las dos amigas.

—¿Verdad que es preciosa? —murmuró Berta con amor.

—Deliciosa pero ¡demasiado vestida!

Súbitamente convertidos en cómplices, Berta y yo desnudamos a la hermosa pelirroja, que se defendía como podía, asustada y encantada a la vez ante tanto apetito. Pronto logramos el objetivo. ¡Qué cosa tan bonita! Su cuerpo, blanco como la leche, con tonos rosa aquí y allá, llameaba en algunas zonas con pelos rojos, de un matiz próximo al caoba. Yo le acariciaba un pecho, Berta, el otro. Sí, pero ¿qué más? Interrogué a Berta con la mirada.

—¿La quieres? —me dijo en voz baja.

Asentí rápidamente con la cabeza. Sara seguía nuestro diálogo con aire asustado, esperándose lo peor. Berta le dijo al oído:

Francis tiene ganas de hacer el amor contigo. No te hará daño. Es encantador. Pero yo te acariciaré primero...

Asistí entonces a una demostración muy distinta de las que había presenciado entre Teresa y Florence. Berta era mucho menos acelerada y mucho más metódica, mucho más preocupada también, quizá, por el placer que procuraba que por el suyo propio, al mismo tiempo que estaba atenta a tranquilizar a su joven amante de cara a lo que la esperaba. Hay que tener en cuenta que Sara, como no supe hasta más tarde, ¡tenía sólo catorce años! Aparte del rigor pedagógico de la demostración, el espectáculo de aquellas dos chicas, cuya belleza contrastaba enormemente (por un lado, no cabía duda, la «inmadurez» tan celebrada por Gombrowicz; por el otro, la mujer en todo su esplendor), era más que impresionante.

Cuando me llegó la hora de entrar en liza, Berta me dijo a media voz:

—Ya no es virgen: la he desvirgado yo...

La información me descargó del temor a herir a la jovencita. No dejé por ello de redoblar las precauciones, pero la penetración se realizó sin problemas y tuve la felicidad de constatar que, al cabo de poco tiempo, Sara tomaba con gran interés mi actividad. Tras de habernos dejado solos los primeros momentos, Berta no pudo dejar de venir en nuestra ayuda, de su joven protegida sobre todo, con besos y caricias, y pronto alcancé el éxtasis con la ilusión, al menos, de verme acompañado en él por Sara que, los últimos instantes, mantuvo los ojos cerrados. Berta me dio después un par de paquetes para Teresa y dejé a las dos amigas, despidiéndonos con unos besos muy cariñosos. Me llevaba el recuerdo de unos abrazos de infinita delicadeza, y la infinita dulzura de la sonrisa que me dirigieron en el momento de partir. ¿Qué puedo hacer yo, si no he conocido la verdadera felicidad más que con lesbianas?

Hasta que llegué de vuelta a casa no supe cuál había sido mi misión. Uno de los paquetes contenía anticonceptivos y supe entonces por Teresa que Berta, cuya madre era farmacéutica en Versalles, era la fuente de donde procedían las píldoras (cosa todavía rarísima por entonces) que permitía a Teresa y a Florence hacer el amor con toda impunidad, y a mi hermano y a mí no tener que tomar precauciones cuando jodíamos. Lo que me sorprendió, en cambio, fue que Berta continuase aprovisionando así a aquella que la había «traicionado» por partida doble, primero, casándose, y luego, prefiriendo a Florence que a ella. ¿Sería, tal vez, que sin saberlo nosotros Teresa seguía viendo a Berta de vez en cuando? Porque, efectivamente, no había notado en ella ninguna acritud particular, e incluso, su tierno comportamiento conmigo no sería comprensible si en su corazón hubieran imperado los celos. Me parece que, en ese caso, hubiera visto en mí una especie de cómplice de Teresa, y que habría sufrido los rigores de su resentimiento.

El otro paquete suscitó de parte de Teresa todo un despliegue de misterios. Consiguí, como era evidentemente su pretensión, exasperar nuestra curiosidad hasta que la urgimos a que procediese

a desenvolverlo. Lo hizo aparentando docilidad, encantada de verse obligada a hacer lo que ardía en deseos de hacer. El paquete contenía una cosa obscena y negra, un consolador de caucho oscuro. Por lejos que hubiésemos llegado en nuestra depravación, aquel objeto nos hizo sentir incómodos. ¿Sería porque su presencia hacía que Philippe y yo nos creyésemos acusados de insuficiencia viril? O, por el contrario, ¿porque su presencia concretaba simbólicamente una relación que sólo podía concernir a Florence y a Teresa? En todo caso, nos pareció un productor de problemas entre nosotros.

Sea lo que fuere, Teresa quiso ponerlo en acción inmediatamente. Con pretextos varios, y no sin dificultad, conseguimos hacerla esperar a la noche. Al fin, hizo su aparición en la sala, melena suelta, desnuda completamente, a no ser por el negro falo postizo. La emoción que sentíamos nos quitó las ganas de reír. Evocó en mí, curiosamente, algún animal fantástico, ¡tal vez un unicornio en negativo! Exigió, como los dragones de la fábula o como los más perversos libertinos, que Philippe y yo le entregásemos a Florence, desnuda, e incluso que la sujetásemos mientras ella la poseía virilmente. Intentamos ponerla en guardia frente a la violencia de sus apetitos, haciéndole ver que si se comportaba demasiado brutalmente, podía causar los mayores males a nuestra rubia amiga. Y, con no poco trabajo, la hicimos atender la voz de la razón.

Florence, por su parte, desnuda y frágil bajo sus rubios cabellos, parecía asustada ante la intensidad del deseo del que era objeto. Deseo que para ella no resultaba nuevo, pero cuyo significado se metamorfoseaba con el simulacro. Una Teresa fálica queriendo fornicaria, no era ni una mujer del todo ni un hombre de verdad, ni aun siquiera un hermafrodita. Más bien, ¡un extraño compromiso entre la autenticidad de la carne y el artificio de la prótesis! Era imposible, en efecto, considerar aquel negro instrumento como un mero desarrollo metafórico del dedo o la lengua de Teresa. Era y no era un falo, y Teresa, así revestida, era y no era Teresa...

Ungimos con cremas protectoras las tiernas carnes de Florence y yo, en mi calidad de «marido» (viendo que Teresa no pensaba dar lugar a preludio alguno) la acaricié largamente para que la

intrusión le hiciese el menor daño posible. Entonces, ¡la fiera de la lujuria se lanzó por fin sobre su temblorosa víctima! Fue verdaderamente un espectáculo extraño el que presenciamos. La extraordinaria agilidad, que tantas veces había admirado, de las caderas de Teresa era empleada ahora en algo que me parecía como la violación de Florence. Yo no hubiera podido, o casi, sostener un ritmo tan frenético. E imaginaba al mismo tiempo que, seguramente, Berta habría desvirgado, según había dicho, a su amiga Sara con ayuda de aquel mismo instrumento...

Cansada de labrar en el sexo de Florence, Teresa quiso entonces sodomizarla. No había manera de detenerla, y sólo pude multiplicar las precauciones para que el falo negro no desgarrase el culo de Florence: lubrifiqué cuidadosamente el conducto y, además, vigilé de cerca la penetración, dispuesto a interrumpirla, incluso por la fuerza, si Teresa se iba demasiado lejos en su furor lúbrico. En efecto, apenas Teresa comenzó a introducir el extremo del artefacto en el orificio anal de su amiga, fue poseída por un auténtico trance. Arañaba hasta hacerle sangre los brazos y muslos de Florence, le ametrallaba las nalgas a golpes de caucho, la mordía en el cuello y en los hombros, maullaba, juraba, echaba, literalmente, espuma por la boca. Y, por supuesto, Florence cantaba su lamento de la sodomizada, lo que contribuía a hacer de todo aquello una extraña mezcla obscena de ópera y *happening* que nos habría traspuesto, a mi hermano y a mí, si no hubiéramos estado tan íntimamente ligados a la persona de sus protagonistas.

No obstante, cuando vi que Florence interrumpía su cántico y hacía una mueca de dolor, consideré que había llegado el momento de suspender el espectáculo. Pese a que Teresa estaba firmemente aferrada a su presa, y pese a la formidable energía que desplegaba para resistirse, la agarré por ambos brazos y la arranqué de ella. Estaba dispuesto a administrar a la violadora unas cuantas buenas bofetadas si hubieran hecho falta. Sin duda alguna, lo adiviné, y se vengó con una lluvia de insultos, los más groseros y gratuitos que pudo encontrar, pero no volvió a la carga. Ayudé a Florence a incorporarse y la tomé entre mis brazos. Agotada, encontró de todas maneras valor suficiente para sonreírme, y la conduje al cuarto de baño, donde la ayudé a que se diese uno que la hiciera recuperarse

un poco.

—Mi amor —le dije—. Creí que te iba a hacer trizas. He pasado miedo por ti...

—Ya lo vi, Francis, cariño. ¡Es la primera vez que te opones a la voluntad de Teresa!

Llevé a Florence a nuestro cuarto. Se acostó y yo chupé y lamí su carne lacerada por la intrusión de Teresa, lo que al principio la irritó un poco, pero pronto le hizo sentir cierto bienestar. Entonces, me miró con su adorable sonrisa de niña pequeña, y me dijo:

—Hazme el amor, Francis...

Sin embargo, el furor priápico no había abandonado aún a Teresa. Al día siguiente, declaró que quería sodomizarnos a Philippe y a mí. Aquella propuesta no dejó de inquietarme en la medida en que, como bien sabía, había en mí una tendencia a identificarme con la persona de Teresa, no constante (como demostraba la oposición manifestada la víspera), pero sí frecuente. Y si se verificaba la ficción viril en la que Teresa vivía entonces (reveladora, por otra parte, de una tendencia viril innegable, igualmente visible, aunque distinta, en Berta y en Clara), tenía que admitir de buen grado el principio de la reciprocidad de las caricias. (No oculto que confieso, al decir esto, mi fuerte componente femenino). Pero, felizmente, mi hermano, que encarnaba la firmeza masculina en toda su potencia, opuso a Teresa una negativa categórica en nombre de los dos. Florence se negó también a soportar de nuevo los asaltos virilizados de Teresa tanto como a devolverle el mismo tipo de homenajes, y el consolador perdió ya toda posibilidad de empleo entre nosotros. Creo que Teresa lo devolvió a Berta, lo que tal vez le proporcionase una ocasión de utilizarlo de nuevo.

Poco después, aparecieron los resultados de las oposiciones de Philippe. Como esperábamos, figuraba en un buen lugar de la lista y pudo poner término de inmediato a las negociaciones que tenía en marcha desde hacía tiempo con una compañía que pretendía tomarlo a su servicio. Y como aquella compañía contaba precisamente con Philippe para organizar una transformación profunda de la distribución y métodos de sus trabajos (se trataba de prospecciones mineras en Camboya), le pidieron que se personase lo

antes posible en el lugar de su misión. Philippe pensaba que partiría durante la primera quincena de agosto, pero la fecha había sido adelantada a finales de julio, y era ineludible. No quedaba más que tres o cuatro días, justo el tiempo necesario para que Teresa y Philippe hiciesen algunas últimas diligencias y preparasen las maletas. Enviamos un telegrama a nuestros padres para que volviesen urgentemente de Canarias, si querían volver a ver a los recién casados antes de su partida.

Cuando Philippe se enteró de la buena nueva, aderezada con un sustancioso adelanto sobre sus emolumentos, lo festejamos la misma noche. Y tanto más alegremente (he olvidado mencionarlo por cierto, porque las consecuencias eran de menor importancia que las de la oposición de Philippe) cuanto que a todos nos había sonreído la fortuna: Florence y yo habíamos aprobado el bachillerato y Teresa sus dos cursos de filosofía (o psicología). Teresa no había dejado de sacar sus conclusiones:

—¡Ya os había dicho que no hay mejor escuela que la del amor!

Después de cenar en un restaurante excelente, estuvimos en varias discotecas, bailamos y bebimos más de la cuenta. Teresa hablaba incluso de pagar a unas cuantas cortesanas y llevárnoslas al piso. Pero en el estado en que nos encontrábamos, no hubiéramos hecho demasiado... A la mañana siguiente, quizás en contrapartida a la noche de atracón, tomamos conciencia súbita del aspecto que ofrecía el apartamento después de un mes de vivir los cuatro juntos. Hacía ya mucho tiempo que la jornalera portuguesa que, antes, venía tres tardes por semana a casa de mis padres, había huido horrorizada ante nuestro desorden y, además, ¡perseguida por mi hermano, desnudo, que hablaba de violarla! Habíamos procurado, con toda nuestra buena voluntad, mantener las cosas en orden durante unos días, pero en el fondo nos daba igual, y por eso la toma de conciencia llegó tan tarde, demasiado tarde. Una monstruosa cadena de montañas formada por vajilla sucia invadía la cocina. La ropa de cama estaba almidonada de semen, llena de rayas de mierda, salpicada de rastros de sangre (porque las dos chicas habían tenido la regla, casi al mismo tiempo, y no íbamos a paramos por eso), incluso con algún roto. La moqueta del salón, en fin, constelada de manchas de vino y churretones de esperma,

acribillada de agujeros de colillas, ¡un desastre!

Como el retrato de Dorian Gray, nuestro decorado habitual nos devolvía la imagen fiel de la depravación en la que nos habíamos sumido. De todas maneras, no había nada de lo que arrepentirse. Mi hermano reservó dos habitaciones en el Hilton de Orly para la víspera de su partida, y todos celebramos su decisión. En efecto, nuestros padres llegaban ese día a Orly, iríamos a recibirles, comeríamos con ellos y los dejaríamos irse a París a descubrir lo que habíamos hecho con su casa... Nosotros nos quedaríamos en el Hilton los cuatro, a cenar y pasar la noche como nos pareciese, cosa imposible en París, aunque no fuese más que por la presencia de Florence.

Todo salió como estaba previsto. Además, para asegurarnos de no ser molestados por la indignación telefónica de nuestros padres, dimos las instrucciones pertinentes al personal del Hilton. Y como nos presentábamos como dos parejas de recién casados, el señor y la señora Philippe Fleur, el señor y la señora Francis Fleur (Florence y yo hicimos lo que pudimos para parecer más viejos), la simpatía del personal, ayudada por la liberalidad de Philippe, quedó garantizada. En esa atmósfera de buen humor se desarrolló la cena, bastante rica y regada, sin excesos, con vinos excelentes.

Luego subimos a acostarnos y, sin que hiciera falta deliberar sobre ello, me encontré a solas con Teresa. Sabíamos, sin que hiciera falta decírnoslo, que nunca más dormiríamos juntos. Incluso, por mi parte, pensaba que no volvería a ver a Teresa en la vida, sin que, naturalmente, pudiera aportar justificación alguna a tal idea. Teresa y yo hablamos largamente antes y después de hacer el amor, como siuviésemos miedo de no decirnos todo lo que había que decir. Fue algo muy tierno, muy suave y un poco melancólico. Nuestras caricias se asemejaban a nuestras frases, nuestras frases, a nuestras caricias.

Nos despertó el teléfono: habíamos pedido que nos llamasen temprano. El sol entraba a raudales en la habitación. Miré a Teresa, y Teresa me miró. No nos quedaban más que tres horas hasta el despegue del avión. No encontrábamos nada que decirnos, sólo sabíamos mirarnos, inmóviles, como paralizados, arrojados, en cuerpo y alma, cada uno a la mirada del otro. Teresa rompió el

sortilegio. Apartó la sábana que me cubría y, hundiendo la cara entre mis muslos, tomó mi sexo en su boca. Me la chupó como nunca me la había chupado, con una ternura, una suavidad, una paciencia angelicales. Dejé descansar las manos sobre los largos cabellos negros que me acariciaban el vientre y las rodillas, y me dejaba acunar al ritmo que ella me imponía. Y, después, sentí algo húmedo a la altura del ombligo: era Teresa, que lloraba en silencio.

Cuando me dejé ir en su boca, recordé todas las pruebas de amor que hubiera podido darle todavía y que ya no le podría dar. Hubiera querido entregarle, en aquella única vez, la suma de todo el semen de esos imposibles abrazos futuros. Y, sobreponiéndome a una repugnancia que nunca he ocultado, besé sus labios, en los que las grandes lágrimas que se deslizaban por sus mejillas se mezclaban con mi propio esperma, asalté su lengua y sus dientes con mi lengua y mis dientes.

Luego, superando una segunda repugnancia, hundí la lengua en su orificio anal, después de haber empezado a acariciarle el sexo. Meforcé a lamer aquel minúsculo clavel que, sin embargo, tan importante lugar ocupaba en la vida de Teresa. Y la repugnancia quedó olvidada: puesto que Teresa era, toda ella entera, amor, no había razón alguna para que una parte tan esencial de ella misma quedase al margen de mis besos. Por eso. Teresa, después de hacer uno de esos movimientos ondulantes cuyo secreto sólo ella poseía, me devolvía ya la caricia (como se recordará, ya la había recibido de su parte anteriormente, la noche que me acosté con las dos chicas, en el momento exacto en que daba por el culo a Florence).

El beso que, al fin, nos reunió mientras estallábamos en sollozos, mezcló interminablemente las salivas, los restos de esperma, las sospechas de mierda. No terminábamos nunca y, sin embargo, ¡había que terminar!

Una hora más tarde, me encontré con Florence en el taxi que nos llevaba de vuelta a París, mientras Teresa y Philippe se aprestaban a subir al avión de Phnom-Pehn. Florence no decía nada, pero su cara de niña pequeña hablaba por ella: hablaba de fatiga y de tristeza. Sabía que yo esperaba que me dijese el trasfondo de sus pensamientos. Para que no la oyese el taxista, se acercó a mí y me dijo, en voz baja:

—Voy a decirte adiós, Francis. No hasta la vista: adiós. No protestes, no discutas, te lo suplico. Estoy agotada. Déjame seguir hablando. Te quiero mucho, Francis. Creo que nunca querré a nadie como te quiero a ti. Y, sin embargo, no es posible seguir. Por más que queramos, hagamos lo que hagamos, Teresa estará siempre entre nosotros. Cuando hiciésemos el amor, no podríamos dejar de pensar en Teresa, ni tú ni yo, ahora que la hemos perdido. Para ti tal vez pueda ser soportable. Para mí, no. Yo no puedo vivir perpetuamente desgarrada. No te enfades conmigo, por favor. Te dejo porque te amo. Y no te olvidaré nunca. Dime adiós.

—Adiós, Florence. Yo tampoco te olvidaré jamás.

—Adiós, Francis. No hay que llorar. A partir de hoy, nos hemos convertido en adultos.

Todo esto sucedía el año antes de las barricadas del Barrio Latino. Tuve una participación en aquellos acontecimientos reticente y sentimental a la vez, apasionada y confusa. Las asambleas tempestuosas en los anfiteatros de la Sorbona me cansaron pronto, el despertar de los nuevos doctrinarios que siguió a la euforia libertaria de los primeros días contribuyó a empujarme hacia los márgenes, ¡al margen de los márgenes, incluso! Pero, paradójicamente, el día que me enteré de que la policía había reconquistado la Sorbona, me precipité hacia el Barrio Latino con sabor a sangre en la boca. Mezclado con muchos jóvenes desconocidos, retrocedí, carga tras carga, hasta la calle de Rennes donde, tontamente, me dejé atrapar, golpear y, luego, detener. Me llevaron a Beaujon, claro está.

En Beaujon, en plena noche, supe (¿cómo?, lo ignoro: no conocía a nadie ni nadie me conocía; o, si no, lo he olvidado todo) que Florence estaba allí, también ella, y que probablemente la soltarían hacia las cuatro o las cinco de la mañana. ¿Florence? ¿Cómo se habían atrevido, perros infames? ¿Se habían atrevido a tocar a Florence? A pesar de la náusea de los golpes recibidos y del barullo que, sin hacer caso de las amenazas, organizaban mis compañeros de detención, el sabor a sangre reapareció, intacto, en mi boca. ¡Cómo si tuviese algo que hacer, yo, pobre cretino inofensivo, allí, con mis morados recientes y mi odio sin dirección...! Ahora que habían reconquistado la Sorbona ya no

éramos peligrosos, además. Y empezaron a soltarnos, en mitad de la noche, por grupitos, más o menos sazónada la salida de golpes de tolete de buena voluntad.

Una vez fuera, me embosqué tras una puerta de garaje para espiar el paso de Florence. Esperé más o menos una hora y, por fin, creí reconocer su voz en un grupito que pasaba. La llamé:

—¡Florence!

Una silueta se apartó del grupo bajo los primeros grises del amanecer y vino hacia mi garaje. Salí y caímos uno en brazos del otro antes de habernos visto del todo.

—¡Francis! —murmuró ella.

Se había cortado muy cortos sus preciosos cabellos rubios, había adelgazado. Por suerte, no le habían herido en la cabeza. Le conté que había sabido (¿cómo?) que estaba allí y que, liberado antes que ella, había esperado que saliera.

—Pero vámonos de aquí, igual nos encierran otra vez —dijo ella.

Y nos fuimos por callecitas pequeñas, por donde los coches de la policía circulaban menos. Con la alegría de haber vuelto a encontrar a Florence, no me preocupé para nada del itinerario que seguíamos, y sólo después de un buen rato me di cuenta de que nos acercábamos a su domicilio. Nunca había ido, pero sabía que vivía en una casa antigua, junto a la plaza de Batignolles. Una vez llegados a nuestro destino, me dijo:

—Estoy reventada, me voy a la cama. Pero puedes subir, si quieres, también debes de tener ganas de dormir...

La verdad era que para volver a casa de mis padres, donde seguía viviendo, hubiera tenido que atravesar todo París. Acepté pues la invitación y subimos las escaleras de madera hasta el sexto, donde reconocí la distribución de las habitaciones en torno al pasillo que Florence me había explicado al contarme los inicios de su vida amorosa. Nos descalzamos para hacer el menor ruido posible. Una vez cerrada la puerta del cuarto de Florence, nos desvestimos y nos metimos entre las sábanas, completamente desnudos. No tuve apenas tiempo de rozar los senos de Florence: ya se había dormido. Tampoco yo tardé en dormirme a mi vez, tras de haber echado un ojo a la decoración de la alcoba de Florence (eran

casi las seis de la mañana y, como nos habíamos olvidado de cerrar las persianas, se veía con claridad).

Abrí los ojos en el momento en que Florence se levantaba. Vi que sacaba de la mesita de noche una bacinilla pequeña, muy bonita, blanca, que se acucillaba encima y encendía un cigarrillo entre un ruido de manantial. Tardó unos momentos en darse cuenta de que la observaba, y se echó a reír con la misma frescura de antaño. Me explicó que el cuarto de baño estaba al otro extremo del pasillo y que, para no molestar a nadie, se había acostumbrado a utilizar aquel cacharro, que me invitó a usar también. Pero yo le hice señas de que volviese a acostarse a mi lado, cosa que hizo de inmediato. Entonces, la estreché entre mis brazos y la besé. Las marcas de las porras eran como quemaduras, y logramos hacer el amor entre gemidos de dolor.

Luego, pregunté a Florence en qué andaba. Me contó que formaba parte de un grupo ácrata que practicaba sistemáticamente la libertad de costumbres de la que hacían incluso una especie de bandera. ¡Para hacerse miembro había que acostarse con alguno de los militantes del grupo! Florence confesaba que se había acostado con todos los chicos y una buena parte de las chicas. Pero me dio la impresión de que no tenía excesivas esperanzas en el futuro del grupo: era un momento que había que vivir como era, fuese como fuese el mañana. Terminó por confesar que, de hecho, no había ninguna actividad que tuviese aliciente para ella a no ser la no poco desesperada de «sembrar mierda por todas partes». Es decir, la que le ocupaba ya...

Seguía estando muy guapa, aunque había perdido aquel esplendor juvenil que la dotaba, a mis ojos, de una especie de aureola. Había en ella algo como roto. Había perdido confianza. ¿Llegaría a recuperarla algún día? En cualquier caso, tuve la sensación clara de que no sería yo quien se la podría devolver. ¿No había sido yo, por el contrario, el primero que la había hecho dudar de sí misma con mi incapacidad para preferirla a Teresa? ¿No merecía, sin embargo, que se la amase hasta la locura? ¡Ah! ¡Cómo me odiaba en aquel instante por haber sido tan cobarde, por no haber sabido arrancarla del yugo de Teresa! ¡Me había agradecido tanto la única vez que me sublevé para protegerla de la tiranía de

Teresa! Y a los pocos días había vuelto a estropearlo todo, sin la menor duda, al aceptar compartir la última noche con Teresa: si me hubiera negado, habría tenido aún la posibilidad de salvarlo todo...

No le decía nada de todo esto, pero notaba perfectamente que leía en mi corazón como yo leía en el suyo. No habíamos conseguido encontrar juntos la felicidad, y sin embargo resultábamos ambos transparentes a la mirada del otro. Así, sin decir ni una palabra, sabíamos que nos diríamos adiós, enamorada pero definitivamente, y supe lo que deseaba ella porque yo lo deseaba. Se fue a buscar un tubo de vaselina y me lo tendió, luego se puso a cuatro patas y, en cuanto me acerqué, comenzó su cántico, aquel lamento que no había vuelto a oír desde hacía ya casi un año.

Llamaron tímidamente a la puerta, y una voz de mujer imploró:

—¡Florence! ¿Qué sucede? ¿Estás ahí?

—¡No abras, mamá! Es un amigo que me está dando por el culo —dijo Florence, riendo.

—¿Qué te ha pasado?

—¡Oh! La poli, ya te contaré...

—Venid a comer algo después, los dos...

—Sí, mamá, ya iremos.

Mientras nos arreglábamos, Florence me contó que su madre era una mujer estupenda, pero que su padre, el capataz de la «Renault», era una «mierda cegetista», y que cada vez que se encontraba con su hija se insultaban los dos a más y mejor. Así que estaba pensando seriamente en irse de casa, pero como no tenía medios la cosa no era tan sencilla.

La madre de Florence nos sirvió una comida ligera deliciosa, que devoramos con gran apetito. Nos miraba meneando la cabeza, pero sin atreverse a interrogarnos. Florence, respondiendo a aquella interrogación muda, le dijo, señalándome con el dedo:

—Es el hombre de mi vida...

—¿Y vais a vivir juntos? —preguntó aterrada la madre.

Florence se había puesto muy pálida.

—Hoy nos vemos por última vez.

En efecto, nunca más volví a ver a Florence ni, por lo demás, curiosamente, a ninguno de los o las que había conocido cuando

Teresa desempeñaba un papel tan importante en mi vida, con excepción de Berta y su joven protegida, a las que visité una única vez. Pero nunca me encontré con ninguna de las ovejitas blancas, ni con ninguno de los invitados del palacio de V***. Fue un poco como en una de esas novelas policíacas en las que los testigos molestos van desapareciendo, metódicamente eliminados uno tras otro por un misterioso asesino...

Desde su llegada a Camboya, las noticias que Teresa y Philippe nos mandaban —a mí y a nuestros padres—, se iban haciendo cada vez menos frecuentes. Luego, se interrumpieron casi por completo, apenas la excepción de una tarjeta muy breve para desear un feliz año nuevo. Iban de vacaciones a la India, o a Borneo, por no decir a Australia. Por pura casualidad, en una reunión en casa de unos amigos, me presentaron a un hombre de negocios que venía de Camboya. Pronuncié delante de él el nombre de Teresa y Philippe. Me contestó que, en efecto, los conocía y al pedirle noticias suyas, rae llevó aparte. Supuse entonces que tendría cosas que decirme. Supe así que Teresa se acostaba con todo Phnom-Pehn, donde su belleza había adquirido tanto renombre como la generosidad de sus costumbres. Philippe, por su parte, había descubierto una inesperada inclinación por las jovencitas jemerres, ¡sobre todo por las que aún no eran núbiles! (Aquella reunión tenía lugar unos seis meses antes de la agresión norteamericana a Camboya).

Me siento muy solo y, no obstante, mi soledad es de tal naturaleza que no tengo ganas de eludirla. Por otra parte, si bien acabo de llegar a esa edad que se considera legalmente la entrada en la condición de hombre, me parece algunas veces que arrastro mi pasado tras de mí, como un cautivo arrastra su bola.

Y, algunas veces, me despierto llorando en mi cama porque he oído una voz (la mía o la de otro, qué más da) que grita: «¡Teresa!», en mitad de la noche.